

**SOBRE VIVIR AUSENCIAS, VELAR LA MUERTE Y REHACER LA VIDA EN EL TEATRO.  
LA RUTA DE LAS MUJERES BUSCANDO LOS CUERPOS DE LAS VÍCTIMAS DE LA VIOLENCIA  
POLÍTICA EN COLOMBIA**

Tesis de grado para optar por el título de Antropóloga

**MARÍA ALEANDRA ORTIZ LÓPEZ**

Tutores

CLAUDIA PATRICIA PLATARRUEDA VANEGAS

CARLOS IVÁN MOLINA BULLA JOSÉ

ZAPATA GARCÍA

ÁREA DE SALUD, CONOCIMIENTO MÉDICO Y SOCIEDAD  
LÍNEA DE SALUD MENTAL, AFLICCIÓN, CONFLICTO Y VIOLENCIA

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS  
PROGRAMA DE ANTROPOLOGÍA  
BOGOTÁ D.C., 2018

## **Agradecimientos**

*En primer lugar, agradezco a Paulina por haberme permitido acercarme a ella, conocerla, escucharla y apoyarla en lo que he podido. Su mirada sensible y profunda de las circunstancias de su vida y del país, aquel que dejó de ser el país de las maravillas para ella, fue fundamental para mi entendimiento de las situaciones por las cuales ella ha tenido que pasar. Sin sus formas de nombrar, de reflexionar y de vivir, muchas de las reflexiones que articulan este texto no existirían.*

*Gracias a Pastora, quien, debido a sus profundos conocimientos, me permitió conocer la historia de un departamento y de un país, esa historia que, por circunstancias de la vida, está ligada a mí por otros sentidos y sentires. Le agradezco sus palabras, que me fueron llevando como viajera en el tiempo y me permitieron volver a mi padre de una forma distinta.*

*A ella también le debo aprendizajes profundos en mi oficio como antropóloga, pues me enseñó las formas de hablar con las personas, incluso cuando la garganta se llena de agua.*

*A Marta, cuyo corazón inmenso hizo que compartiera su espacio, sus objetos y sus historias conmigo; gracias por su cariño y su preocupación por mí, gracias por recordarme la importancia de los objetos y las formas en que las presencias de nuestros seres queridos quedan allí para estar con nosotros.*

*A ellas les agradezco y les dedico mis palabras, que espero logren comprender y contener sus esfuerzos, sus trabajos y su dedicación. A todas las mujeres que conocí, pues en su fortaleza y en su vitalidad encontré el camino para seguir adentrándome en estos sentires del país. A la memoria de las vidas que se fueron y en conmemoración de las muchas formas en que, quienes quedaron, han luchado y sobrevivido a las ausencias.*

*Gracias a mi maestra Claudia Platarrueda, quien desde que la conocí me ha estado enseñando formas de afrontar las diversas circunstancias de la vida a través de la antropología y de sus cuestionamientos, sin ella esta tesis no tendría vida. Gracias por animarme a explorar un camino profundo lleno de sentimientos. Gracias por ayudarme a encontrar un camino desde la escritura para explorarme, encontrarme y para explorar otros sentires, gracias porque, desde el trabajo conjunto con ella y con Lina López, siempre logramos aportarnos las unas a las otras; esta tesis es también de ellas dos, ambas siempre acompañaron el proceso.*

*Gracias a mis abuelos, siempre presentes, a mi tía Patricia, a mi tía Ángela y a mi primo Juan Pablo, sin ellos no sería la persona que soy hoy, pues en su amor, enseñanzas y compañía encontré formas bellas de vivir. Gracias a las personas que fui conociendo a lo largo del camino y se fueron convirtiendo en mi familia, con las dificultades que ello implica, gracias por la incondicionalidad, el amor profundo y los aprendizajes constantes.*

*Finalmente, gracias a mis padres. A Sonia y a Iván David va dedicada esta tesis, pues me permitieron recorrer el camino desde sus lugares, desde sus sentires y desde sus labores. Conocerlos y conocerme en el camino que me hace hoy la mujer que soy.*

*Gracias papá, porque con tu presencia me enseñaste mucho, pero en tu ausencia he tenido que aprender aún más. Gracias mamá por tu amor incondicional, tus formas de enseñarme y tu compañía, en tu caminar pude encontrar el camino. Gracias a ambos, porque hoy puedo reconocer un camino lleno de ustedes, pero independiente, un camino propio, que recorreré en adelante.*

## Contenido

PREÁMBULO. EL CUERPO ES UN PERGAMINO DE AFECTOS Y DE PÉRDIDAS	5
<b>Experimentar la pérdida, encontrar parte del motivo</b>	<b>5</b>
<b>Empezar a andar</b>	<b>10</b>
<b>Los caminos andados llevan a lugares fructíferos</b>	<b>25</b>
CAPÍTULO UNO. MORIR Y FLORECER ENTRE LAS CENIZAS, LA RUTA DE LAS MUJERES	
BUSCANDO	30
<b>Pastora y su padre, Miguel. Primero la historia</b>	<b>30</b>
<b>Andrés y Martha. Lo que cuentan los objetos y el camino</b>	<b>55</b>
<b>María Cristina y Paulina. Transcurrir por las verdades de un país</b>	<b>65</b>
<b>Vocaciones y evocaciones de memoria</b>	<b>72</b>
CAPÍTULO DOS. ACTRICES DE SU PROPIO DOLOR	80
<b>Romper el nudo, empezar a hablar</b>	<b>80</b>
<b>Entre cementerios transita. Velar el muerto, arreglar la vida</b>	<b>91</b>
<b>El Tente quiere morir. Las tensiones del volar</b>	<b>96</b>
<b>En algún lugar de Colombia</b>	<b>103</b>
<b>De muerte a bruja. El dilema institucional</b>	<b>108</b>
CAPÍTULO DE CIERRE. PERFORMAR PARA AFECTAR, AFECTAR PARA PERFORMAR	114
<b>Desprivatizar los muertos, las experiencias y las aflicciones</b>	<b>114</b>
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	127

## PREÁMBULO. EL CUERPO ES UN PERGAMINO DE AFECTOS Y DE PÉRDIDAS

### Experimentar la pérdida, encontrar parte del motivo

Cuando me encontraba en uno de esos momentos de la vida donde una debe decidir hacia dónde se dirige y, quizá por la profesión que tenían mis padres, los dos abogados, y por la admiración profunda que sentía por ambos, emprendí un interés por la abogacía. Sin embargo, mirando en retrospectiva, entiendo que jamás fue éste mi interés sino más bien el camino, el único en ese momento conocido, para llegar a trabajar con algo que desde muy pequeña ha desatado una inquietud en mí y que muchas veces no comprendo, el empeño por acercarme a entender la violencia que se ha vivido en nuestro país y, en consecuencia, acercarme a las historias de víctimas y sobrevivientes del conflicto armado en Colombia. A veces creo que estoy siguiendo caminos que otros trazaron, tratando de encontrar qué hay de mí en ellos; otras veces, siento que lo que encuentro es algo que me mueve de una forma que no comprendo, pero que, en definitiva, me tiene hoy aquí, escribiendo esto.

En aquel momento decía: quiero estudiar Derecho y Psicología para poder trabajar con víctimas del conflicto. Sin embargo, tiempo después, gracias a las exquisitas casualidades de la vida, la antropología apareció para llenarme de interrogantes y de caminos por recorrer. A ella y a los profesores que le dan vida les debo la exploración de mi sensibilidad y de mi creatividad en todos los sentidos. Siempre me interesaron las ciencias sociales y humanas, más por el mote de humanas, porque en ellas se atañe también a lo nos parece más inhumano de la humanidad, y lo que, paradójicamente, la hace característica; eso era aquello con lo que de alguna manera había empezado a relacionarme desde muy pequeña y de manera casi imperceptible, a causa del trabajo de mi padre. Hay muchas circunstancias de la vida que uno va viviendo y no comprende; de aquella solo sabía que mi padre estaba comprometido investigando sobre el genocidio de la Unión Patriótica, escribía libros y era profesor de la Universidad Nacional; era

un ser cercano pero desconocido en muchos aspectos para mí. Él me acercaba a cosas que no conocía, pero parecía solo hacerme guiños, guiños que luego intentaría seguir para tratar de encontrarlo en ellos y así sentir que no se había ido por completo.

Una tarde de diciembre de 2009, cuando tenía 13 años y me encontraba durmiendo, mi sueño se vio interrumpido por un dolor agudo e intenso, un dolor tan fuerte en mi estómago que me hizo levantar de la cama. Cuando me levanté parecía estar ocurriendo algo y, como encerrada en una caja de cristal, sin poder decir ni hacer nada, solo sintiendo mi dolor, que era el augurio del dolor más fuerte de mi vida, escuché decir “el papá de la niña se murió”. Era mi madre al teléfono, que estaba tratando de retrasar la noticia para mí; ella quería, con su inmenso amor, decirme personalmente que nos habíamos quedado sin aquella persona que juntas amábamos tanto, pero alguien sin pensar lo dijo y mi madre no alcanzó a ser quien lo dijera como esperaba hacerlo, en la intimidad y con su tacto tan eficaz para contenerme.

El dolor que me había despertado ante esta nueva realidad que debía afrontar se fue; empezaron otros dolores y solo quedaba yo, inmóvil, en aquella circunstancia casi incomprensible. Como dije, mi padre, Iván David, era profesor de la Nacional; paradójicamente, le había pedido muchas veces que me llevara junto a él a conocer esa universidad de la que tanto me hablaban, de la que tanto escuchaba, de la que tanto conocía sin conocer; soñaba, en aquellos años, con poder asistir a una de sus clases; quería, simplemente, conocerlo más. Sin embargo, la vida decidió que fuera aquel día cuando conocí la Nacional junto a él, el día de su muerte; así mismo, aquellos días también percibí parte de esos guiños que él me había hecho y que seguía sin entender.

Recuerdo aquel diciembre estar caminando, o quizá levitando aquel espacio entre la Facultad de Derecho y la Capilla de la Universidad. Había gente con banderas amarillas y rojas cantando: “Yo te daré, te daré, patria hermosa, te daré una rosa y esa rosa se llama UP”. Yo repetía el canto con fervor así no entendiera qué era eso, de dónde venía ni qué significaba; luego escuchaba el canto al unísono: “Agrupémonos todos en la lucha final, y se alcen los

pueblos por La Internacional”. Entre tanto, parecía no conocer mucho de mi padre; había personas de la Juventud Comunista (JUCO), del Partido Comunista, de la Unión Patriótica (UP), de la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU), de varios sindicatos, y yo cada vez me sentía conociendo a un hombre nuevo, que aun así seguía siendo mi padre.

También descubrí una nueva familia, ajena durante años y la que, sin embargo, en aquel momento parecía querer acercarse a mí. Para algunos de ellos yo también fui parte del conocimiento de un hombre nuevo, así que nos comprendíamos de diversas maneras. Descubrí que tenía una medio hermana llamada Patricia, cuando nos conocimos me pregunto si tenía todos los libros de mi padre, sabía lo importante que era conservarlos; allí recordé aquella vez, de las últimas, por cierto, en que mi padre me llevó todos los libros que había escrito, aún los atesoro conmigo pues en ellos me dejó escritas muchas cosas que a lo largo de estos años fueron fundamentales en el recorrido que trazaron para mí las historias de las mujeres que conocí. Allí empecé a acercarme, casi con miedo, a aquello que él hacía. Sabía que tenía un grupo de investigación que, por motivo de su muerte y en homenaje a su trabajo, pasó a tener su nombre, e intenté buscarlo varias veces, muchas veces fallidas en las que me encontraba sin rastro de lo que estaba buscando y sintiendo aún más la ausencia infinita de su vida.

En definitiva, emprendí un camino de búsqueda de todo aquello que me pudiera hablar de él, un camino en el que aún estoy completamente involucrada y al cual quizá también se deba el interés primero de esta investigación. Recuerdo alguna vez haber escuchado su voz, esa voz que ya no puedo recordar, hablando sobre la importancia de los nombres de las víctimas, de entenderlas más allá de las cifras que la suma de cada uno de sus casos representa; la importancia de conocer sus historias, sus sentimientos, de conocer quién era la persona y cuál es su rastro vital, aún después de haber desaparecido; cosas que también me enseñarían en el camino las mujeres que aquí se cuentan, pues ese interés por las personas lo vi presente todo el tiempo en las mujeres cuya parte de sus vidas aquí queda plasmada. Empezó, así, casi sin darme cuenta, también mi interés por buscar esas historias, por hablar con las personas, por compartir con ellas, por acompañarlas en lo que he podido.

Me acerqué, entonces, también desde mi pérdida, desde la forma en que la llevó conmigo a otras mujeres que, por circunstancias distintas y forzosas de la violencia, tuvieron que vivir las pérdidas de sus seres queridos. Comprendí esos dolores que yo he sentido en mi cuerpo, producto de la ausencia, también en sus dolores, en sus formas de contar lo que han vivido, en sus búsquedas interminables y en su fuerza abrumadora para sobrellevar el sufrimiento y el dolor, y entendí que ellas y yo nos parecemos y que podemos hablar lenguajes compartidos desde las distintas y distantes experiencias que hemos vivido; entendí que hay preguntas redundantes en nuestras experiencias. Así, también, en la experiencia de mi madre. Como irán viendo, ella ha sido compañera de este proceso, pues sin las formas en que ella ha sobrevivido a las distintas ausencias de mi padre y, por supuesto, a la ausencia de su amor a causa de su muerte, quizá hoy yo no tendría la fortaleza de emprender este camino.

La muerte, como aprendí andando, también llena de vitalidad por lo que puede acercar más a las personas y eso sucedió con mi madre y conmigo: nos teníamos ella y yo en el mundo, comprendiendo nuestras pérdidas juntas. Mi madre se reclama muchas cosas, entre ellas haber exaltado tanto las labores de mi padre y dejar a un lado las suyas, igual de importantes, pero en distintos ámbitos; para mí, emprender este camino no solo implicó el acercamiento a la presencia de mi padre sino el acercamiento a la vida de mi madre y a sus historias que tanto habíamos pasado por alto. Así, comprendí que ella, a través de su trabajo con el Banco Agrario de Colombia, ha vivido los cambios en las violencias de este país, pues ha tenido que recorrer territorios del Meta y de Cundinamarca, fuertemente azotados por la violencia. Ella me cuenta que, incluso, se conoció con un hombre en Cundinamarca que empezó a coquetearle y a decirle que, si ella quería, él la ayudaba a cobrar a los deudores del Banco, implicando, con ello, intimidarlos. Empezó a tener más cuidado, esa propuesta la hizo comprender más las dinámicas de las regiones donde transitaba, lo que implicaba, en ocasiones, pasar por retenes de paramilitares o, incluso, ser investigada por personas que se aseguraban de saber quién era ella y qué hacía en la zona; transitar por los caminos de este país no ha sido sencillo para ella.



Así, anduve reconociendo los caminos que habían recorrido tanto mi padre como mi madre con sus trabajos. Paradójicamente, en los últimos tiempos, nos hemos encontrado, por las circunstancias de la vida, hablando, visitando y conociendo de las historias de los mismos lugares, con mi madre. Villavicencio, la Macarena, Granada, Vista hermosa, El Castillo, Cumaral, todos lugares de los que me han hablado y he conocido entre todas las historias y lugares que mi madre visita varias veces al mes.

En *Violencia, cuerpo y lenguaje*, un texto acerca de la forma como la violencia configura la subjetividad, Veena Das ([1996] 2006) dice: “quiero volver a entrar en esta escena de devastación para preguntar cómo debe una habitar un mundo que se ha vuelto extraño a través de la experiencia desoladora de la violencia y de la pérdida” (p. 58). Con esa exigencia, comprendo que yace en esta pregunta parte de las motivaciones que animaron mi indagación, una inquietud que me llevó por caminos llenos de vida sin los cuales mi propio camino de vida no tendría sentido hoy. Por tanto, aquí abordo un camino en el cual se manifiestan esas formas en que una debe habitar un mundo que se ha vuelto extraño, y este camino del que escribo para mí es también una de esas formas de habitarlo.

Es así como entiendo este primer acercamiento a la investigación, a la escritura, a la conversación, al planteamiento de interrogantes profundos y al conocimiento de diferentes historias se dio a partir del hacer, de la búsqueda por lo que acontece y lo que me acontece, de la conversación y relación con otros que permite la exploración de conexiones que generaban nuevas inquietudes y motivaban el caminar. Sentí desde siempre que no sabía cómo hacer etnografía, al principio parecía ser una gran preocupación; luego entendí, y ese fue uno de uno de mis más grandes aprendizajes, que esta se aprende haciendo y con las personas que van enseñando cómo hacerlo desde sus diferentes conocimientos y desde las rutas que ellas mismas van creando. De ahí la apuesta por evidenciar el andar y las cosas que se van encontrando allí, porque el mismo camino tiene un orden que va siendo determinado por las circunstancias, las intenciones, los deseos, los sentidos y sentires, así como las relaciones que se tejen entre las distintas cosas que se van conociendo en este. Entendí, entonces, que la

etnografía es camino, camino en donde se posibilitan relaciones de cosas que en apariencia no tenían relación alguna, como me enseñaron Claudia y Lina, haciendo etnografía, en nuestros encuentros, en donde creábamos, explorábamos e imaginábamos relaciones posibles.

Durante la realización de este documento, recuerdo haber asistido en un conversatorio sobre etnografía, un espacio para hablar solo de ella, de esa nombrada, pero a la vez desconocida forma de conocer. Recuerdo que el profesor Luis Alberto Suárez Guava, decía que en los lugares hay formas de conocer que están siendo vividas, ejercidas y experimentadas y que debemos aprender de esas formas de conocer, allí entendí que mi etnografía era entonces esa búsqueda por entender las formas de conocer y las formas de hacer conocer, que los diferentes grupos con los que me encontré están viviendo y están creando a través del teatro, del *performance*. Es un camino en donde las mujeres y hombres que hicieron parte me ensañaron a mirar lo que no sabía mirar, a hablar de lo que no sabía hablar. Hacer etnografía se aprende haciendo, poniendo el cuerpo, poniéndose uno, dejándose afectar y afectando, andando, porque somos cuerpos que aprenden, desde el sentimiento, desde la palabra, desde el caminar. Así, comprendo que, desde el detalle, a lo que este nos conduce, y en las relaciones insospechadas, está parte de la vitalidad de la etnografía que he de seguir descubriendo, como parte de mi propio camino.

### Empezar a andar

Desde que empecé a buscar y a adentrarme en caminos que me llevaran a encontrar personas, lugares y momentos que pudieran enseñarme a conocer acerca de la memoria y de las experiencias de la violencia en este país, entendí que el teatro era una de esas formas de memoria que me permitían acercarme desde otros lenguajes a esas experiencias de dolor y sufrimiento, pero también a las formas en que las personas siguen viviendo a pesar de esas violencias, posibilitándose

nuevas maneras de ser y estar en el mundo. Desde que empecé, sentía que las artes y el teatro, en particular, eran un espacio para hablarle a la gente sin intermediarios, sin silencios y, por el contrario, con mucha fuerza y sonoridad. Me daba mucha curiosidad entender porque encontraban en el teatro esa posibilidad para hablar, para mostrar, para contar, cuestionamiento que se iría desarrollando mientras conocía las diferentes experiencias de los grupos y las historias de sus integrantes.

En este camino fueron las sensaciones, los sentimientos, los miedos y, en ocasiones, las inseguridades, las protagonistas de los encuentros. Recuerdo que el primero de ellos fue con una de las mujeres integrantes de Tramaluna Teatro, un grupo bogotano conformado por víctimas y sobrevivientes del conflicto armado y en el que participan, además, algunas actrices profesionales que acompañan ese proceso. La primera vez que fui a verlas me encontré con Carlos Satizabal, el director del grupo y también actor del Teatro La Candelaria, quien, inclusive, hace un trabajo magnífico de actuación en una obra insignia del teatro político colombiano, *Guadalupe años sin cuenta*. La obra denuncia la situación de exclusión de las poblaciones del Llano en los años cincuenta, el panorama generalizado de violencia de la época y la falta de garantías políticas para la paz, así como el asesinato del, ya para entonces, desvinculado líder de la guerrilla liberal, Guadalupe Salcedo, todas denuncias que resultan importantes al estar la posibilidad latente de ser traslapadas con nuestra cotidianidad de hoy.

Fui con mi madre a ver *Antígonas tribunal de mujeres* en la Corporación Colombiana de Teatro en la Sala Seki Sano al lado del teatro de La Candelaria, entramos al teatro, nos sentamos y, pacientemente, esperamos. Se empezaron a divisar unas mujeres con vestidos negros a la altura de las rodillas, con un lazo de color atado a la cadera. Unas de las mujeres eran las llamadas madres de Soacha, otras habían sido víctimas y sobrevivientes del genocidio contra la Unión Patriótica; otra de las mujeres había vivido momentos de pánico por sus creencias, por sus formas de pensar: ser de izquierda en su época universitaria la hizo vivir un infierno en su juventud, pues tuvo que vivir varios años privada de su libertad, fue secuestrada.

Ellas eran Antígonas. Antígona (en la obra de Sófocles, representada por primera vez en el año 442 a.C.) fue una mujer griega hija del rey Edipo, cuyos hermanos, Eteocles y Polinice, murieron luego de que su padre descubriera que se había casado con su propia madre, Yocasta, y que, producto de este conocimiento, el padre, Edipo, les hiciera disputarse el reino de Tebas, donde finalmente ambos se dieron muerte entre sí. Creonte, hermano de Yocasta, dio el mandato de que solo uno de los hermanos fuera sepultado, pues consideraba que uno de ellos había defendido la ciudad, mientras que el otro murió atacándola, presa de sus malos sentimientos (p. 42).

“Creonte ha acordado otorgar los honores de la sepultura a uno de nuestros hermanos y en cambio se rehúsa al otro. A Eteocles, según parece, lo ha mandado a enterrar de modo que sea honrado entre los muertos bajo tierra, pero, en lo tocante al cuerpo del infortunado Polinice, también se dice que ha hecho pública una orden para todos los Tebanos en la que prohíbe darle sepultura y se le llore: hay que dejarlo sin lágrimas e insepulto. Para que sea fácil presa de las aves, siempre en busca de alimento” (p. 5).

Antígona decide no acatar esa orden y honrar a su hermano con la consecuente amenaza de encontrar su muerte en esa búsqueda. Contrario a lo que piensa su hermana Ismenda, Antígona se niega a ceder, en contra de su voluntad, a la violencia y obedecer a los que están en el poder (p. 5). Con ello, lucha por honrar a su hermano, y confronta la distinción hecha entre los hombres virtuosos y los hombres malvados, arguyendo que Hades quiere igualdad de leyes para todos y que ningún muerto merece más honores que otro. Antígona argumenta que los mandatos de los Dioses jamás hablaron de esas diferenciaciones que hacen los hombres, por lo que obedecer las órdenes y las leyes que derivan de los “caprichos de los hombres” equivaldría a desobedecer las órdenes de los Dioses y las leyes que organizan el mundo. Por todo ello, Antígona termina siendo condenada a la muerte por Creonte y decide suicidarse con la tranquilidad de no haber cedido a la violencia y al poder y de no haber condenado a su hermano a una muerte solitaria, sin sonidos ni lamentos, a una *mala muerte* (Seremetakis, citada en Das, 1996).

De nuevo en el teatro con mi madre, aquellas mujeres de vestidos negros, que empezábamos a divisar hace varios años, llevan siendo Antígona por un tiempo, mujeres que luchan contra los más poderosos, luchan por encontrar la verdad, por presentarnos las pruebas que tienen, por presentarnos las verdades que sus pasos han ido develando. Mujeres que, como Antígona, entienden que el camino que emprenden solo terminará “cuando sus fuerzas desmayen” (Sófocles, 2001, p. 6), ya que se encuentran buscando revocar los imperativos mandatos de la violencia, lograr poder llorar a los muertos y poder sepultarlos. En la obra también los lloran y con sus búsquedas van encontrando los caminos para poder sepultar a sus seres queridos. Aquellas Antígonas llevan años presentando una a una las historias sobre las desapariciones forzadas de sus hijos, la muerte de sus familiares y de los amigos pertenecientes a la Unión Patriótica y las formas en que han vivido la violencia en su cotidianidad; en conclusión, ellas han recreado en escena los distintitos sufrimientos que han experimentado en sus vidas.

En la obra, el público, nosotras y los demás espectadores, somos el gran Tribunal frente al que ellas exponen las evidentes injusticias que redundan en cada uno de los casos; somos nosotras a quienes reclaman fuertemente por lo sucedido, somos a quienes presentan las pruebas que tienen, los cambios de abogados en los casos, los ires y venires en el proceso. Sobre todo, somos aquellos a quienes presentan las vidas que se perdieron a través de las historias que cuentan aquellos objetos que quedaron dispersos como huellas de la vida de cada uno de los ausentes: los peluches y los carritos con los que ellos jugaban, los pantalones y las camisas que les gustaban, todo aquello en lo que siguen vivos a través de los recuerdos que se evocan diariamente. Mi madre y yo, y los demás espectadores, somos, en definitiva, a quienes exigen hacer algo, lo que sea, a quienes exigen no quedarnos allí, tranquilamente, escuchando. Nos exigen dejar de ser espectadores y, como en la obra misma, ser tocados por ello.

Así como esa mujer que, durante la obra, con un ramito de flores empieza a pegarse por todo el cuerpo, gritando lugares donde hemos perdido vidas de nuestro país, lugares donde se

han perpetrado masacres, atentados, asesinatos, secuestros. A medida que ella va nombrando cada lugar y lo va asintiendo con el fuerte tacto del golpe sobre su cuerpo, se desprende un olor, el olor de la flor, cada vez más fuerte por la cantidad de golpes que nuestro entorno exige darse. El olor también impregna nuestro cuerpo, para quedar allí dentro, siendo parte de quienes estamos ahí. ¿Qué pudimos hacer y no hicimos? ¿Qué han significado nuestros silencios? ¿Hemos sido cómplices? ¿Qué hemos dejado pasar? ¿Qué hemos hecho como país? ¿Qué hacemos? ¿Qué podemos hacer? Esas eran las preguntas que rondaban en mí mientras aquellas mujeres iban hablándonos a cada uno de los que estábamos presenciando ese momento.

Al otro día, como habíamos quedado con Carlos Satizábal, llegué temprano al Teatro y esperé durante un par de horas a que él llegara. Cuando por fin llegó, le conté sobre lo que llevaba del proyecto, porque en el momento en que hablé con él hasta ahora mi proyecto estaba formulándose. Me regaló un libro de la conocida Patricia Ariza, actriz del Teatro La Candelaria y también sobreviviente del genocidio de la Unión Patriótica. *Habitar la calle, habitar los cuerpos*, un libro acerca de los distintos *performances* que ella ha hecho junto a víctimas de diferentes crímenes para denunciar, para hablar, para llegarnos a todos, para hacer que los cuerpos hablen. Me dijo que fuera en la tarde, que allí estarían las mujeres. Logré hablar con una de ellas, Lucero Carmona, una mujer que había conocido durante la obra.

Recuerdo que en medio del montaje la miré, miré sus ojos como vidrio quebrado que apenas brillaban por las lágrimas que querían salir; yo también sentí ganas de llorar, sentí impotencia, sentí tristeza, sentí una necesidad de hacer algo; necesitaba no solo conocer esas historias sino transmitirles de alguna manera. Así que luego pude hablar a solas con aquella mujer de corazón inmenso, de voz hermosa y con ojos expresivos. Lucero Carmona y yo planeamos un encuentro previo a la presentación de esa noche y ella empezó a contarme la historia de su hijo, las cosas que soñó y las formas como esos sueños la llevaron a encontrarlo, a entender qué había pasado con su desaparición.

Lucero me contó sobre la canción que de manera bella canta durante la obra dedicada a él y rompió en llanto. Sentí que interrumpía el proceso que ella llevaba, de una manera quizás inadecuada; justo antes de la obra y ella así, pensé. Sentí impotencia, desilusión, me sentí mal con lo que yo podría provocar. Este fue el primer momento en el que me enfrenté a mí misma, a la dificultad de hablar de aquello que nos conmueve, de lo que, como en mi propia vida, aflora en sollozos, lágrimas, lamentaciones o, incluso, con silencio; enfrenté la dificultad de encontrarme con personas que sufrían intensamente y que, sin embargo, abrían su corazón y me contaban sus distintas vivencias y sus múltiples formas de afrontarlas, de afrontarse a ellas mismas para seguir viviendo.

Duré un tiempo intentando volver a conversar con algunas mujeres pertenecientes a ese grupo, pero con el paso del tiempo entendí que la experiencia y la visibilidad que habían ganado con su obra y con sus denuncias las había llevado a moverse constantemente por varios lugares de Colombia y del mundo, por lo que nuestro encuentro se dificultó cada vez más, así que seguí buscando otros caminos. Entre idas y vueltas, asistí a algunas obras y hablé con algunas personas, entre ellas con Patricia Ariza, actriz del Teatro La Candelaria. Con ella hablamos en términos de una entrevista muy formal, porque parecía imposible algún otro tipo de acercamiento. Le hablé de un grupo de teatro en Villavicencio y se mostró muy interesada. Me contó que estaban haciendo teatro con mujeres en una de las zonas veredales, pero no nos demoramos mucho hablando, no parecía de su interés. Desde ese momento entendí también que no me interesaba buscar en aquellos lugares, fuertemente visibilizados por sus procesos históricos, políticos y artísticos, sino que quería establecer otro tipo de relaciones con aquellas personas que desde sus experiencias deciden adentrarse en terrenos desconocidos del teatro, del *performance*; empezar a hacer, probar desde sus cuerpos, desde sus posibilidades, desde sus formas de reflexionar y de experimentar con el lenguaje teatral para contar su historia y el devenir de su experiencia.

Seguí yendo a foros en donde se hablaba de arte, de teatro, de conflicto armado y de memoria; estuve en varias jornadas de la *Semana de la Memoria* que realizaba el Centro

Nacional de Memoria Histórica y allí asistí a actividades variadas, inclusive estuve en un taller de teatro ofrecido por el mismo CNMH. Recuerdo aquel día en el que la tallerista propició que afloraran en mí sentimientos producto de lo que ella y los ejercicios iban generando, llorar, reír, sentirse perseguida, perseguir, estar ahí sintiendo todo el cuerpo; mi cuerpo, al que paradójicamente a veces no reconozco, porque solo estoy usándolo. Por el contrario, aquel día pude sentirlo, sentir cada parte de él, sentirme contenida en él y fluyendo en él; así, empecé a dejarme llevar por las experiencias que estaba viviendo, y por ello empecé sentirlo de una manera distinta a la que habitualmente lo vivo, porque en aquel momento la experiencia me implicaba completamente.

Recuerdo que el último de los ejercicios que hicimos, un momento de calma para el cuerpo, después de haberlo puesto en completo movimiento, era un momento de intimidad y de reflexión sobre qué era aquello que nos apelaba, qué era aquello que nos dolía, qué nos afligía; había grupos de dos y tres personas en los que cada uno debía afrontar aquello que le dolía y contarlo; llorar, reír, hacerlo de la manera que quisiera, pero intentar sacarlo de la profundidad en la que estaba contenido. Aquellos cuerpos antes desconocidos, luego del movimiento, de la persecución, del conocimiento a través del tacto y, en general, de cada una de las actividades en que nos vimos involucrados, aquellos cuerpos no eran más desconocidos y empezaban a ser parte del dolor de otro; éramos cuerpos que se contenían los unos a los otros. En aquel momento comprendí cómo el cuerpo puede fluir, como sin pensar ni meditar lo que está haciendo, la experiencia de estar ahí, ser completamente ahí, dejándose llevar e involucrándose con el otro, conmoviéndose ante sus experiencias.

Recuerdo también que en la Feria del Libro del año 2016 logré hablar un momento con Alejandra Borrero, actriz colombiana, quien al escuchar sobre lo que yo estaba haciendo me dijo que fuera a ver la obra en donde se unían todos los actores del conflicto armado, víctimas y victimarios en un solo escenario. *Victus*, la obra, me llevó a recordar que, durante unas clases de teatro en las que estuve para aprender a manejar mi cuerpo y dejar de sentir pánico escénico cada vez que iba a hablar en público, habíamos hecho el mismo tipo de ejercicios que el grupo



de Borrero mostraba en el escenario; esos eran los ejercicios que clase tras clase nosotros hacíamos. En medio de ese trabajo corporal, las personas contaban sus historias y terminaban lanzando un hilo que iba pasando por todo el público, uniéndonos. Los que estábamos sentados escuchando y ellos, que estaban hablando, terminamos estando vinculados por aquel hilo. Sin embargo, algo no me conectó con esta propuesta. Como en mi vida, en este proceso he entendido que hay lugares que me llaman, que me conectan y otros que no, así que he aprendido a dejarme llevar por esos que me suscitaban, incluso, cosas que en el momento ni entiendo.

Entre estos caminos que recorrí, en julio de 2016 llegué a conocer, por recomendación de Lina López, a un grupo de teatro que trabaja en el barrio Altamira Sur Oriental, el Grupo Terrantes. Se trata de un grupo de jóvenes que todas las tardes se reúnen para llenar su vida de posibilidades, sensaciones y vivencias a través del teatro, del encuentro con el otro, de tejer relaciones cada vez más fuertes con las personas con las que a diario se cruzan en el barrio. Un barrio, como ellos dicen, construido por desplazados, un barrio donde confluyen diversas circunstancias, decisiones, sentimientos de las vidas que llegaron allí. Lo primero que hice fue escribirles contándoles sobre lo que estaba haciendo y preguntando si podía conocerlos algún día. Horas después me contestaron invitándome a la obra, porque, como ellos me dijeron en su momento, “no hay mejor forma de que nos conozcas que al ver la obra”. Me dieron unas indicaciones para llegar, pero con mi madre, compañera de mi caminar, decidimos tomar un taxi para que el conductor nos acercara al lugar que no conocíamos de antemano. Recuerdo que entre todas las cosas que el señor expresó acerca de la lejanía del lugar, nos decía entre risas que allá hasta las ranas usaban ruana después de las seis, por el frío tan fuerte que hacía. Luego de varias vueltas buscando la dirección llegamos a una calle y decidimos preguntar a unos muchachos, ellos nos dijeron que también iban para allá, señalaron el lugar y entraron mientras pagábamos el taxi.

Tocamos la campana que estaba en la puerta de entrada, nos abrieron cuatro personas encapuchadas, nos obligaron a entrar y nos gritaron que camináramos rápido hacia el fondo de

la casa. Yo no podía dejar de pensar en mi madre, en que algo le pudiera pasar, en el lugar a donde mi falta de precaución nos había llevado. Mi madre y yo caminamos al ritmo de los gritos: “rápido y sin mirar atrás”, decían aquellos muchachos de voz gruesa, capucha, ruana y botas negras que nos empujaban con sus gritos. Cuan sorprendida pude quedar cuando allí, ese lugar oscuro a donde nos obligaban a entrar, era el teatro; tenía risa nerviosa y miraba a mi madre también asustada. Terminamos riendo de lo que acababa de pasar; sin embargo, no dejaba de pensar en aquel miedo, en aquel pavor, que sentí como propio, no como ajeno. Mis manos seguían sudando y temblando. La sensación perduró por varias horas más, a pesar de saber que había sido parte de lo que ellos nos estaban presentando.

Mientras empezaba la obra, no dejaba de pensar en que, la sensación que habíamos sentido nosotras, ha sido experimentada, con toda la fuerza, por otros, en otras situaciones y en varias partes del país, cuando han sido violentados por los actores armados que allí se encuentran. En el teatro, los actores produjeron en nosotros la afectación de la violencia. Fuimos en la experiencia de sentirnos secuestradas, ultrajadas y fue luego que se dio la experiencia de reflexionar sobre eso; así entendí, como dice Díaz Cruz, que en nuestros campos de batalla y en nuestros mares agitados –en los dramas sociales que nos envuelven– vamos desplazándonos por múltiples experiencias que se tienden entre dos polos: la experiencia del devenir y la experiencia de la reflexividad (Díaz, 1997, p. 12).

Gracias a las conversaciones que tuvimos con Claudia Platarrueda, entendí que estos muchos eventos habían sido mis primeros encuentros, los que, aunque no habían podido continuar por diversas razones, si me habían adentrado en un cuestionamiento fundamental a lo largo de mi recorrido, las formas en que se habla de la violencia, las formas en que se rehace la violencia misma, para poder abordarla en la cotidianidad a través del teatro o del *performance*, desde el cuestionamiento profundo y desde la elaboración propia que emprenden los sobrevivientes de la violencia en Colombia. Así, empecé a construir mi propia forma de acercarme a los grupos de teatro de los que tuve noticia en el proceso, a entrever las formas en que, a través del teatro/*performance* y de las demás acciones que toman las

personas que sobreviven a lo indecible, que quedan para contar no solo acerca del dolor, sino de la vida, adquieren nuevos sueños, emprenden y se empeñan en nuevas luchas y siguen viviendo, sintiendo el dolor, la aflicción, pero actuando y accionando la vida.

Empecé a preguntarme por las propuestas de elaboración de la memoria de la violencia, implícitas en cada una de los caminos que emprenden las y los integrantes de los grupos, así como, también, las formas en las que el cuerpo está todo el tiempo constituyéndose en herramienta y en el camino mismo para la acción, para la denuncia y la reivindicación y para la elaboración de la vida que sobreviene después de la muerte. Se trata de una apuesta por poner el cuerpo propio ante los ojos de una sociedad, en la cual el cuerpo se borra, se lastima, se rompe, se desaparece. En ese sentido, hacer que exista el cuerpo, que contamine a otros cuerpos de aquella experiencia que se expresa. Exponer el cuerpo como el lugar del dolor, pero, también, como el lugar donde se dan las posibilidades de elaboración de la experiencia, no solo para quien la cuenta, para quien la ofrece como testimonio, sino en quien la recibe como ofrenda. Así, como veíamos con Antígona, quien buscaba los caminos y las formas de lograr no dejar el cuerpo de su hermano expuesto a la intemperie, sin lágrimas para llorarlo e insepulto. Antígona atestigua su muerte, así sea a costa de su propia vida, exponiendo su propio cuerpo, como también los hacen las madres, hijas y esposas de personas desaparecidas, y que es lo que yo he venido atestiguando en el camino que he recorrido hasta el momento.

Ante todo, me preguntaba a lo largo de este proceso, acerca de las formas en que la práctica teatral o del *performance* se relacionan con las formas en que los sobrevivientes, en este caso todas mujeres, en su mayoría madres, se hacen agentes de su propia experiencia, agentes de su dolor y agentes de la construcción de su memoria y de la memoria de todo un país que ha sufrido los embates de la guerra. Pues este conflicto social y armado ha afligido a los seres que habitan estas tierras de muchas maneras; empero, esos seres se resisten a quedarse atrapados solamente en la aflicción y recurren a acciones concretas para sobrevivir y para transformar la realidad que los envuelve. En este sentido, me encontraba en un camino

de entendimiento de esas formas de reflexión y de apropiación que de los procesos emergen, la indagación por la transformación del dolor y los cambios que implican hacerse sobreviviente.

Empero, después de la lectura que realicé del artículo de la antropóloga francesa Jeanne Favret- Saada (2013), cuya traducción se titula “Ser afectado, como medio de conocimiento en el trabajo de campo antropológico” –un estudio sobre la brujería y las formas en las que la autora tuvo que dejarse afectar para poder entender que, a partir de la experiencia se desarrolla el conocimiento, como ella expone–, empecé a comprender lo que me había pasado durante dichos encuentros. Tuve que experimentar la potencia de ser afectada por la presencia de las mujeres, por su evidente aflicción, por las conversaciones y los modos tan expresivos de relatar el impacto de las acciones violentas en sus vidas y por el impacto de las herramientas teatrales usadas por ellas para involucrar al espectador en su propia aflicción. Dejarme llevar, hacerme afectar por todo ello había sido, sin haberme dado cuenta, la forma en que ellas me habían permitido acercarme a las personas con las que hasta el momento había compartido. Entendía, entonces, que las personas han escogido este camino también para hablar de su dolor y lograr que quienes se aproximan a ellas entiendan ese dolor y lleguen a sentir algo con lo que cuentan y con las formas en las que lo cuentan.

Ese es el ejemplo claro que surge de la obra del grupo de teatro *Terrantes*, llamada *Las Viudas*. En ella, dos mujeres de clases sociales diferentes y de pensamiento distinto terminan encarnando las diferencias que son el pan de cada día de nuestro país, diferencias que llevaron finalmente a la tortura y muerte de un joven del que ambas se enamoraron; una mujer de derecha, otra de izquierda, terminan finalmente aniquilando a aquel hombre que, desplazado por la violencia, llegó a ellas. La obra plantea una analogía de esa historia con los grupos armados, con el reclutamiento infantil; ilustra la incongruencia de los ideales cuando se expresan en acciones concretas sobre la realidad y hace una crítica a las formas en que se solucionan los problemas sociales y políticos en el país.

Al finalizar la obra ellos realizan un momento de conversación con el público en el que se abordan diferentes temas. Uno de los días que estuve allí, los actores y el Director Fernell Vergel contaron que, a medida que iban haciendo la obra, se fueron dando cuenta de que el primer momento de encuentro con los encapuchados en ocasiones resultaba ser muy fuerte para las personas que lo vivenciaban, “hacíamos hasta requisas, lográbamos que la gente lo sintiera, incluso había unos que hasta lloraban” (Casa Terrantes, 2016). Entendí que aquel momento evocaba en quienes estábamos allí, recuerdos de nuestra propia vivencia o hacía que apropiáramos la violencia con nuestros propios cuerpos y nos obligaba a conmocionarnos empáticamente con aquellos que han vivido dichas formas de violencia, con efectos radicales de transformación de la experiencia vital. Resultaba ser, entonces, que su intencionalidad, afectar, también debía ser medida y mediada, porque en conclusión nunca se sabe qué han vivido antes quienes habían sido convocados a rehacer la violencia con el teatro o *performance*, aquellos que están mirando. Recuerdo que esta reflexión también me la hacía evidente Pastora, al contarme acerca de aquellas primeras veces que decidieron ponerse unas batas negras y unos velos negros; al principio era muy brusca la forma en que lo hacíamos y queríamos ayudar, pero lo que hacíamos era lastimar a las personas, así tuvimos que ir aprendiendo formas de hacerlo, me contaba.

Sin embargo, el camino de los afectos no solo se da en este primer sentido de la afectación, pues el segundo sentido que la misma palabra esboza es el de los efectos afectivos que genera, en el espectador, en quienes observamos, en quienes decimos y en quienes callamos, que es el paso siguiente a la afectación inicial, en donde los recuerdos, las propias vivencias y experiencias son las que permiten entender y conectarse empáticamente con ciertas cosas. En este sentido, me surgía entonces la pregunta de cómo estos grupos de teatro llegan a buscar afectar a quienes los ven, pues los grupos, con los que compartí en mayor o en menor medida, estaban recurriendo a ella, a la intención de afectar en los dos sentidos; parecía, entonces, hacerse evidente una necesidad de volver a las sensibilidades que hemos ido perdiendo debido, paradójicamente, al efecto mismo de la guerra que ha sido parte de nuestra cotidianidad; permitirnos experimentar la violencia y conovernos con ella. Pero también

parecía un medio para movilizar, para recordar, para llorar nuestros muertos y desaparecidos, pero sobre todo para generar acciones de toda índole en dicha cotidianidad.

Entiendo así que mi campo parece haber sido, desde los primeros encuentros con cada uno de los grupos, la experiencia de un *cúmulo de afectaciones*, no solo por lo que me obligaba a vivir y a experimentar sino porque, como dije anteriormente, dicha afectación está completamente ligada a las experiencias y vivencias que he tenido a lo largo de mi vida y que me conectan o no con ciertas cosas de lo que he ido encontrando en el campo, que me acercan o me alejan también de las personas y crean en ellas, como en todas circunstancias de la vida, imágenes, proyecciones de lo que yo soy. Y es allí donde se generan límites, fronteras y espacios para conversar, poniéndome entonces en diversas posiciones frente a las personas con las que he compartido.

Así, empiezo a entender que el lugar en donde me encuentro es en medio de los dramas sociales de las personas, aquellos que “movilizan razones, deseos, fantasías, emociones, intereses y voluntades” y cuyos “desenlaces no son, no pueden ser concluyentes” (Díaz, 1997, p. 8). Como país hemos estado inmersos en un drama social, que, en términos de Turner (1974), es de quiebre de las relaciones sociales, de crisis crecientes, de acciones de desagravio o de acciones y procedimientos de reajuste y de reintegraciones constantes (p. 38). Mi búsqueda se encuentra con experiencias donde se potencializan las posibilidades que tienen los individuos de accionar la vida; después de la crisis, se dan momentos creativos y de constante movimiento, en donde los caminos recorridos nos llevan al *performance*, al teatro y a los rituales que de allí emergen, pues en estos se potencia la posibilidad de que los individuos y grupos participantes ejerciten su reflexividad. Como expone Díaz Cruz (1997), esta es una experiencia singular “que provoca el descentramiento y la separación de nosotros mismos para conocernos en el mundo, para definirnos, erigirnos y transformarnos como sujetos activos a propósito del futuro, pero sin desconocer algún arraigo a nuestro pasado” (Díaz, 1997, p. 10).

Con el paso del tiempo y por la congruencia entre los caminos, llegué finalmente al Grupo de Teatro El Tente, un grupo de mujeres de Villavicencio cuyos hijos, esposos o hermanos fueron desaparecidos y, segura o presumiblemente, asesinados. Estas mujeres han trabajado escénicamente una obra llamada *Anunciando la ausencia*. Recuerdo que las vi por primera vez en Bogotá, en el Teatro La Candelaria, el día 30 de agosto de 2017, en un foro que realizó el Centro Nacional de Memoria Histórica sobre la relación entre teatro y memoria, como parte de la conmemoración del Día Internacional del Detenido Desaparecido. Ese día también se realizó un *performance* en el espacio donde se planea construir el Museo Nacional de la Memoria. La intervención fue hecha por el colectivo Agroarte de la Comuna 13 de Medellín, con la propuesta de *Cuerpos Gramaticales*, un colectivo que conocería meses después, cuando viajé a Medellín por una salida de campo, donde los integrantes hicieron que nosotros, los estudiantes, comprendiéramos la importancia que la memoria tiene para ellos, en contraposición a una intencionalidad latente del Estado por construir el país desde el olvido y el ocultamiento, como denunciaban ellos. Su lucha es, afirman, para no olvidar.

En ese foro llamado *Teatro testimonial, desaparición forzada y representación con las víctimas del conflicto armado en Colombia*, estuvieron presentes casi todas las integrantes del Grupo El Tente; ocho o nueve mujeres, de diferentes edades entre ellas. Incluso, recuerdo haber cruzado palabras con una de ellas antes de que comenzara el Conversatorio, quien empezó a mostrarme fotos de su hijo desaparecido y a tararearme partes de una canción de Víctor Heredia: “Todavía cantamos, todavía reímos; todavía soñamos, todavía esperamos...”. En ese momento solo conversamos, ni Martha ni yo hubiéramos podido imaginar que ella misma, luego, me abriría su casa, su corazón y sus recuerdos. Las escuché atentamente en el Foro mientras hablaban de sus familiares. Me seguía pareciendo fascinante continuar escuchando que en diferentes lugares de Colombia el teatro y el *performance* estaban siendo usados por las víctimas sobrevivientes de esta guerra como su herramienta, como su aliado, como su forma de transmitir conocimiento, como su forma de hablar entre tantos silencios, como la forma de transformarse y de transformar la experiencia y la realidad misma.

Días después, mi madre se encontraba en Villavicencio por motivos de su trabajo, así que le pedí el favor de preguntar en los lugares donde estaba si conocían a alguien del Grupo de Teatro El Tente, para poder comunicarme con ellas. Quería conocerlas, más allá de lo que habían contado en el Foro, quería ante todo compartir con ellas. Luego de un rato me envió el teléfono de Paulina Mahecha, con quien, desde el primer momento que hablamos, sostuvimos una conversación fluida y empática. Me contó varias cosas y luego nos encontramos en Bogotá; junto con su marido, nos tomamos un café y así empezó mi relación con ella, con el grupo de teatro y con las otras mujeres que participan del mismo, relación que posteriormente se consolidó con algunas de ellas más que con otras, porque en sí mismo, entre algunas de ellas también se desenvuelven relaciones problemáticas y no siempre armónicas.

Por eso, en adelante se hacen visibles las vidas de tres mujeres, historias de dramas sociales y de muerte, pero sobre todo de vida y de fortaleza. Paulina, Pastora y Martha son tres mujeres que hablan de la historia de las violencias de un país y de una región, cada voz tan distinta como cada historia que tienen por contar. Con estos relatos se espera evidenciar las búsquedas individuales de la actuación de estas mujeres, tanto políticas como artísticas, luego de que la violencia llegó a sus vidas para transformarlas, así como las búsquedas conjuntas y las formas en las que estas mujeres se apoyan entre ellas. Se trata de “un camino de rosas y espinas” que permite divisar las distintas problemáticas de un contexto para la realización de un teatro como éste; las ambigüedades y las contradicciones fundadas en las singularidades y en las diferencias de la experiencia de cada una de ellas, en el contexto de un conflicto que ejerce formas diferenciales de violencia. Estas singularidades muestran las múltiples caras de la violencia en el país, distintas formas de operar de los diferentes actores armados, así como distintas formas de buscar por parte de los sobrevivientes, los muchos caminos que se recorren y los distintos lugares que cada una le da a los objetos, a la memoria, a sus propias búsquedas por la justicia y la no repetición.



## Los caminos andados llevan a lugares fructíferos

Yo había llegado tarde. Estaba viajando de Bogotá a Villavicencio porque, luego de varias conversaciones con Paulina y de que ya nos hubiéramos visto un par de veces en Bogotá, ella me había invitado a ver la obra que realiza el Grupo de Teatro El Tente, al cual pertenece. Paulina es una mujer cuya vida se ha llenado de batallas por librar; en ninguna de ellas ha desfallecido. Es una mujer muy fuerte. Su presencia, su cuerpo todo habla de esa fortaleza y de ese carácter. Recuerdo que la primera vez que nos vimos en Bogotá me trajo varios Cd's de la obra que hacía el grupo y un folleto del que dijo que podría ayudarme. Ella es una mujer comprometida, generosa y dispuesta a ayudar a quien se le acerque. Desde que nos conocimos me explicó que el tente es un ave de la Orinoquia en vía de extinción, un ave que cuida a los niños y a los campesinos e indígenas y que, como una alarma, avisa de los imprevistos y de las amenazas abriendo sus alas cuando alguien desconocido entra a las casas de la gente. Ellas, como tentes, abren sus alas cuando llega alguien a verlas, denuncian y cuentan la vivencia de lo que pasó a cada uno de sus familiares, en cada una de sus vidas.

La obra *Anunciando la ausencia* sería presentada en el Teatro Germán Arciniegas en Villavicencio el día sábado, por lo que Paulina me dijo que me podía quedar en su casa el viernes para llegar a tiempo. La ayudaría yo también a llevar todas las cosas que hacen parte de los objetos que presentan en el teatro y que se encuentran en su casa, porque la mayoría de esos objetos han sido ideas que ellas han materializado para darle vida a la obra. Llegué a Villavicencio al medio día; Paulina estaba muy pendiente de mí, aun sin conocerme mucho ella ya me estaba cuidando. Apenas llegué me dijo que su esposo estaba esperándome en la casa de ella para irnos al parque donde ella estaba. Había llegado tarde pues ese día ellas se encontraban celebrando los diez años de creación y pertenencia al Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado, el Movice. Llegué cuando ya estaban recogiendo todas las cosas y llevándolas a la nueva casa del Movice que tendrían en Villavicencio. Recogimos las pancartas y el sonido; cuando ya habíamos acabado nos sentamos un rato a hablar con Pastora, otra de las mujeres pertenecientes al Movice, y otra mujer que luego entraría al grupo de teatro y a

quien Paulina le regaló un bordado que había realizado para que lo vendiera y pudiera comprar su vestido para la obra. Estaban cansadas y sofocadas por el calor, así que entre todas compraron una gaseosa para pasar el rato mientras terminaban de organizar sus cosas.

Había varias personas, no solo del Movice sino de otros movimientos y colectivos como el del Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo. Ellos, luego de la celebración de los diez años del Movice, irían a ver una obra que estarían presentando ex combatientes de las FARC, cuyos procesos de reintegración ya iban avanzados. Era una presentación que le harían a la comunidad, por lo que varios nos emocionamos con poder verlos en escena. Recuerdo que había una camioneta blindada en la que se subieron varias personas que irían a la presentación, entre ellas Pastora. Paulina, otra mujer y yo aún no sabíamos si iríamos o no, así que Paulina terminó decidiendo que no fuéramos para que alcanzáramos a terminar de organizar todas las cosas que llevaríamos al otro día al teatro. Mientras estábamos organizando cajas, la ropa de la obra, fotos y cosas que eran de María Cristina, la hija de Paulina, y mientras veíamos videos de las obras que ya habían realizado, llegó Pastora con su pequeña hija. Entre risas le contaba a Paulina que se habían equivocado y que eso no era en Villavicencio sino en Medellín, y que por tanto no habían hecho nada. Paulina inmediatamente se paró a servirles comida, nosotros habíamos comido junto a la madre de Paulina y su esposo mucho antes de que ellas llegaran.

Ahí nos conocimos realmente con Pastora, una mujer cuya vitalidad irradia y contamina los lugares a donde llega; habla con firmeza y la risa es la protagonista de su ser. Empezamos a hablar pues Paulina nos presentó, le dijo que yo estaba haciendo la tesis sobre El Tente, lo que me permitió contarle un poco más sobre lo que intentaba hacer, de modo que ella también empezó a contarme cosas con tranquilidad y con esa forma particular de hablar suya, pausada, como quien va evocando sentires profundos mientras cuenta los hechos de su vida; me estaba enseñando tanto con todo lo que contaba. Entradas ya en la conversación decidí preguntarle si podía grabarla. Pastora, sin ningún reparo, lo permitió y así se propició una larga conversación que terminaría a altas horas de la madrugada. Pastora es una mujer muy joven, pero el recorrido que tiene en los procesos sociales, de memoria, de documentación y de denuncia en

el Meta, la llevan a tener un conocimiento amplio de la historia del departamento y del país, que la hace hablar con sensibilidad y con propiedad acerca de muchos procesos que han ocurrido en la región.

Esa noche, en medio de la lluvia y con los ojos de Pastora que cada vez se ponían más cansados, pude aproximar las formas en que la gente se ha apoderado de sus procesos; aquellas formas en que ellas responden ante las injusticias, la impunidad y la falta de verdad; las formas en que la gente exige, a partir de las acciones que emprenden, a aquellas instituciones cuya ineficacia y demoras no garantizan la resolución de los casos. Entendí, así, que sus relatos tratan de años de procesos y de trabajo que estas mujeres han estado realizando, lo que les ha implicado dejar la vida que tenían para adentrarse en temas que antes no conocían y para afrontar los miedos que engendra un conflicto armado como el que en nuestro país se ha vivido. Esa noche pude, ante todo, apreciar desde la voz de una de ellas algunas de las formas en que las mujeres han sobrevivido a las ausencias y han continuado su vida.

Al otro día nos levantamos temprano, estábamos listas para empezar a guardar todo lo que llevaríamos con nosotras. Pastora y su hija también se estaban alistando porque se irían para El Castillo, Meta, pues Pastora se encontraba haciendo la documentación de 300 casos de desaparición y de asesinato que aparecen registrados en el municipio. Almorzamos y ellas se fueron para el Castillo. Paulina y yo nos fuimos para el teatro, llegamos temprano y mientras tanto ella, junto con otras mujeres del grupo, empezaron a hacer una especie de museo de las cosas que pertenecieron a cada uno de sus familiares en la parte baja del escenario. Paulina puso la toca de enfermera de María Cristina, su hija, en una muñeca que le perteneció, así como los zapaticos con los que aprendió a caminar; incluyó también, por supuesto, la foto de su hija y el cuaderno de la memoria que ella ha venido componiendo. Martha, la mujer con la que había cruzado palabras durante el Foro en Bogotá, también estaba allí, así que puso el cuaderno de la memoria, la foto de su hijo y los peluches que le gustaban a Andrés. Cuando le pregunté a Martha qué estaban organizando en ese espacio, me respondió con dulzura y paciencia: “estamos organizando nuestra memoria con los objetos de nuestros familiares que han sido

desparecidos; entonces, algunas mamitas traemos objetos de cuando ellos eran niños y los recordamos mucho”. Cogió uno de los peluches que había puesto en la mesa, me lo mostró y, mientras seguía organizando el espacio que dedicaba a su hijo, me dijo:

“Él es Tobi, ese me lo regaló Andrés cuando tenía 16 años; yo era una mamita que los dejaba salir, pero si se demoraban les pegaba. Ese día se demoró y yo le iba a pegar, pero él llegó con Tobi y me dijo, mira mami lo que te traje, se llama Tobi; a mí se me olvidó que le iba a pegar. Y desde ese día lo guardo y lo llevo conmigo” (Villavicencio, 2017).

Ese sábado me conocí con todas las mujeres del grupo, cada una tan diferente. Me recibieron con todo el amor que ellas tienen por ofrecer a quienes se acercan. Una de ellas estaba muy feliz de verme ahí y me decía que le gustaba mucho que los jóvenes nos interesáramos en esos temas. Sus expresiones de afecto y de cuidado las tengo muy presentes, pues aun sin conocerme me hacían sentir cercana, me acogían generosamente. Las vi mientras iban organizando el escenario con calma y paciencia, vi cómo iban poniéndole vida, como me decía una de ellas cuando ponía varias flores en el escenario:

“¿Si ve cómo cambia?, ya se va viendo bonito”.

Como dije, me acerqué a unas mujeres más que a otras, por lo que, habiéndole pedido el número a Martha ese día que se presentó la obra, pude ir luego con toda tranquilidad un domingo a visitarla a su casa en Villavicencio. A la sazón de un delicioso arroz con leche, caliente, preparado por Martha, se cocinaron las historias; compartimos todo el día, me conoció y la conocí y pareció como si lleváramos días hablando. Incluso recuerdo que pensamos en preparar una pasta con patacones quemados, porque era la comida preferida de Andrés. Su amor y paciencia le hicieron compartir conmigo rincones íntimos de su hogar y objetos que guarda como reliquias, así como yo también abrí mi corazón y mi historia a ella.

Así, empezó a generarse mi relación con otras mujeres del grupo pues meses antes Paulina, junto con otra de las integrantes, se presentaron en un *stand* en la Feria del Libro del año 2017, con La Red de Lugares de la Memoria; varias cosas sucedieron allí de las que hablaré más adelante. Lo que por el momento diré es que desde entonces surgió la idea de hacer un documental que contara la historia de El Tente, la historia de cada una de esas mujeres y lo que había ocurrido con sus familiares, aunque más adelante cambiaría el sentido del documental. Empero, esa noche del viernes y durante el sábado siguiente empezó el proceso de nuestra grabación. Entendí luego que está también fue una de las herramientas que surgieron en el camino para acercarnos y para que me hablaran con sus propias palabras, con sus propias maneras de mostrarse frente mí, una desconocida. La cámara permitió que dijeran lo que querían decir y mostraran del modo que ellas quisieran mostrar lo que han vivido en su trasegar continuo. Se generó entonces un espacio para que algunas de ellas contaran sobre sus vidas, sobre lo que han hecho juntas, sobre las batallas que han librado y sobre las formas en que sus caminos se han unido o, incluso, sobre las causas por las que han llegado a distanciarse.

Ahora bien, con este relato sobre todo el camino recorrido hasta el momento espero poder, como cada grupo de teatro a su manera me enseñó, afectarlo a usted como lector, pues esa es la forma de conocimiento que mi trabajo de campo me enseñó. Busco así que usted se deje afectar por las historias que a lo largo de los capítulos encontrará, pues en esas historias se evidencian las presencias y las vidas latentes que quedan luego de la muerte y los diversos caminos que se recorren cuando la *desaparición con apellido*, como dice Paulina, la desaparición forzada, ha llegado a las vidas de diversas familias colombianas y las ha signado de manera perpetua. Trataré de mostrar las maneras cómo estas mujeres se han convertido en actores políticos activos, en actrices de su propio dolor, en denunciantes, en abogadas, en investigadoras; el modo vital en que ellas son, entonces, más que víctimas, sobrevivientes.

## CAPÍTULO UNO. MORIR Y FLORECER ENTRE LAS CENIZAS, LA RUTA DE LAS MUJERES BUSCANDO

### Pastora y su padre, Miguel. Primero la historia



Ilustración 1. Condenan al Estado por la muerte de integrantes de la UP y del partido comunista (Imagen tomada de *El Tiempo*, 26 de octubre, 2017).

“Todo tiene solución en la vida, todo, menos la desaparición forzada; con la desaparición forzada no hay nada que se pueda hacer, porque ya han asesinado a la persona y quién sabe dónde lo dejaron” (Martha Rojas, Villavicencio, 2017).

“Me faltó hablar de las amenazas”, escuché que le decía Pastora a Paulina. Habíamos hablado hasta muy entrada la madrugada con Pastora, mujer que ese día había conocido y visto rápidamente durante la celebración de los diez años del Movice en Villavicencio. Nos conocimos gracias a Paulina, quien nos había brindado su casa a ella, a su hija y a mí, pues al otro día se presentaría la obra *Anunciando la ausencia*, del Grupo de Teatro El Tente en el Teatro Germán Arciniegas de Villavicencio. Pastora se había quedado esa noche para devolverse al otro día al municipio El Castillo (en el departamento del Meta), lugar en el que se encontraba trabajando. Era evidente la cercanía que había entre Paulina y Pastora; lo que entendería después era que se habían conocido varios años atrás, cuando empezaron el trabajo de documentación de los casos de asesinatos y de desapariciones del departamento con el MOVICE, incluyendo la realización, por primera vez, de lo que en su momento era la obra de teatro *Mi pobre angelito* y, luego, la participación de ambas en las primeras obras de El Tente, gracias a que Vilma les dijera “porque no buscamos un medio que puedan expresar el dolor que sienten pero como mujeres que igual van de luto”, lo cual llevó a que Paulina comprara una tela negra y les hiciera unas batas y unos velos con las cuales ellas empezaron a andar por parques de Villavicencio, con los retratos de sus familiares, preguntando por sus hijos.

A Pastora la muerte, aquella producida por los agentes del conflicto armado en este país, la sorprendió joven, pues a sus seis años, en 1995, su padre fue asesinado y desaparecido. Él era miembro de la Unión Patriótica y trabajador empedernido de los temas sociales de la comunidad. Luego de su muerte, desconocidos mandaron una carta anónima diciendo que los paramilitares tenían la culpa; sin embargo, luego, a raíz de sus búsquedas, se enteraría de que los responsables habían sido otros, ya que, “por equivocación”, fue la guerrilla la que había

asesinado su padre. “Fue una equivocación que nunca debió haber ocurrido”, le dijeron. Ahora pienso, ¿qué muerte a manos de seres humanos no es una equivocación?, ¿por qué en nuestro país las muertes violentas son justificadas con diversas valoraciones?

A causa del asesinato de su padre les fueron robadas todas sus cosas, entre esas el ganado con el cual sobrevivía Pastora, su madre y sus hermanas, por lo que la misma precariedad de sus condiciones económicas terminó por desplazarlas; con el tiempo, la vida también terminó alejando a Pastora de su madre y de sus hermanas. Pastora creció en Medellín del Ariari con su tía; su hermana y sus hermanos se quedaron en Villavicencio, en un barrio que se construyó por varias personas que habían sido desplazadas a causa de los embates de la guerra. La Nohora fue un barrio que empezó a poblarse en 1999, como muchos otros en Villavicencio, por la gestión de personas en busca de un hogar y de tranquilidad. Su familia vivió muchas formas de violencia en la ciudad de Villavicencio y Pastora enfrentó, también, las formas en que la violencia se desarrolló y desarrolla en Medellín del Ariari.

“[...] Yo recuerdo que yo estaba estudiando. Ya del 95 para acá empieza la guerra y todo eso. En el 2002 yo estaba estudiando segundo o tercero de primaria. Estando allí, de unos diez u once años, empiezan a entrar los paramilitares. Entonces, recuerdo una vez que entraron los paramilitares a Medellín de Ariari; dijeron: todos los niños del colegio se van ya para el polideportivo, que fue el parque que creó Pedro Malagón antes de ser asesinado. Ahí hay dos canchas. Entonces, ahí nos llevan a todos los niños del colegio, los niños aparte, las niñas aparte, y empiezan a sacar la gente de las casas; los hombres aparte, las mujeres aparte y los ancianos aparte.

Entonces, bueno, empezaron a preguntarnos a los niños, como, pues, la inocencia: ¿Ustedes tienen familia en la guerrilla?, digan, digan.

Nosotros ya sabíamos, cómo niños, porque éramos unos niños formados desde procesos, que si decíamos que teníamos familia a nosotros nos iban a asesinar; entonces, nosotros decíamos no, no. Pero entonces reunían a los ancianos, a los



hombres, a las mujeres, en el polideportivo, pero en grupo, y les preguntaban lo mismo: no sean güevones, que no tienen familia en la guerrilla, el que diga que tiene familia lo vamos a matar acá. Entonces echaban sus madrazos y le ponían a uno el fusil en la cabeza. Nos decían: diga que tiene familia, diga. Entonces, en el momento que nos reunían, el marido de doña María Espinel trabajaba cerca al río de Medellín, llegaba de ver el cultivo; entonces, él no sabía lo que estaba pasando en el pueblo y a él los paramilitares que estaban alrededor lo asesinan y lo traen y lo ponen en la mitad del polideportivo y nos dicen: mire a este, por tener familia en la guerrilla, lo que le pasó, y dijeron: y nosotros vamos a ser la autoridad en el pueblo y ustedes tienen que obedecernos. Entonces, nos someten a un reglamento paramilitar” (Villavicencio, 2017).

Pastora, como niña formada desde procesos, como me decía ella, a partir de todo lo que se empezó a vivir en el departamento, comenzó a adentrarse en temas de derechos humanos, de memoria y de trabajo con la comunidad, el trabajo barrial, como lo llama ella. Incluso, muy joven, empezó a ser parte del Partido Comunista y a llevar la contabilidad del partido. La vida y la muerte la han llevado por diversos caminos. Ella me contó, por ejemplo, sobre las formas en que se ayudaban entre vecinos, así no se conocieran, porque cuando sucedían los enfrentamientos entre la guerrilla y el Ejército los disparos de los helicópteros militares tiraban a matar a quien estuviera en el camino. Metían a las personas que estaban en la calle para salvaguardarlas de las balas que pasaban sin ningún tipo de mediación. Pastora recuerda que, luego de los tiroteos, entre vecinos se preguntaban unos a los otros por sus familiares: “- ¿Usted vio a mi hijo, si ese está allí? -No, no, no, tranquila, yo lo tengo”, decían.

Los habitantes del Meta han experimentado distintas formas de violencia que, por la forma en que Pastora me contó la historia de su vida y su departamento, se me hace importante reconocer en este momento. Esa historia de espirales de violencia que permiten la generación de historias como la de Pastora en este momento, o la de Paulina y Martha más adelante. Varias veces y a varias personas escuché decir que la violencia en el Meta empezó luego del 9 de abril;

sin embargo, antes de aquel fatídico día, en el departamento ya se estaban viviendo experiencias violentas, así como también varios procesos organizativos. Pues durante los años 40, previo al ascenso de Mariano Ospina Pérez al poder en el año 1946, contrarrestando los gobiernos liberales que le antecedían, se dieron a lo largo y ancho del territorio colombiano distintas luchas por el poder entre liberales y conservadores. Sin embargo, el año de la elección del presidente Mariano Ospina Pérez, generó, en la entonces denominada intendencia del Meta, varios cambios y luchas políticas y sociales por el poder, como expone Andrés Gómez Barrera (2011) en su artículo “Elecciones y Junta Revolucionaria, Villavicencio 1947-1948”. Estas se debían a la precaria presencia Estatal lo que implicaba la exclusión de sectores populares en la política.

Dicha exclusión y persecución de los sectores populares, que también apoyaban el gaitanismo, fue fundamental para los procesos organizativos que en adelante habrían de desarrollarse, pues los sectores populares se vieron recogidos en un primer momento en él y en lo que se llamó el Partido del Pueblo. Luego del 9 de abril de 1948, cuando asesinaron a Gaitán, en Villavicencio y los demás municipios cercanos, que fueron invadidos por la sorpresa, el desaliento, la rabia y la tristeza, se empezó a pensar qué hacer, cuando en la radio contaban sobre los alzamientos populares que tenían lugar en la capital del país. Cuenta el mismo autor, Andrés Gómez (2011), en su artículo titulado “De la resistencia gaitanista a la resistencia liberal”, que luego de los hechos del 9 de abril los pobladores en Villavicencio decidieron crear una junta revolucionaria en respuesta a la muerte de Gaitán para no responder desorganizadamente como en Bogotá; sin embargo, los intereses de la oligarquía eran claros para tratar de evitar nuevos levantamientos y con ello un recrudecimiento de la violencia luego de 1948.

Frente a la Junta Revolucionaria, se evidenciaron las nuevas formas coercitivas de persecución a los seguidores de Gaitán, quienes decidieron, junto con personas movilizadas de la región y de Villavicencio, unirse y armarse para impedir que la población que llegaba a la zona

de Puerto López, fuera atacada o perseguida por la nueva policía conservadora, que tenía como base central de operación a la ciudad de Villavicencio (Gómez, 2010, p. 238).

Este fue el antecedente a las guerrillas del Llano; sin embargo, estas cuadrillas apenas y tenían las armas con las que en los hatos se defendía el ganado, pero al ser tan cercanos a la población eran ayudados con armas, alimentos y medicinas para que continuaran en la lucha, pues empezaban a unirse a distintos liberales para continuar con las acciones. Es así como la cuadrilla de Velásquez, empieza a acercarse a Alfredo Silva, liberal que se encontraba en Bogotá y que en su momento coordinó lo que sería la toma de la capital y otros municipios de la intendencia del Meta en 1949, en lo que sería parte de un golpe de Estado que estaba preparando la dirigencia nacional liberal como forma de retomar el poder, de liberar de las cárceles varios gaitanistas o liberales y formar, entonces, los primeros comandos guerrilleros del Llano; es decir, allí, en 1949, se crearon las guerrillas del Llano, como forma de oposición al conservadurismo.

Es así como se desarrolla el inicio de la guerra que muchos sitúan en 1948, en el departamento del Meta, cuyas tierras desde entonces han sido sembradas por la sangre y los cuerpos tanto de liberales como de conservadores y que trajeron consigo fuertes oleadas de desplazamiento, miedo y desolación en los territorios, pues comenzó una persecución sistemática contra la creciente resistencia liberal y comunista. Se debe aclarar que, para el desarrollo de los hechos presentados, años previos a la creación de las guerrillas liberales, el Partido Comunista colombiano se había ido consolidando desde 1930, sumándose a las luchas campesinas que ya se estaban dando en los territorios, pero que adquirieron una organización distinta con la llegada del mismo, en ligas campesinas y en sindicatos agrarios, los cuales, junto con los liberales, fueron fuertemente perseguidos militarmente en el departamento, por lo que se puede decir que hubo en el territorio “cierta homogeneidad política por la filiación de los llaneros con el Partido Liberal” (Álvarez, 2013, p. 1). Eso significó un amplio número de población en las filas de las guerrillas liberales del Llano. “Como respuesta a la necesidad de proteger la vida: los llaneros preferían unirse al combate y a los jefes, en quienes veían a sus

protectores, en lugar de esperar la muerte” (Guzmán, Fals y Umaña, citados por Álvarez, 2013, p. 10).

Hasta 1953, las guerrillas del Llano tuvieron su accionar en el territorio, luego del golpe de Estado de Gustavo Rojas Pinilla. Estaban ya divididas esas guerrillas y, en esa coyuntura, decidieron entregar las armas. Sin embargo, la desmovilización fue respondida con incumplimientos gubernamentales que llevaron a que continuara la lucha desde las armas, en algunos casos, y en otros desde la política sin armas, como en el caso de Guadalupe Salcedo, quien, sin embargo, fue finalmente asesinado en 1957. Desde sus inicios, como lo expone Pablo Nieto (2004), la explicación oficial de la violencia era atribuida al influjo del comunismo, por lo que empezó a gestarse una fuerza contra guerrillera, que buscaba ir en contra de cualquier cosa que pudiese parecer comunista. Las primeras iniciativas en este sentido se dieron en los Llanos orientales, bajo la anuencia gubernamental, acentuada con la creación del Batallón Vargas en el año de 1950.

“A partir de la guerra coreana el comunismo fue utilizado para explicar la violencia que vivió el país. En 1953, durante su acto de posesión como presidente de la república, el general Rojas proclamó su intención de acabar con aquellos que atacaran la “libertad”, el “orden” y “la civilización cristiana”; “donde quiera que un hombre pierda su libertad [refiriéndose al comunismo], sentimos que se ha perdido parte de la nuestra”, dijo el general Rojas” (Nieto, 2004, p. 15).

El establecimiento del Frente Nacional, en 1957 fue provechoso para la gestación de las guerrillas de las FARC, el M-19 y el ELN. Autores como Mario Aguilera (2010) comprenden estos surgimientos como una continuidad entre las guerrillas liberales, comunistas y las FARC, por los distintos elementos en común que estas poseen. El Partido Comunista y las diferentes guerrillas organizaban los distintos elementos de la cotidianidad en el territorio, por lo que también se dio la conversión de las FARC en movimiento político en 1984, luego de la firma del acuerdo de cese al fuego y tregua en La Uribe, municipio de Mesetas en el departamento del Meta. El

movimiento fue llamado Unión Patriótica y, como lo expone Iván David Ortiz Palacios (2006), mi padre, en su libro titulado *Narración breve para una experiencia larga*:

“La Unión Patriótica pretendía ser un espacio donde convergían sectores descontentos de liberales, de conservadores, de sin partido, de apáticos, obreros, campesinos, intelectuales, artistas, es decir todo el país que vive planteando que estamos mal gobernados” (Ortiz, 2006, p. 28).

La organización de la Unión Patriótica siguió estando organizado con el modelo de juntas en los territorios. Ahora, estas serían juntas patrióticas que buscaban organizar desde la base los territorios, juntas patrióticas veredales, municipales y departamentales. Aunque en los distintos territorios la Unión patriótica ya estaba trabajando y organizando los trabajos, apoyados también por el Partido Comunista, el lanzamiento público se dio en mayo de 1985:

“Eso ayudó mucho para conformar las juntas patrióticas departamentales que tenían su dirección en cada capital de departamento, de comisaría. Cuando se hace el primer congreso constitutivo se le dio más forma, más cuerpo, al carácter organizativo de la Unión Patriótica y como eso también nos toca la entrada de las elecciones de parlamentarios, alcaldes, concejales, etc.” (Ortiz, 2006, p. 38).

La conformación de la Unión Patriótica, con los afectos que estaba despertando en las gentes y con las múltiples manifestaciones que empezaron a emerger en el país, suscitó el acrecentamiento de las formas de eliminación de todo aquello que fuera comunista. Como en la época Gaitán, se empezaron a asesinar todas las vidas que alimentaban esos sentimientos y esas luchas,

“En 1985 [...] se implementó El Plan Cóndor que ejecutan grupos paraestatales con la colaboración de algunos miembros de las fuerzas de seguridad del Estado, como parte de una estrategia basada en la seguridad hemisférica, así que también contó con la

colaboración de estadounidenses; su objetivo era evitar que la izquierda y el comunismo se desarrollaran y por supuesto la Unión Patriótica, junto con otros movimientos que se presentaban como alternativas políticas, fueron blancos a eliminar mediante delitos de lesa humanidad, crímenes de guerra y crímenes internacionales” (Ortiz, 2007, p. 32).

Así fue como el paramilitarismo fue entrando en la región, siempre como forma de contraatacar a los movimientos sociales, a las guerrillas liberales, a los pensadores comunistas, por lo que, cuanto más fuerte se hiciera la izquierda en la región, más fuertemente entraba en el territorio el paramilitarismo. Por lo tanto, la población se veía constantemente involucrada en las evidentes acciones paramilitares que se daban en el territorio, acciones que en su mayoría han sido abaladas por los entes estatales del Ejército nacional presentes en la región. Ellos robaban el ganado, que trasportaban en camiones repletos por todo Medellín del Ariari y por El Castillo, así como también llegaban a las viviendas donde habían desplazado a personas y se llevaban todo, como me cuenta Pastora.

“Es que era tan evidente, porque uno decía son paramilitares, pero trabajan con el Ejército, porque el Batallón XXI Vargas está la virgencita que cuando uno entra, paraban ahí, hablaban con el Ejército y seguían; entonces, bueno, uno comer callado” (Villavicencio, 2017).

El Batallón de Infantería XXI Vargas resulta importante, porque, como decía anteriormente, fue parte de las acciones que se tomaron en primer lugar para contrarrestar los brotes de violencia, luego del asesinato de Jorge Eliecer Gaitán, y luego en la lucha contra las guerrillas liberales y el pensamiento liberal y de izquierda que se gestó en el territorio. El Gobierno nacional, mediante el Decreto No. 1721, del 16 de septiembre de 1948, “reactiva el Batallón Vargas dependiente del Comando de la Brigada de Institutos Militares” (Ejército Nacional de Colombia, 2018). Supuestamente creado para defender la vida y la tranquilidad de la población. Ese Batallón ha sido constantemente declarado como uno de los actores

responsables del recrudecimiento de la violencia en la zona, con denuncias de crímenes y de asesinatos de presos políticos que empiezan desde 1951, así como por el reclutamiento y entrenamiento de civiles armados, como forma de combatir a las guerrillas liberales, generando entonces fuertes brotes de paramilitarismo en la zona (*Colombia nunca más*, 2001).

A inicios de los 70s, el Batallón también se encontró involucrado “en la operación genocida contra los indios guahibos de la zona de Planas, jurisdicción del municipio de Puerto Gaitán, en alianza con colonos ricos de la zona” (*Colombia nunca más*, 2001). En la actualidad se encuentra fuertemente vinculado y responsabilizado por el asesinato extrajudicial de varias personas, los mal llamados falsos positivos que fueron también reconocidos por Daniel Rendón, Alias Don Mario, en sus declaraciones libres (*El Tiempo*, 2010). Un solo lugar que da cuenta de lo que ha significado en muchas ocasiones el Estado para los espirales de violencia que se viven en los municipios, tal como Pastora y sus vecinos habían estado viendo y “comiendo callado”.

El Castillo, lugar donde ahora se encuentra Pastora documentando los 300 casos de asesinatos y desapariciones, también está relacionado con Paulina y con María Cristina su hija, pues María Cristina nació allá, aunque, habrá que decirlo, en una época donde las relaciones, para ella, “se llevaban de otras formas”. Paulina me cuenta que había guerrilla pero que todo era diferente, que la visión que tenía ella en ese momento era que la guerrilla hacía que ayudaran a los campesinos y que los campesinos los ayudaran a ellos; era sano, me decía Paulina, había tranquilidad durante los años que vivieron allí Paulina, su esposo y María Cristina; para entonces, el padre de Cristina era comandante del Ejército del puesto de allá.

Por su parte, Pastora, hoy en día, se encuentra allí tratando de entender las circunstancias históricas que han provocado tantos asesinatos y desapariciones; me cuenta que El Castillo es un lugar muy rico, una mina de oro, porque tiene cal, agua, oro. Un lugar donde se han gestado pensamientos y acciones desde partidos como El Partido Comunista o La Unión Patriótica. Un lugar donde los intereses estatales por el territorio posibilitaron la entrada de los paramilitares a inicios de los 2000. Pastora me contaba que El Castillo era considerado el

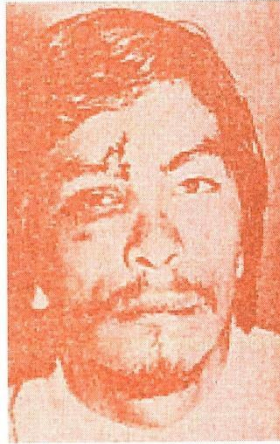
Municipio de la izquierda y que, por lo tanto, en este se vieron coartados dichos pensamientos, sentimientos y accionares desde inicios de los 80, porque allí era donde más fuerte se daba el influjo de la Unión Patriótica en el departamento, por lo que fueron fuertes los enfrentamientos entre la guerrilla y los paramilitares en el municipio.

“Ahorita, de El Castillo documentamos cuarenta de desaparición, cuarenta de asesinatos, son ochenta, y hace tres años atrás que documentamos ochenta, entonces documentamos ciento sesenta casos y son trecientas; aparte de los casos extrajudiciales y esta la masacre de la Alcaldesa, la masacre de los diez y siete pasajeros que iban para Granada y la masacre de Cumaral bajo, y otras masacres; pero eso fue del Ejército, que se confundió y se asesinaron entre ellos mismos, fuego amigo. Y bueno, la de la Alcaldesa y el Alcalde entrante, que eran de la Unión Patriótica. Entonces, hubo un momento en El Castillo que hubo tanto terror que la gente no quería ser Alcalde, hubo una vez que hubo un alcalde que ni siquiera la familia voto por él, ganó por un solo voto, el mismo se votó y fue el alcalde que gano por un solo voto; porque mataron a María Mercedes, mataron al Alcalde saliente, luego ingresó Jade, mataron a Jade, luego se lanza otro, lo intentan asesinar, y luego se lanza el otro y nadie quiere votar por él” (Villavicencio, 2017).

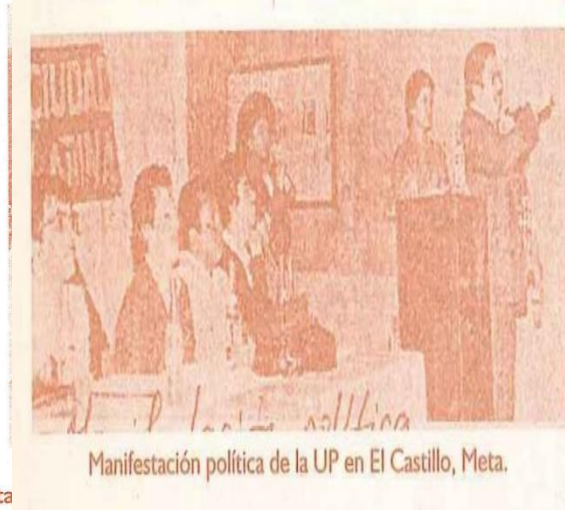
Esta historia la pude comprender mejor uno de los días que estaba revisando un libro de mi padre, lleno de fotografías y poemas, en donde realizó una recopilación de prensa de lo que fue el genocidio de la Unión Patriótica a partir de 1984. Esto me permitió evidenciar, de forma más vívida, los rostros, los miedos, las ausencias que empezaban a aumentar cada vez más en el municipio. Las fotos hablan por sí mismas.

Semanario *Voz Proletaria* (febrero de 1984 y julio de 1985)





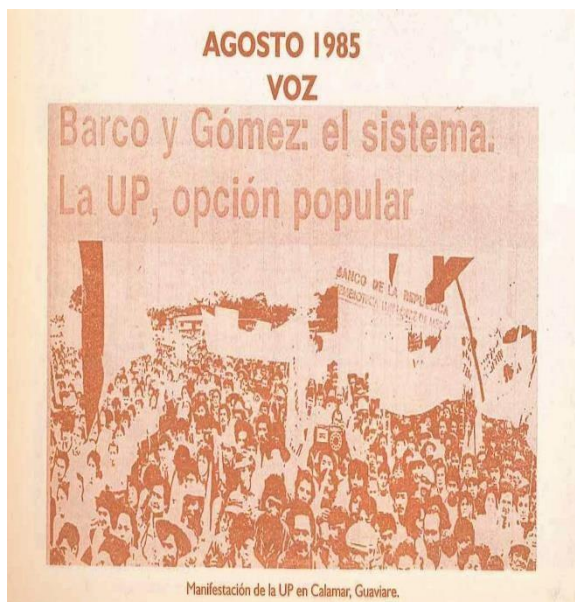
Asesinado Humberto Morales  
Candidato UP Asamblea del Meta



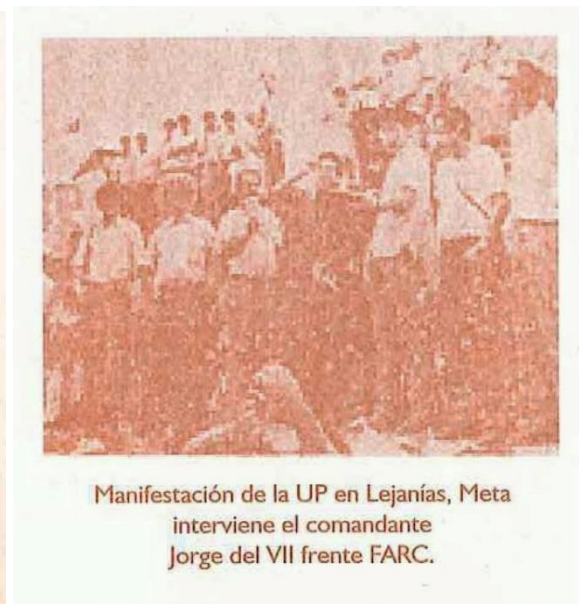
Manifestación política de la UP en El Castillo, Meta.

(Ortiz, 2007, pp. 51 y 65).

Semanario *Voz Proletaria* (agosto de 1985)



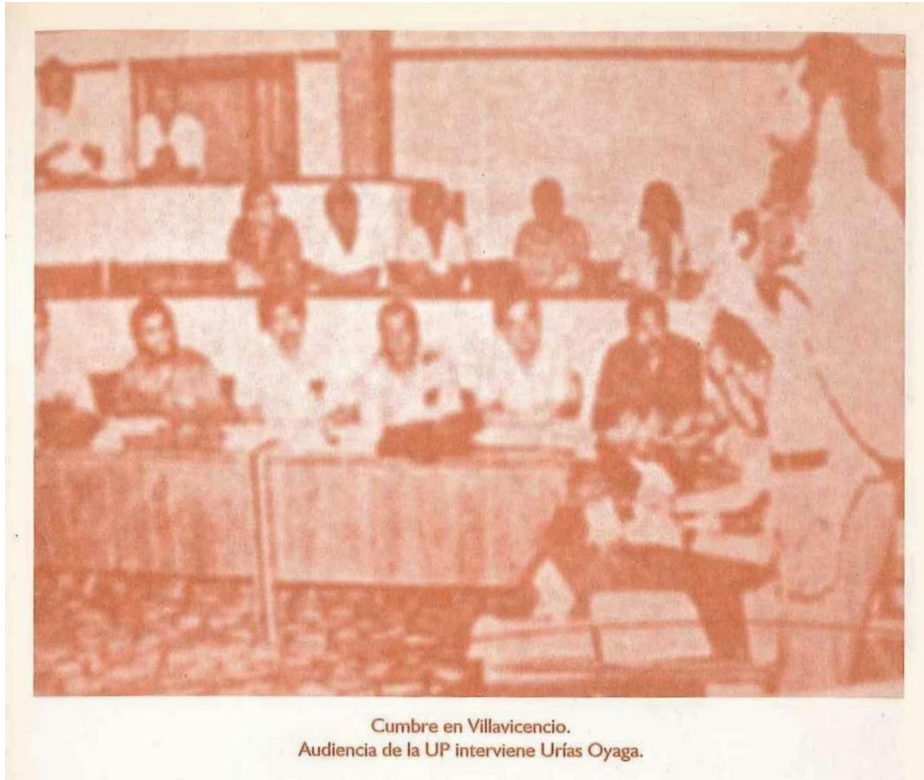
Manifestación de la UP en Calamar, Guaviare.



Manifestación de la UP en Lejanías, Meta  
interviene el comandante  
Jorge del VII frente FARC.

(Ortiz, 2007, p. 67)

Semanario *Voz Proletaria* (octubre de 1985)



(Ortiz, 2007, p. 75)

Semanario *Voz Proletaria* (febrero de 1986)

**CANDIDATOS UPEISTAS  
INDEPENDIENTES, ALIANZAS Y COALICIONES**

 Gildardo Castaño, candidato al concejo por Pereira.	 Elra Rojas, candidata concejo de Popayán.	 Mario Upegui candidato al Concejo por Bogotá.
 María Cecilia Castro, testigo de la masacre cometida contra Upeistas.	 Alfonso López Vélez candidato al Senado.	 Jaime Guerrero candidato al Concejo de Arauca.
 Alvaro Pío Valencia, candidato UP concejo de Popayán.	 Walter Mondragón candidato al concejo de Argelia, Cauca.	 Luis Gonzalo Betancur, candidato concejo de Saravena.
 Cecilia Muñoz candidata a la Cámara del Valle.	 Guillermo Romero candidato al Concejo Lejanías, Meta.	 José Agustín Lagos candidato a la asamblea del Valle.



**Concentración UP en el Castillo, Meta.**

(Ortiz, 2007, p. 96)

**AGOSTO DE 1986**  
**VOZ**



Ilustración del surgimiento de la UP: "Aciertos y desaciertos de Belisario Betancur".



Sepelio del diputado del Mica Rafael Reyes Malagón.

(Ortiz, 2007, pp. 110 y 111).

Semanario *Voz Proletaria* (agosto de 1986)



Sepelio del magistrado Upeista Hernando Baquero Borda, asesinado en Bogotá.



En Medellín, Unión de mujeres demócratas organizaron homenaje a parlamentarios Upeistas víctimas del terrorismo de Estado.



Diputado del Meta UP Rafael Reyes Malagón, junto a su hija Jacqueline y su esposa Natalia Arévalo en un festival de Voz.



Concejal UP Gonzalo Álvarez dando juramento como segundo vicepresidente del Concejo de Medellín.



Funeral del dirigente Rafael Reyes Malagón en Granada, Meta.

(Ortiz, 2007, p. 112)

Semanario *Voz Proletaria* (septiembre de 1990)



Para vencer el miedo, en El Castillo, Meta donde se ha golpeado fuertemente a los Upeistas, se realiza la cumbre por la paz en el Ariari.

(Ortiz, 2007, p. 254)

Semanario *Voz Proletaria* (septiembre de 1990)

**TESTIMONIOS EN EL ENCUENTRO POR LA PAZ EN EL ALTO ARIARI.**



Miguel Rubio, alcalde de Mesetas, "ausencia gubernamental en la zona".

Luis Bustos, colono de La Macarena, "vine a este encuentro porque siento que me pertenece. Soy simpatizante de la paz".

Silvano González, "Yo quiero la paz, pero en todo sentido, que no nos engañemos los unos a los otros".

Héctor Julio López, obispo del Meta, "lástima que no vinieran los representantes del gobierno nacional y departamental".



Alcaldesa por la UP en El Castillo, Meta, Mercedes Méndez.

Miguel Ángel y Faustino, ejemplo de dignidad y valentía. El delito cometido contra ellos aún sigue impune.

(Ortiz, 2007, p. 254)

Semanario *Voz Proletaria* (noviembre de 1990)



Programa de caja de vivienda impulsado por Mario Upegui de la UP, 32 familias reciben casas nuevas.

(Ortiz, 2007, p. 256)

Semanario *Voz Proletaria* (noviembre de 1991)



Alcaldesa de El Castillo de la UP  
María Mercedes Méndez,  
denuncia guerra sucia  
y persecución a Upeistas.  
"queremos que haya paz".



Miguel Antonio Rubio, alcalde UP en  
Mesetas, Meta  
"No hay garantías para ejercer mi cargo".

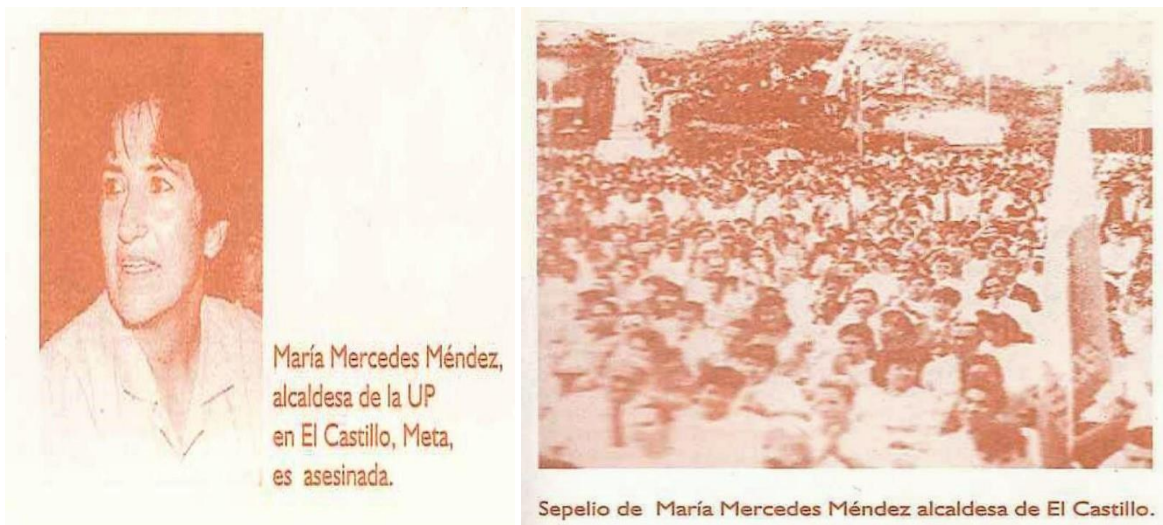
## NOVIEMBRE DE 1991 VOZ



Reunión UP Hernán Motta, Manuel Cepeda, María Mercedes Méndez, Miguel Antonio Rubio, Leo Tovar, José Rodrigo García, con los ministros de Defensa y Gobierno, para exigir garantías electorales y de existencia.

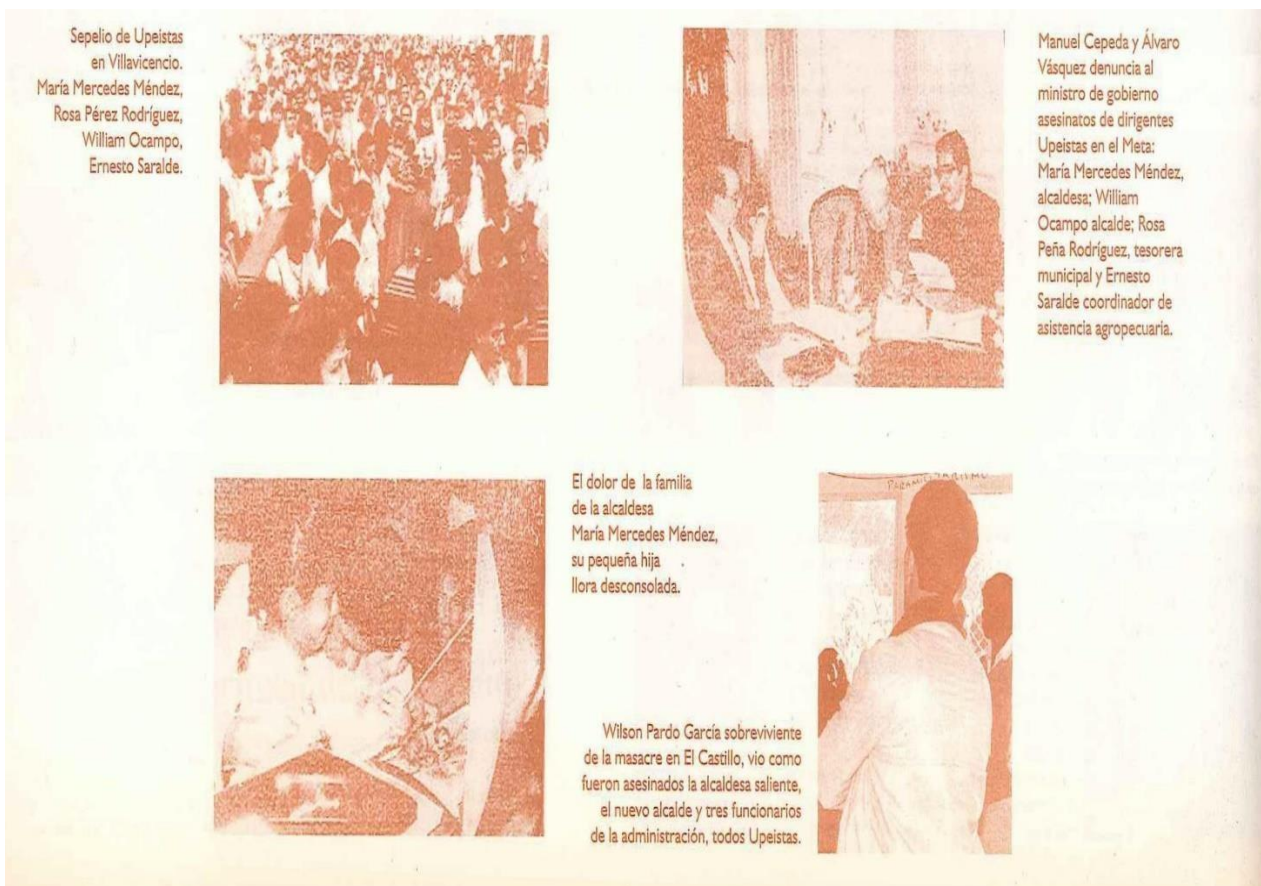
(Ortiz, 2007, p. 288)

Semanario *Voz Proletaria* (junio de 1992)



(Ortiz, 2007, p. 299)

Semanario *Voz Proletaria* (junio de 1992)



(Ortiz, 2007, p. 300)

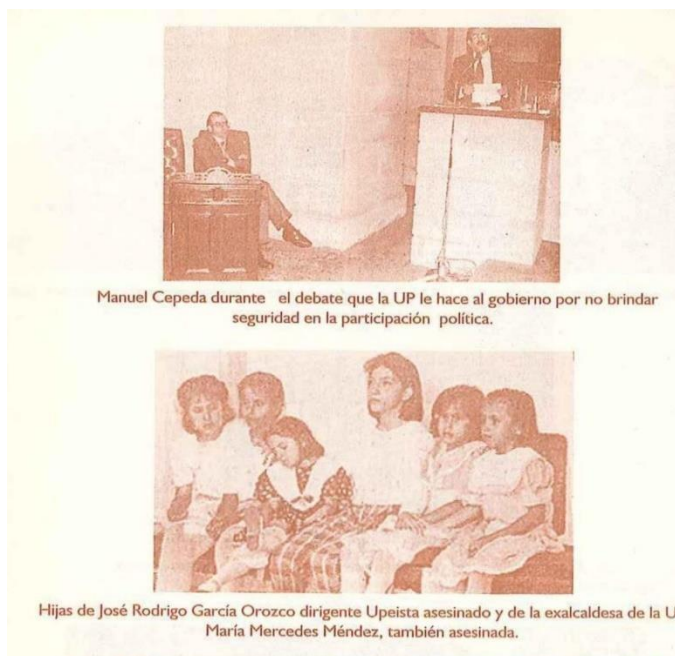
Semanario *Voz Proletaria* (julio de 1992)



Campesinos del Meta,  
exigen no ser  
macartizados  
y acusados  
de guerrilleros.

(Ortiz, 2007, p. 301)

Semanario *Voz Proletaria* (diciembre de 1992)



Manuel Cepeda durante el debate que la UP le hace al gobierno por no brindar seguridad en la participación política.

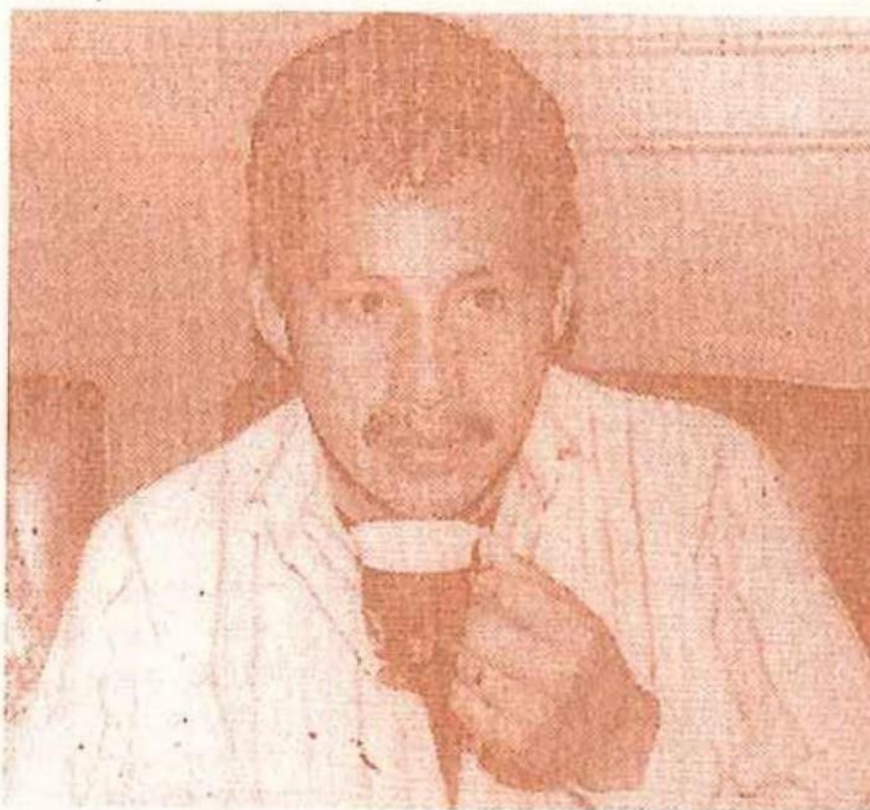
Hijas de José Rodrigo García Orozco dirigente Upeista asesinado y de la exalcaldesa de la UP María Mercedes Méndez, también asesinada.

(Ortiz, 2007, p. 304)



Semanario *Voz Proletaria* (diciembre de 1995), año en el que asesinan y desaparecen al padre de Pastora

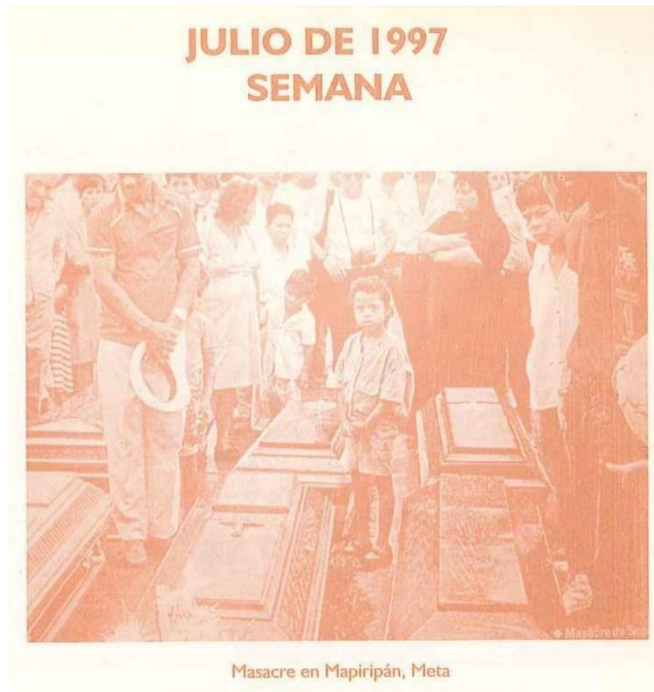
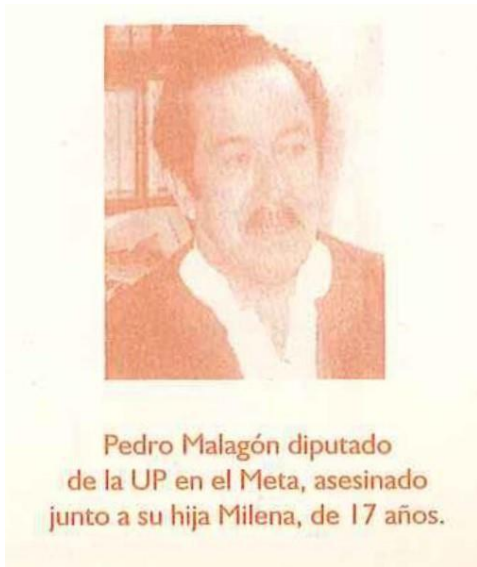
## DICIEMBRE DE 1995 VOZ



Jorge Tenorio, alcalde de El Castillo, Meta,  
habla sobre los peligros que corren  
los Upeistas en su departamento.

(Ortiz, 2007, p. 345)

Semanario *Voz Proletaria* (junio de 1996); Revista *Semana* (julio de 1997)



(Ortiz, 2007, pp. 353 y 361)

Revista *Semana* (marzo de 2001)



(Ortiz, 2007, p. 394)

Dice Pastora que ella tuvo que encontrar las formas de sobrevivir a todos estos conflictos y de ayudar a la gente, a su gente, a sus vecinos y amigos, que también vivían esas mismas situaciones. Así, Pastora se ha dedicado a dar a conocer qué paso con sus familiares y con los familiares de las personas que ha ido encontrando en su camino; ha dedicado su vida a recolectar las verdades que hay regadas por los rincones de Colombia, así como también las denuncias de las personas; su misión ha sido la de hacer que cuenten lo que sucedió con sus familiares. En medio de todo ello, también ha estado abogando por el caso de su padre. Esta ha sido una batalla larga y dura, pues el Estado en un principio estableció que su muerte no se dio dentro del conflicto, porque su padre, supuestamente, no pertenecía a ningún grupo político. Como a Paulina y a Martha, a Pastora le ha tocado empezar el camino de la búsqueda de las pruebas, de los distintos indicios que le han ayudado a esclarecer lo sucedido. “Llamé a Bogotá”, me dijo, y “me decían que él sí era de la Unión Patriótica, que aparecía en los archivos; me mandaron el certificado para empezar a juntar todas las pruebas”.

Mientras hablábamos en la sala de la casa de Paulina, Pastora se quedó unos instantes en silencio y expresó luego que, como líder de víctimas, se ha dado cuenta que a veces ha priorizado los casos de los demás:

“Uno a veces se olvida de uno, y uno comete errores, porque nosotros ayudamos toda la parte psicosocial, que también hemos aprendido dentro de los procesos, ayudando que las familias superen el dolor, pero uno nunca ha llorado su muerto como debe de ser o, a veces, no nos sentamos a contar nuestra propia historia porque se nos llena la garganta como de agua” (Villavicencio, 2017).

Entiendo, entonces, la razón por la cual no me da muchos detalles de lo ocurrido con su padre, pues aquellos dolores, los dolores propios, esos que a veces nos remueven todos los sentimientos, son los más difíciles de afrontar, porque sabemos que puede desbordarse el agua que empieza a llenar la garganta y porque pueden emerger sin

contención huracanes en el ser. *No contar nuestra propia historia porque se nos llena la garganta como de agua*, como dice Pastora, es lo que hace más importante el trabajo que ellas realizan, porque aprenden a nadar en el agua de la garganta y logran que las palabras salgan. Pastora sabe que hablar de la propia historia es una forma de develar la verdad, de aproximarse a otros, de conocer sus historias y de calmar una poco la aflicción. Si yo no hubiera aprendido eso de ella, la primera parte del preámbulo no existiría.

Nuestro cuerpo va llevando esos dolores que a veces logramos esconder, pero otras veces se hacen evidentes y latentes por la forma en que se entrecorta la voz y no salen las palabras, por el agua que no sabíamos que aun conteníamos, por el aire que nos falta para poder seguir contando. Así, entendí que, tanto ella como yo y como muchas personas, contenemos agua y aquel momento en que ella me dijo eso pude sentir tranquilidad en sus ojos y en los míos, ambas sabíamos que no hablaríamos de su padre, pero ella se encargó de ponerlo siempre en un lugar preponderante de la narración. Así que luego comprendí que ese fue un silencio que ambas entendimos y por el cual empezaron a emerger todas las historias sobre procesos sociales de memoria, de verdad y de justicia.

Pastora ha sido, sin proponérselo ella, quien me ha enseñado a saber cómo hablar con las personas sobre estos temas, pues en aquel momento en que juntas compartimos ese silencio entendí aquella frase que tanto me repetían ellas y que hoy recuerdo de esta manera: hay dolores que uno puede comprender porque la existencia misma ha sido cómplice de estos mismos sufrimientos. Sin mi garganta llena de agua por mis dolores, sin mi imposibilidad de hablar de ellos, sin mi relación con la muerte desde que murió mi padre, no habría podido comprender el momento en que Pastora no deseaba llenar su garganta de agua, por lo que más bien quería contarme qué había quedado de todo ello. Contarme, sin decirlo, acerca de su fortaleza, de todas las cosas que ha aprendido y que ha vivido luego de aquello que difícilmente nombra; quería no quedarse contenida en el agua de la garganta, sin poder hablar.

Ella me contaba las formas en que ha logrado documentar los diferentes casos de violencia estatal en el Meta, trabajando con la gente y posibilitando que ellos pudieran hablar pese a su dolor.

“Bueno, ¿qué le pasó a su familiar?, ¿no es que a él lo mataron y le hicieron esto y esto? Ah... ¿Y cuando usted vivía con él, ¿cuántos hijos tenía? Entonces, íbamos al dolor, pero nos devolvíamos como a lo bonito que vivían. Entonces, la persona trataba de llorar y volver a ¡Ay, sí, tan chévere! Era así para poder terminar los casos” (Villavicencio, 2017).

En ese sentido, Pastora me enseñó que hablar con las personas de aquello que mueve cada parte de nuestro ser implica el recorrido constante entre las distintas experiencias; implica fluir entre las heridas y los recuerdos, entre la pérdida y la tenencia, entre la ausencia y la presencia; implica, entonces, recobrar la experiencia como forma de alivianar el dolor, para poder narrar, para contrarrestar las relaciones entre el sujeto víctima y el sujeto sobreviviente. Me enseñó que documentar casos es buscar que las personas cuenten su propia historia, así se les llene la garganta de agua y es Pastora, con otras muchas otras mujeres, quienes ayudan a que las personas no se ahoguen en el agua que brota de ellas mismas.



Ilustración 2. Pastora contando su historia (Villavicencio, septiembre de 2017).

## Andrés y Martha. Lo que cuentan los objetos y el camino

En medio de la búsqueda de Andresito caminé muchísimo”  
(Marta Rojas. Villavicencio, octubre de 2017)



Ilustración 3. Habitación de Andrés, Martha recordándolo (Villavicencio, octubre de 2017).

Andrés solo esperaba tener 18 años para poder empezar a cumplir su sueño, ser parte del Ejército Nacional de Colombia. Años atrás estaba trabajando en un parqueadero de grúas en Villavicencio para ayudar a su madre. “Ellos eran humildes, pero bien criados”, cuenta Martha refiriéndose a sus dos hijos, Andrés y Kike. Era muy joven Andrés, pero con 18 años empezó a demostrar sus destrezas en el Ejército, así fue como su comportamiento y sus acciones le dieron la posibilidad de participar del Gaula Rural de Colombia. Varios diplomas le reconocían menciones de honor por su trabajo. Martha me cuenta que, incluso,

en agosto del año 2000, había participado en el rescate de Guillermo "La Chiva" Cortés, periodista secuestrado por las FARC. La operación Inquisidor, como fue llamado el rescate, implicó el entrenamiento de 50 soldados de Villavicencio, entre ellos Andrés, quien también participó en otros rescates del Ejército Nacional. Finalmente, Andrés fue seleccionado para ir al Sinaí, en Egipto, como parte del grupo del Ejército colombiano que desde el año 1983 se encuentra presente en ese país. Una parte de nuestro Ejército que se va a luchar otras guerras y jóvenes que vuelven trayendo otros traumas. Por eso, Martha no quería que él fuera, "no lo dejé ir", me dice con dolor y con culpa. Ahora carga con el peso de sus decisiones porque le recuerda que, quizá, el haber dejado que se fuera para el Sinaí lo hubiese podido salvar de lo que ocurrió después.

El teléfono timbró faltando cinco minutos para las tres de la tarde, Andrés y Marta se encontraban en la casa donde vivían en Villavicencio. Cuando Martha le preguntó quién había llamado él le dijo que era Ángela, su novia. Se bañó y se perfumó, como su madre dice que le gustaba hacerlo. Por eso, en el cuarto que dejó yacen los frascos de perfumes que utilizaba, porque él "era un hombre muy elegante". Martha me cuenta que él le pidió dinero para invitar a Ángela a tomar algo; sin embargo, a fin de cuentas, él solo salió con cuatro mil pesos.

"[...] Él iba en son de no demorarse, yo salí al balcón y me despedí de él; me dijo ya vengo madre, con su risita que jamás la puedo olvidar. Le dije no te demores hijo. Pues, hasta el son de hoy mis ojitos que tanto han llorado jamás lo volvieron a ver" (Villavicencio, 2017).

Esa primera noche no se acostó. Esperando que Andrés llegara, pasó la noche y todo el día en la ventana. Así que desde ese primero de octubre de 2001 empezó su espera y su búsqueda. Ella me cuenta que, entre todas las personas que empezó a llamar para buscar a



Andrés, una de ellas le dijo que pusiera una denuncia, que él estaba desaparecido. “¿Desaparecido de qué? Me tocó preguntar hasta qué era un desaparecido, yo no sabía nada”, cuenta Martha, mientras sus ojos se humedecieron con las lágrimas.

Por fin se acercó a lo que en su momento era el DAS para poner la denuncia. Así se encontró con la primera sorpresa que abriría el camino que le ha tocado recorrer, penosamente, desde entonces. Andrés, su desaparecido Andrés, aparecía como prófugo de la justicia en la base de datos del DAS; la angustia era más fuerte pues no entendía que había sucedido con su hijo. “Sí señor, ese es mi hijo, pero él no es prófugo de la justicia”, le dijo a quien le estaba recibiendo la denuncia. Así empezó su búsqueda. “Yo me fui pa’ Pereira, pa’ Bogotá, pa’ Casanare, pa’ Acacías, para Granada. Conocí pueblos que ni siquiera había oído hablar”. Sin saber cómo ni dónde preguntar, llevando únicamente la foto de Andrés, su Andrés, empezó a dejar su número en cada lugar donde preguntaba. Por eso, el celular que tiene es prueba de ese camino y un elemento que ahora pasó a ser fundamental en su vida, pues ese teléfono lo tienen todas las personas a las que ella les ha preguntado por Andrés.

“Entraba a los bares, yo andaba con la foto de Andresito en mano, aunque Andrés no era joven de cosas de eso, pero, bueno, decía, de pronto, en la curiosidad de los jóvenes, van. Me iba a buscar a los bares de mujeres, y decía: buenas mija, es que estoy buscando a este joven; y unas me decían: ¡Uy, ¡qué papasote! ¿Dónde estará? ¡Qué desperdicio! Otras si me decían: ¡Ay, no, señora ¿dónde se le perdió su hijito?!” (Villavicencio, 2017).

Así fue como Martha, aquella mujer de corazón grande y de ojos esperanzados, emprendió la ruta de las mujeres, de las madres buscando a sus hijos y en el caso de Pastora, de los hijos buscando a sus padres. Como Paulina, su visión de la Colombia que habitaba cambió después de la desaparición de Andrés. Con dolor en las palabras me dice: “no sabía que había desaparición forzada en el 2001, ahí es cuando comienzo a ver todo lo que hay en el país; no sabía ni qué era desaparición forzada, ni siquiera la palabra paramilitar la había

escuchado, hasta que me tocó lo de Andrés”. Luego, ella me explicó que con el tiempo entendió que detrás de lo ocurrido con su hijo hay muchos intereses, lo que incluso la llevó a estar amenazada. “Había veces que se me atravesaban muchachos en moto y me decían: no busque más a su hijo, que él se fue para las filas; yo les respondía qué filas ni que filas, yo delincuentes no he criado”. En medio de la búsqueda y la tristeza, Martha casi termina con su vida, fue mandada a psicólogos y a psiquiatras que le terminaron por recetar medicamentos que, según ella me cuenta, le inhibían todos sus sentimientos y los pensamientos y que la estaban llevando por el camino más cercano a la muerte.

“[...] Yo vivía era dopada, y dormía mucho y, cuando ya no tenía eso, yo me estresaba. Un día me dio depresión y dije no, yo ya no quiero vivir más, yo no puedo Andresito, yo no puedo vivir sin ti. Entonces cogí todas las medicinas que me había dado el psiquiatra y las eché en un plato. Cuando eso yo dormía en este cuarto que la ventana da a la calle, entonces puse todas las pastas en un plato y me organicé, me bañé, me maquillé, abrí un poquito la ventana y yo ya me iba a tomar eso, todo, todo, todo. Los ángeles del cielo no lo permitieron y en ese instante me llamó Kike. Yo ya estaba acomodadita porque yo decía yo en la cama tuya me muero, porque yo dormí un tiempito en la cama de Andresito. Yo duermo en tu cama y me voy a morir en tu cama, hijo. En ese instante llamó Kike y, pues, al otro lado de la línea siempre se dan cuenta que uno está llorando. Entonces, me dice: Hola, mamita linda, ¿cómo estás?, ¿estás llorando, cierto, mamita? Entonces, le dije que no, que era que tenía mucha gripa. Entonces, me dijo: si sabe que Sebastián [su nieto] la quiere mucho, la otra semanita la vamos a bajar a visitar. ¡Esas palabras, Virgen santísima! Yo agarré todas esas pastillas y las eché tasa abajo y desde ese día no volví a tomar nada de eso, no quería tener eso en mi casa” (Villavicencio, 2017).

Han sido difíciles los días desde aquel primero de octubre de 2001, y los lugares a donde esa tragedia también la ha llevado; la han herido, pero también la han ayudado. Hubo un tiempo en el que bebía mucho, siempre andaba con una botella en la mano; me cuenta

que esas borracheras de la desaparición de un hijo son terribles. “Uno no sabe por dónde ir, son bien diferentes a las borracheras por el desamor”, me dice. Martha se volvió alcohólica, no comía, solo fumaba y bebía. Entre risas terminamos diciendo que fumó y tomó todo lo que debía fumar y tomar en la vida, hasta que finalmente paró, luego de ver que con ello no solo se estaba haciendo daño, sino que estaba descuidando a su otro hijo, Kike, y a sus nietos. Entendió que no podía seguir así, de nuevo comprendió que seguía transitando un camino muy cercano a la muerte y decidió alejarse de allí.

“Ahora solo me tomo un vinito en diciembre, en navidad; bueno, me tomo dos porque cojo la copa de Andresito en la que él brindaba y la mía y brindo y tomo dos veces, una por él y otra por mí; de resto jamás volví a tomar en mi vida”

(Villavicencio, 2017).

Eso me cuenta Martha, y me explica que es como sentirlo más cerca a partir de las cosas de él. La copa que usaba para brindar, la chaqueta que le gustaba, la loción que más se ponía, cada una de esas cosas que terminan siendo, para quienes hemos perdido a alguien, nuestros lugares de evocación, los lugares donde ellos aún tienen vida y que permiten, como ella hace, brindar por ellos y con ellos, en definitiva, sentir a nuestros muertos más cerca.

Ese día me mostró aquella pañoleta que tanto le gustaba a Andrés, aquella pañoleta que se ponía cuando practicaba su deporte favorito, el *bicicross*, la que se ponía siempre y que quería tanto que, cuando empezó a ver que se iba deteriorando, tuvo que dejar de usarla. Aquellos objetos son la forma que tenemos para llevar a las personas con nosotros, son los objetos que mantienen su presencia impregnada en ellos, aquella presencia que nosotros ponemos y retenemos en el mundo. Recuerdo que también hacía eso con una mochila que mi padre me regaló y que también, con el uso, empezó a dañarse. Cuando el objeto empieza a deteriorarse se ve la eminente necesidad de atesorarlo; aquello que contiene a la persona y la vida de la persona no puede dañarse y, por eso, Martha decidió

guardar su pañoleta roja en una bolsa plástica, solo la saca cuando la va a mostrar para contar lo que ella significaba, así como hace con otros muchos objetos que atesora como reliquias, como vestigios de su hijo y de su amor por él. En la forma de nombrar están contenidos los sentimientos, pero en los objetos está contenido el ser amado, su olor, algo de su humor, su esencia y su vida.



Ilustración 4. Martha, con el perfume que le gustaba a su hijo, perfume que ya se evaporó con los años de la espera (Villavicencio, octubre de 2017).

Los objetos son, también, los que sobreviven al olvido; puede que, sin la existencia de estos objetos, nos amenace la posibilidad latente de olvidarnos de algunas de las características de la persona. Entonces, son ellos los que vuelven, siempre vuelven, a hacernos recordar, nos permiten luchar contra el olvido, porque ellos mismos son memoria, porque todos ellos vuelven a impregnarnos de la presencia de nuestro ser querido. Martha

atesora, entre los objetos, un cuaderno de la memoria donde, desde hace un tiempo, ella y su familia vienen escribiéndole a Andrés para recordarlo, para decirle cuánto lo aman. Allí también le escriben al mismo Estado, a quien le cuentan y le reclaman todo por lo que ese Estado ha hecho pasar a Martha, a su hermana, a su prima y a su tía, las mujeres de la casa que así se empeñan en no olvidar a Andrés, escribiendo sobre él.

Martha me ha dicho que jamás olvida el día en que por fin alguien le dijo algo sobre lo que le había ocurrido a su hijo. Un domingo le tocó ir a la cárcel a encontrarse con un ex paramilitar, quien le dijo que él le iba a decir qué había pasado con Andrés, pero que no podía llorar ni hacer preguntas. Ella se hizo lo más fuerte que pudo para poder escuchar lo que él le tenía que decir. El paramilitar le dijo que no buscara más a su hijo, que él ya estaba muerto.

“Cuando a mí él me dijo eso de que no busque lo que no vive, que ya estaba muerto, yo, eso, sentí mi corazón como si me cogieran a cuchilladas, que me dolía tanto, y como no podía llorar...” (Villavicencio, 2017).

Martha cuenta que el paramilitar le dijo que Antonio lo había mandado a asesinar y a desaparecer, porque cuando Andrés trabajaba en el parqueadero de grúas, había escuchado y visto algo que no debía haber visto. Le ofrecieron cinco millones de pesos y una moto por desaparecerlo, pero él no aceptó. Ella recuerda que al oír eso no pudo más. “Mi grito, no sé hasta dónde se escuchó en esa cárcel”. No pudo quedarse más tiempo callada, así que empezó a decirle que le dijera que él había matado y desaparecido a su hijo. Pero con la frialdad que engendra la guerra, él le dijo que no, que si él lo hubiera hecho lo diría, porque a él no le quitaba decir un muerto más, un muerto menos; que él solo quería ayudarla a encontrar a Andrés para que por fin lo pudiera enterrar.

Luego de amenazas, peleas entre varios en la cárcel y muchas cosas que Martha dice que ocurrieron, le contaron versiones según las cuales Andrés estaba por la vía CatamaCaño

Negro. Sin embargo, el paramilitar que le estaba ayudando con la información un día la llamó y le dijo que no podía ayudarla más. “Desde ese día no me volvió a llamar”, recuerda Martha. De nuevo estaba en el limbo. La Fiscalía había ido a la zona y no había encontrado nada; ella fue un día, también. Me contó que cogió un taxi y le dijo al señor que necesitaba un favor, que la llevara a la vía Catama-Caño Negro, que la dejara tres o cuatro horas y luego volviera a recogerla. Él estaba sorprendido; sin embargo, lo hizo, la llevó, era todo plano, solo llanura, recuerda Martha.

“Ay, mijita, él me dejó ahí y yo no sabía para dónde caminar; empecé a caminar y a caminar, eso es pura llanura y yo solo le pedía a Andresito que, por favor, me dijera en un milagro dónde estaba” (Villavicencio, 2017).

Empezó a caminar de un lado al otro, suplicando que por un milagro se manifestara el lugar donde estaba su hijo. Eso hizo durante las cuatro horas que estuvo bajo el sol en plena llanura: caminar, gritar el nombre de Andrés y rezar. Cuando el taxista volvió a recogerla le preguntó: ¿Señora, a usted le desaparecieron a un hijo? Ella lo miró sorprendida y le dijo que sí y le preguntó que por qué sabía. Él solo pudo responder que eso que ella hacía solo lo hace una madre por un hijo.

Entre sus visitas a la Fiscalía encontró el expediente de su hijo, la Secretaria se lo dejó ver antes de que saliera el Fiscal. Martha pudo leer parte de lo que allí decían, las declaraciones de los implicados en la desaparición de Andrés. Sin embargo, ninguna cosa es certeza, porque Martha reconoce que ellos dicen muchas mentiras, pero que cada una de esas declaraciones le ponen nuevas posibilidades para seguir buscando. Aquella nueva noticia la dejaba con zozobra, como ella me contó:

“[...] pero eso lo alcancé a leer y qué coincidencia, hija, dejármelo leer. Y yo no pude abrir otra sino preciso donde decía, entre ellos, este muchacho Guillermo Andrés Castro Rojas, lo sentimos por la mamita, pero es de los que nunca va a aparecer.

Entonces uno queda peor que en el limbo, no sabe si será verdad, si será mentira” (Villavicencio, 2017).

En octubre de 2018 se cumplen 17 años de la desaparición de Andrés y aún no han encontrado su cuerpo, a pesar de tener cuatro versiones de los lugares donde es posible que esté y de que el ex paramilitar que aceptó los cargos por su desaparición ya salió de la cárcel. Hasta el momento no ha sabido la verdad de lo que sucedió con su hijo, por lo que la vida de Martha continua en el limbo en que quedó luego de su asesinato y desaparición. Un día Martha me dijo, con su voz cansada, “son tantas preguntas, ¿qué sería lo que pasó?, ¿qué le hicieron?, ¿dónde está? Y lo más triste, mijita, es que ninguna tiene respuesta”.

En la casa de Martha ella conserva el cuarto de Andrés en donde están todas las cosas que le pertenecían, hasta los carritos que tenía cuando pequeño; todo está ahí, los peluches, cada objeto tiene una historia que cuenta lo que era Andrés y las formas en que su madre lo recuerda. En su cuarto también Martha guarda las cosas que tienen que ver con la desaparición, recortes de periódico, las primeras pancartas que hizo cuando apenas empezaba a comprender que su hijo estaba desaparecido, y afiches y cuadros vacíos que enuncian que allí hace falta alguien. Todo aquello que también se convirtió en parte de lo que es Andrés ahora, aquel cuarto tiene las transiciones de su vida interrumpida por la violencia, así como también la enunciación de la interrupción o, mejor, la fractura de la vida de Martha desde el momento en que desaparecieron a su hijo.

La vida continua y Martha, en su caminar, ha buscado las formas para seguir viviendo, así que hasta el mes de octubre de 2017 hacía parte del grupo de teatro El Tente. Sin embargo, varias diferencias y problemas, que surgieron a lo largo de los años en que estuvo allí, la llevaron, junto a otras mujeres, a tomar la decisión de separarse del grupo. Hoy el grupo pasó a tener el nombre *Las Coroncoras Cuentan la Verdad*, aunque aún permanece El tente. Martha me dijo que le gustaría que el nombre hablase directamente de las madres, pero que, según me dice, en estos grupos todos deben ceder varias cosas,

así que el nombre se debe, de nuevo, como el del tente, a un ave de los llanos orientales, cuya característica es que anda en grupos grandes, como ellas con el teatro. El Tente y Las Coroncoras Cuentan la Verdad son los dos grupos que aún se mantienen, así que hoy Martha se encuentra construyendo este nuevo grupo, poniendo nuevas reglas, buscando madres que quieran hacer parte del mismo y creando una nueva obra, consciente de que el teatro es una herramienta poderosa, una forma de contar lo que no han podido contar, de buscar la verdad y de sanar sus heridas.





Ilustración 5. Cuaderno de la memoria de Paulina y dibujo realizado por ella (Villavicencio, 2017).

Ejerciendo la profesión que había querido y gracias a la ayuda que su madre Paulina Mahecha le había brindado, María Cristina Cobo Mahecha por fin se encontraba realizando su año rural de enfermería, en Calamar-Guaviare. Hasta el momento ya habían pasado juntas por varios azares de la vida. Paulina cuenta que María Cristina tenía un poder sanador pues una vez producto de un fuerte incendio que hubo en su casa y en el cual murió, Patricia, la otra hija de Paulina, mientras que María Cristina, sufrió fuertes quemaduras; los médicos decían que quedaría con un retraso y que no podría caminar. Sin embargo, con la fortaleza que caracteriza a Paulina y la que cuenta Paulina que también tenía su hija, ninguna de las dos cosas pasó. María Cristina fue sometida a varias cirugías de reconstrucción y su cabeza

estaba bien. Lucharon juntas, codo a codo, en varias circunstancias de la vida; su carrera no fue la excepción, por lo que en ese entonces la obtención del título de María Cristina como enfermera jefa significaba la recompensa de varias batallas que habían librado. De Villavicencio fue mandada a Calamar (Guaviare), lugar en donde se encontraba ejerciendo y otorgando el SISBEN a la población campesina que allí residía, como cuenta Paulina.

Guaviare es un departamento caracterizado por la colonización, debido a los caminos de desplazamiento que desata la violencia. Desde la década de los setenta, en el departamento se inició un proceso de plantación y producción de marihuana y de hoja de coca, lo que produjo un progresivo enfrentamiento entre las crecientes bases de la guerrilla de las FARC con los narcotraficantes que buscaban el dominio de la región para la producción de la cocaína. Así, estos últimos fueron el preámbulo a la entrada de las Autodefensas Unidas de Colombia con la creación de grupos de seguridad privada, por lo que desde el año de 1997 empezó con fuerza la entrada de este grupo armado en la región, como lo establece la ACNUR.

“El accionar de las AUC se hizo aún más evidente entre 1999 y 2001 con la formación del frente Héroes del Guaviare, al mando de Pedro Oliveiro Guerrero, alias Cuchillo, del bloque Centauros de las AUC, y con el comienzo de una campaña para apoderarse de las riberas de los ríos Guaviare e Inírida, principalmente en los municipios de San José del Guaviare y El Retorno, aptas para el cultivo, procesamiento y comercialización de la coca” (ACNUR, [sin fecha], p. 3).

Así empezó el enfrentamiento por el territorio entre los frentes primero y séptimo de las FARC y los paramilitares del Bloque Centauros de las AUC, por lo que la situación se hizo cada vez más violenta, con el enfrentamiento entre Ejército, Paramilitares y guerrilla en el Guaviare.

Paulina me dijo que ser enfermera en un lugar como ese, donde la violencia estaba siempre latente, implicaba trabajar sin hacer distinciones, ayudar a quien lo necesitara y no preguntar mucho. En esos contextos todo puede confundirse y cualquier acción puede ser tomada como colaboración a uno u otro grupo. A pesar de todo ello, y de que la gente la recuerde como una gran persona, cuyas intenciones jamás fueron auxiliar a ningún grupo armado sino, por el contrario, desde sus capacidades ayudar a la población, ella, María Cristina, fue juzgada por paramilitares de las AUC, como auxiliadora de la guerrilla, cuatro palabras que en nuestro país han significado el fin de muchas vidas y la desaparición de muchos cuerpos. Las palabras también matan y a María Cristina la desaparecieron desde el día 19 de abril de 2004.

Recuerdo que estábamos tomando un café con Paulina, con quien habíamos concretado una cita en la ciudad de Bogotá para conocernos y para hablar, mientras me contaba lo que le había sucedido a su hija María Cristina. Paulina me iba mostrando las fotos que guardaba de ella, pero junto a estas también se encontraba un papel doblado en cuatro partes, envejecido por el uso. Luego entendería que este papel parece ser su única certeza entre tanta incertidumbre. Se trataba de la declaración de uno de los paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia que había participado en la tortura, muerte y desaparición de su hija. Cada palabra es más cruel que la anterior. Allí, él reconocía, en una declaración libre frente la Fiscalía General de la Nación, que el día 20 de abril de 2004, ella fue retenida como objetivo militar de las Autodefensas Unidas de Colombia y que la decisión de torturar, asesinar y desaparecer a María Cristina había sido también compartida con el comandante militar del frente, alias Cuchillo.

María Cristina fue bajada del carro donde transitaba. Ya el *hueco* donde dejarían su cuerpo estaba abierto antes de que sucedieran los hechos, pues no importaba qué información aportara; de cualquier manera, ese día habría de ser el último de su vida. Empezaron a torturarla en busca de información, con unas pinzas que uno de los paramilitares tenía empezaron a quitarle uña por uña; finalizadas las dos manos, ella solo

podía decirles que no era guerrillera y suplicar que no la mataran pues tenía una familia por la cual responder, en su vientre estaba creciendo una hija, a quien también le quitaron la vida. Sin embargo, la tortura no cesó, con una macheta le cortaron un brazo, por lo que finalmente imploraba la muerte, le cortaron varios de sus miembros, incluida su cabeza, con la que terminaron jugando fútbol; así que, como dijo el paramilitar que dio la versión libre, de ella solo quedó el torso, que fue lo que pusieron en el hueco, en el follaje, como me dijo Paulina.

“Yo pensé que vivía en el país de Alicia y las maravillas. Cuando desaparecieron a María Cristina entendí lo social, lo político, lo económico”, me decía Paulina. Su mirada del país donde había vivido durante toda su vida cambió desde ese momento. Mientras hablábamos, ella empezaba a recordar los caminos de su búsqueda, pues desde entonces emprendió lo que ella llama *la ruta de las mujeres buscando rostros, brazos, manos, torsos, corazones*; esa ruta era la búsqueda, hasta el momento interminable, de los indicios que pudieran llevarla a la verdad de lo ocurrido y al reencuentro con lo que queda del cuerpo de su hija. Cada pequeño detalle era fundamental para, por fin, terminar con la búsqueda; consiguió el nombre del conductor del vehículo del que fue bajada su hija y así empezó a recolectar pistas, a seguir un camino de huellas casi difusas y que espera algún día la lleven al lugar anhelado, donde por fin se vuelva a encontrar con los restos de su hija.

Tenía odio y rencor, entendía que *los señores paras*, como ella les dice, habían actuado en complicidad con el Ejército, pues el lugar donde, según las distintas versiones, fue bajada del carro queda a solo cien pasos del puesto de Policía. “Policía, Ejército y Paramilitares es una terna de lo mismo”, me dijo Paulina, por lo que esa búsqueda implicó también enfrentarse con ellos y con sus propios sentimientos de pavor. Pensó, incluso, en ponerse una bomba y estallarse en un retén. Me dijo que para ella fue difícil al principio verlos, pero que luego de un tiempo pudo dejar de tener esos sentimientos de miedo hacia ellos.

Buscar, para Paulina, implicó transcurrir por las verdades de un país, por los disgustos que las instituciones generan, por las amenazas, por los miedos constantes que hacen presencia cuando se empieza a buscar a los hijos o a los familiares. Buscar, entonces, la ha vuelto una líder del departamento del Meta, fundadora del Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado (MOVICE), Capítulo Meta; una defensora de derechos humanos, una madre cuyo trabajo es reconocido en varios lugares de Colombia pues, entre sus búsquedas por limpiar el nombre de su hija de los señalamientos que la llevaron a ser víctima de los paramilitares, es reconocida como una de las primeras personas que obtuvo algo de justicia, la reparación simbólica en el caso de su hija, con lo que logró que el nuevo hospital de primer nivel de Calamar, en Guaviare, lleve su nombre, el Centro de Salud María Cristina Cobo Mahecha esto gracias al diplomado que realizó en Bogotá sobre derechos humanos para intentar de alguna manera comprender lo que le había sucedido a su hija y emprender acciones sobre ello.

Paulina es también un eje fundamental del grupo de teatro El Tente, del que fue creadora con otras mujeres en el año 2011, aportando siempre detalles a la obra que tantos sentimientos le ha dado. Ella me ha dicho que se siente cansada y enferma por distintas razones, porque es difícil el reconocimiento del trabajo que como grupo realizan; incluso, se dificulta también la misma constitución del grupo, por las diferencias internas entre las mujeres y sus formas de entender la actividad que están haciendo, porque no tienen un apoyo que permita el trabajo del grupo. En ocasiones, se sienten usadas, porque esa falta de recursos también implica que, cuando son invitadas como grupo a ciertas actividades, solo puedan ir una o dos mujeres. Paulina se siente cansada, porque la búsqueda se hace cada vez más larga y menos fructífera y porque la falta de verdad hace el camino más largo y pesado; cansada, porque carga con el dolor que otros le impusieron a María Cristina y con la frustrada esperanza de lograr encontrar algún día el cuerpo desmembrado de su hija. Eso también la enferma. “Yo creo que no van a tener Paulina para mucho tiempo”, me dice, quejándose del dolor tan fuerte que siente en su estómago a causa de todo lo que ha ocurrido, un dolor que se hace cada vez más insoportable y que ahora le quita horas de

sueño, pero que la enfrenta también, como en otras ocasiones, a la precariedad de los servicios de nuestras instituciones, a la falta de garantías para vivir bien en un país como el nuestro, a la forma como las víctimas y los sobrevivientes han enfermado, también, por culpa de la indolencia de dichas instituciones.

Por eso, ahora, otro de los sueños de Paulina es la compra de un lote propio, independiente de todo, para poder hacer un museo de la memoria de las víctimas de desaparición forzada en el Meta; un museo no institucional, para tener el espacio en el cual poder reunirse con otras personas, para compartir los dolores, para pensar en otras cosas que puedan hacer. Un museo de ellas, de las víctimas de la desaparición forzada, donde los objetos de sus hijos, sus hijas, sus padres, sus madres, sus esposos, puedan hablar sobre lo que fueron sus vidas y sobre lo que ha sido nuestra guerra, lo que ha sido la desaparición forzada en nuestro país. Paulina siempre me recuerda que la lucha de las víctimas no puede ser individual y que se deben construir esos espacios para hacer luchas colectivas por el reconocimiento de la verdad y la incidencia política desde el arte. También recuerda sobre su preocupación constante por “las mujeres víctimas de la desaparición forzada que se están muriendo de cáncer”. Como Pastora, Paulina también me ha contado que el cáncer es uno de los impedimentos para la verdad, pues muchas de las sobrevivientes han muerto de cáncer antes de encontrar la verdad y antes de, incluso, encontrar los cuerpos de sus familiares desaparecidos. “Todos tenemos cáncer, pero cuando algo así pasa, la depresión y todo lo que genera termina haciendo que se desarrolle el cáncer”. La violencia genera el dolor y el dolor la enfermedad.



Ilustración 6. Bordado de Paulina Mahecha sobre sus hijas, Cristina y Patricia, elevando cometas (Villavicencio, septiembre de 2017).

## Vocaciones y evocaciones de memoria

“Hay quienes tienen la vocación de la memoria” (Jimeno, 2007, p. 183). Me incluyo, aunque entienda que esa vocación en mí, hoy, es algo nuevo. Poco quise hablar y narrar lo que había sido mi experiencia con la muerte, porque, como decía Pastora, *se me llena como de agua la garganta*. El filósofo italiano Giorgio Agambem (citado en Jimeno, 2007, p. 183) afirma que la vocación de la memoria también es una necesidad de hablar, de narrar y de recobrase como sujetos en el discurso para otros. En el caso de Martha, de Paulina y de Pastora, yo añadiría que esa necesidad es, también, la de recobrar a sus seres queridos como sujetos en el mundo, aquellos cuerpos que aún no han encontrado, pero que ellas todo el tiempo están construyendo y poniendo en conversación con el mundo; recobrándolos, volviéndolos de nuevo sujetos, sujetándolos reiteradamente a este mundo.

Agambem reconocía que, en las situaciones de violencia, dicha vocación de la memoria iba ligada a que no se puede no recordar, por lo que esta vocación de la memoria se va haciendo cada vez más importante y necesaria, pues cada pista que las mujeres van recogiendo son un elemento más que deben anexar a su caminar; es un nuevo lugar a donde ir, una nueva persona a quien preguntar. No pueden no recordar cada cosa que les van diciendo, cada lugar que visitaron y que no era el lugar donde estaba el cuerpo de su hija o de su hijo. Es por ello que Martha recuerda con tanta conmoción aquella vez que se quedó tres o cuatro horas caminando por la carretera, gritando y pidiéndole a Dios y a Andrés que le dieran alguna señal. Por ello es que Paulina, en la sala de su casa, junto al comedor, tiene parte de un arbolito de uno de los lugares que ha visitado en repetidas ocasiones en busca de los restos de su hija.



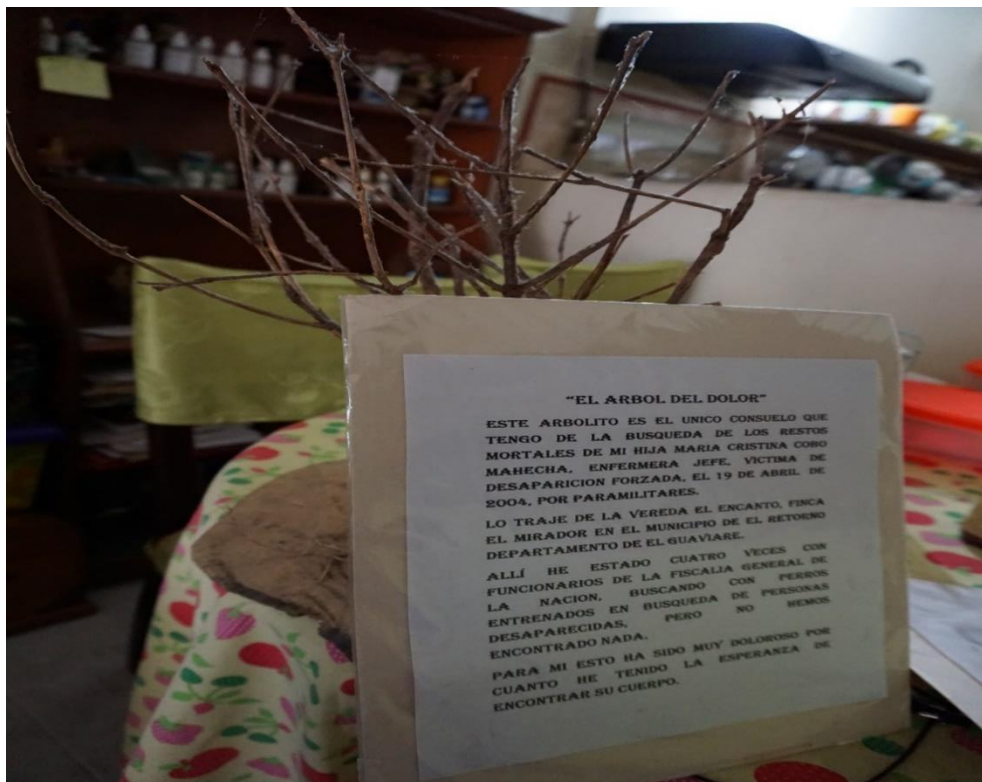


Ilustración 7. *El árbol del dolor*, recuerdo que conserva Paulina de uno de los lugares a donde buscó a su hija (Villavicencio, septiembre de 2017).

Vocación viene del latín *vocare*, lo que traduce llamar o acto de llamar. Ellas, con su vocación por la memoria, constantemente están llamando a sus hijos, y nos están llamando a nosotros a escuchar sus historias, a reconocer con ellas a sus seres amados y lo que su vida y su muerte les generó. Aquellas mujeres, con su vocación por la memoria, no pueden no recordar, porque viven con la incertidumbre, con la duda constante de qué fue lo que ocurrió con su familiar, con su hijo o con su hija, con Andrés o con María Cristina, o con el padre de Pastora. Esta vocación es importante, porque yace en nuestras formas de violencia una apelación latente hacia el olvido. Reducir el cuerpo a pedazos implica un comienzo en el olvido del acto ocurrido. Desaparecer el cuerpo es apelar al olvido obligado, porque sin el cuerpo no hay asesinato, y sin asesinato no hay delito. Entonces, la necesidad de esconder, de ocultar, de eliminar los rastros, de reducir el cuerpo a fragmentos y, por último, de olvidarlo, de olvidar el lugar donde la violencia ocurrió, es, en ese sentido, imposibilitar la memoria y el reencuentro con aquellos seres que han sido eliminados para la memoria.

Aquella bella forma de nombrarlo como *vocación de la memoria* la encuentro completamente ligada al testimonio como esa forma viva de la memoria, como ese lugar que se entreteje entre lo público y lo privado, pues cada uno de estos relatos ha buscado hacerse público. En el contexto impera la necesidad de volver públicos esos dolores que se han producido en momentos tan privados. Se busca, entonces, sacarlos de la privacidad, hacer que se conozca el nombre, la historia de vida y, por supuesto, aquello que sucedió y quiénes fueron los responsables. Este conflicto ha necesitado, contrario a lo que se cree, que los dolores se hagan públicos y, quizá, como más adelante veremos, se hagan parte de las vidas de otros, “que mi dolor resida en tu cuerpo”, como lo indica la antropóloga Myriam Jimeno (2007, p. 13).

Sin embargo, el testimonio, el acto de hablar como testigo luego de haber sobrevenido a lo indecible, es un contrapunteo también con el silencio que quiso ser impuesto. Aquellas madres, hermanas, hijas, esposas, logran apabullarnos con sus actos, con sus quiebres, con sus lágrimas, de las que emergen las palabras que ellas quieren que todos conozcamos y que testifican sobre lo que es indecible, el horror, pero que ellas han venido articulando en forma de palabra y de acción. La antropóloga griega Nadia Seremetakis (Seremetakis, citada por Das, 1996), en relación con la estructura de los ritos funerarios griegos, afirma que la *mala muerte* es una muerte silenciosa. Seremetakis nos habla de esa testificación. Define el testimonio como aquello que puede convertir una mala muerte en una buena muerte a través de la palabra.

Una mala muerte, la muerte silenciosa, es una en donde “el silencio sugiere la ausencia de testigos. Por lo tanto, el papel especial de las mujeres es ‘dar testimonio’ de la muerte y convertir el silencio en habla” (p. 78). Aquí estamos frente a dos transiciones que las mujeres constantemente están viviendo; en primer lugar, las mujeres transitan de una mala muerte a una buena muerte, en el sentido estricto de Seremetakis, para luego transitar

del silencio al habla, con todas las dificultades que esa transición significa, en términos de la experiencia.

Seremetakis expone que la contraposición de la mala muerte es la buena muerte que se caracteriza por ser acústica y encarnada en los gritos y en las lamentaciones (citada por Das, 1996, p. 78). En mi experiencia, las mujeres con las que me encontré son mujeres que están constantemente volviendo la muerte acústica, haciendo que todos la escuchemos en la oralidad y la vivamos en la corporalidad, ambas luchando contra el silencio y el olvido. Debo añadir, sin embargo, que nuestro conflicto ha generado una relación particular entre estas dos categorías, la de mala muerte y la de buena muerte.

Si nos rigiéramos por las definiciones que nos brinda Seremetakis, en nuestro país se ha constituido una nueva relación con la noción de buena muerte. Buena muerte puede ser aquella que da un paramilitar a un guerrillero, un guerrillero a un paramilitar, o la muerte de guerrilleros por parte de las fuerzas armadas colombianas debido a que las muertes de la guerra, así como los “falsos positivos” o las ejecuciones extrajudiciales, llegan a ser concebidas como muertes justificadas y necesarias, llegan a ser visibilizadas y celebradas como acciones positivas del proceso de pacificación del país (Montenegro, 2017). Por tanto, estas muertes no son silenciosas en el espacio social amplio que las denota y llegan a ser socialmente aceptadas como buenas muertes y así trabajadas para la memoria.

Por ello, uno de los elementos que las mujeres deben hacer en su caminar, en su transitar del silencio al habla, es deber atestiguar la inocencia de sus seres queridos; atestiguar que la muerte infringida a ellos ha sido injustificada e injusta; que su vida fue una buena vida, por lo que el arrebató de esa vida fue una mala muerte. Las madres, en su trasegar necesitan comprobar que la vida de sus familiares no corresponde con la justificación que se le da a su muerte, en ese sentido trágico de experiencia que engendra la guerra; yo diría que esa es la tercera transición que las mujeres realizan en su caminar,

donde la muerte violenta entre “hermanos”, como los hijos de Yocasta, no encuentra justificación posible.

Ellas, las mujeres, todo el tiempo nos están recordando que las muertes de sus seres queridos son malas muertes, porque “todo esto se invierte cuando se considera que el flujo de la vida ha sido trastocado por la violencia de los hombres. En ese caso, las mujeres atestiguan este desorden por medio de una nueva construcción del habla y del silencio” (Das, 1996, p. 80). Ellas atestiguan el desorden, y entonces la violencia, las formas en que esta ópera, los diferentes culpables, las formas en que la vida cambia después de que la violencia entra en la vida, las amenazas que empiezan a generarse, las formas en que se empieza a entender el conflicto colombiano y las relaciones y nuevas elaboraciones políticas que emergen de estas formas de entender el país en sus devenires, atestiguan el hecho fundamental de que no hay buenos muertos en la guerra. Por eso, también, estas mujeres atestiguan la vida y los nuevos órdenes que las vidas de los sobrevivientes adquieren entre el desorden; atestiguan los caminos recorridos, las implicaciones políticas que ahora emprenden y las formas que han encontrado para generar sonoridad en las muertes. Solo en este sentido logran hacer que sean buenas muertes, como Antígona al lograr llorar y enterrar a su hermano, como veíamos al iniciar este escrito.

Las mujeres con las que me encontré son mujeres que van transitando caminos inciertos, circundantes y casi siempre inconclusos en busca de sus hijos, sus padres, sus esposos o sus familiares; van preguntando a todas las personas por ellos, van mostrando los objetos que les permiten hablar de lo que ellos eran, van buscando, con todos los medios posibles, su paradero. Ellas emprenden el camino buscando partes, fragmentos de cuerpos, y van generando sonoridades en donde ese llorar, ese lamento y ese reclamar constante se convierte en la carga que llevan con ellas, que las enferma y que las cansa, aquella carga que no dejan atrás; ellas son nuestras “lloronas” buscando a sus hijos, aquellas mujeres que cargan con el peso doliente que la violencia ha generado en sus vidas.

Todos cargamos con nosotros a nuestros muertos, los cargamos con nuestra vida misma; pues ahora somos nosotros quienes los contenemos y empezamos entonces a experimentar distintos continuos de comunicación con ellos. Cuando mi padre murió, aquella primera noche en la que debí dormir empezando a asumir mi pérdida, mi madre y yo soñamos con él, parecíamos estar despidiéndonos; recuerdo haber soñado que estábamos en una plazoleta de comidas de un centro comercial y yo tenía la bandeja con nuestra comida; nos sentamos juntos y, como siempre, empezamos a reír y a hablar. Recuerdo que en ese momento llegaron unos amigos y me saludaron, me preguntaron qué estaba haciendo y yo les dije que estaba con mi padre, que se encontraba enfrente mío, mirándolos con una expresión sonriente. Ellos me dijeron que allí no había nadie, pero yo les decía que él estaba ahí. Entendí ese sueño, finalmente, como aquella despedida que nunca tuvimos y, también, como aquel mensaje que él me quería dejar, pero que por circunstancias de la vida o de la muerte no pudo hacerlo: él siempre estaría conmigo a pesar de que no lo pudiera volver ver.

La primera vez que hablé con Lucero Carmona, una de las mujeres de la obra *Antígonas tribunal de mujeres*, aquel primer encuentro en que me hizo cuestionarme sobre la forma en que estaba acercándome y lo que podría generar, me hizo recordar aquel sueño, pues Lucero me contó que, cuando desapareció su hijo, ella le pedía que le diera señales de cualquier tipo y él le terminó señalando en los sueños el camino para poder entender lo que le había ocurrido. Andrés le dejó algunas pistas de las cuales ella jalaría, para reducir las distancias y por fin encontrar el inicio de ese hilo del cual ella tira a través de cada uno de los indicios que va recogiendo. En aquel momento, mientras la escuchaba, entendía esa comunicación que no se corta porque la muerte llega, aquel *continuum* de comunicación que se crea entre nosotros y nuestros muertos, espacios de comunicación y cercanía entre ellos y nosotros, en donde quiera que estén.

Martha me contaba que ella ha rogado porque su hijo se aparezca en sus sueños para decirle algo, que le hable de alguna manera, pero no lo ha logrado. Así, ella siempre

que llega a su casa, entra a la habitación de Andrés, lo saluda a él y al Divino Niño y les cuenta a ambos cómo estuvo su día. Martha ha encontrado otros tipos de comunicación con Andrés que se dan en el cuarto de él y a través de cada uno de los objetos que allí conserva. Esos recuerdos, esas evocaciones constantes, traen siempre a Andrés de vuelta a casa, en el caso de Martha, o a María Cristina, o al Padre de Pastora. Eso es lo que Pastora llama las *réplicas de memoria*, que suceden cuando no se puede enterrar al familiar, cuando el cuerpo yace aún en cualquier lugar de Colombia.

“La réplica de memoria es, si yo no puedo enterrar a mi hijo donde sucedieron los hechos, colocar algo que me identifique a mí, como una satisfacción de memoria. Por lo menos, si yo coloco, mi papá tomó tinto, esta fue la última vez que tomó tinto, entonces yo pongo este pocillo acá, y qué me va a recordar este pocillo, que él tomó tinto y si yo lo veo me voy a acordar de esa historia, de que él tomó tinto y que lo tomó acá” (Villavicencio, 2017).

Esos objetos son, entonces, aquellas formas de mostrar lo que ocurrió, de decir que ellos permanecen latentes, que ellos no dejan de estar. Es a partir de las cosas que se dejaron, el perfume que se evaporó con el tiempo, la toquita que hacía parte del uniforme de la persona; en general, todos esos objetos que son también, en la misma polisemia de la palabra replica, “formas de responder, de oponerse a lo que se dice o se manda” (RAE). Eso es importante en los procesos de cada una de estas mujeres, porque los objetos son las formas de contradecir historias que son montajes de culpabilización de sus familiares. Se trata de aquellas formas de mantenerlos presentes del modo como ellos eran y no como aquello en lo que los convirtieron. Sus muñecos, su reproductor de VHS, sus diplomas, sus cuadernos del colegio los mantienen presentes como lo que son.

Es la forma que ellas tienen de conservar la memoria de sus hijos y de salvaguardarla de las diferentes versiones que puedan circular acerca de sus vidas; es la forma de comunicación que existe entre nuestros familiares ausentes y nosotros. Yo también

conservo las gafas de sol que eran de mi padre, sus libros, las cartas que alguna vez me regaló o la cachucha roja con la que él iba a las marchas. Esa es la forma que tengo de traerlo de nuevo a mí, lo veo, lo evoco, contamina todo el espacio con su presencia, pues él está en cada una de esas cosas que quedaron impregnadas de él y en las que aún está latente. Esta presencia de mi padre no es una réplica de memoria, en el sentido que cuenta Pastora, pero si es la forma en que lo sujeto a mi vida, como Martha o como Paulina hacen con la presencia de sus hijos, impregnada en cada uno de sus objetos.

## CAPÍTULO DOS. ACTRICES DE SU PROPIO DOLOR

### Romper el nudo, empezar a hablar

“Hay dolores que uno puede comprender porque la existencia misma ha sido cómplice de estos mismos sufrimientos”, afirman ellas, las sobrevivientes de este conflicto, las madres, hijas, esposas, hermanas que han emprendido búsquedas, que se han alimentado y fortalecido en las relaciones que se tejen entre ellas mismas. “Yo le cuento más fácil a un vecino o a alguien de la comunidad que a alguien de la Fiscalía lo que pasó”, me dicen, por lo que la confianza se genera es al hablar de los distintos sucesos con quien también se encuentra lidiando con un dolor parecido, con quienes habitan un lugar del mundo que ellas también conocen y habitan. Eso, en el conflicto armado, ha sido un elemento posibilitador de la palabra ante los distintos miedos y, en consecuencia, los silencios que los contextos expresan. *Poder contar a quien ha sufrido un dolor similar* ha sido entonces el vehículo por el cual se han empezado a conocer las historias de las víctimas y sobrevivientes y se han empezado a generar búsquedas colectivas de los rastros de las personas *sembradas* en los suelos de nuestro país.

La distancia entre víctima y sobreviviente siempre me ha parecido importante, porque en ella se encarnan las distintas miradas que se tienen sobre lo que es y lo que genera la violencia. La palabra víctima es estática, completamente atada a lo que ha ocurrido, un sin retorno, una sin salida, por lo que en estos lugares de entendimiento es donde el Estado pretende, entre otras cosas, realizar “acciones para devolverles su dignidad, su memoria, recuperar la verdad y crear condiciones para que hechos como los que sufrieron no vuelvan a repetirse” (Colombia, Ley 1448 de 2011). Una mirada que parte desde no reconocer ni visibilizar el trabajo que hacen las personas que han sufrido la violencia para atender su propio dolor y el de muchas más personas, como hemos visto y



veremos más adelante. Sin embargo, la palabra sobreviviente encarna el camino de la historia y de la memoria; sobrevivir implica la conjugación de todos los tiempos, implica luchas, frustraciones, búsquedas, sueños y anhelos; implica saber que el pasado siempre está aquí y poder hablar sobre ello. Ese *sobre* que tiene la primera parte de la palabra sobrevivir, implica pues, la palabra y el cuerpo, el recuerdo y el olvido, el dolor y el amor. El *vivir* la segunda parte de la palabra, es el ahora, es lo que son y en lo que se van convirtiendo, son los afectos, son las relaciones, son las formas en que ahora habitan el mundo; y es desde ese *sobre* y ese *vivir* que se transita por la vida.

“Empezó a llegar gente y preguntaban: ¿qué dice ahí?, venga, ¿qué pasó?; ay, cuéntenos, yo también tengo un familiar asesinado, desaparecido; ¿será que les puedo regalar la historia”. Un día Pastora me contó que eso era lo que vivían en aquel parque en el que empezaron a mostrar las historias de sus familiares, sus vidas y sus muertes en aquellas primeras pancartas escritas con marcador y en cartón paja, cuando la gente empezó a acercarse y a leer lo que allí estaba plasmado. A punta de agua pasaban días mostrando y contando la historia de sus familiares, pero también escuchando a quienes querían hablar, pues se generó, sin que se dieran cuenta, una necesidad de contar y de mostrar las historias que cada una tenía guardadas en su interior.

Estas cuatro mujeres empezaron contando sus propias historias. La historia del esposo de Miriam, quien trabajaba en la Licorera del Llano, que era de la Unión Patriótica y fue asesinado; la del esposo de Vilma, quien también fue asesinado y era el entonces presidente de Provienda en Villavicencio; la de la hija de Paulina y la del padre de Pastora. Eran cuatro mujeres las que decidieron empezar con ello, ir por los parques mostrando en aquellas pancartas de cartón paja las historias que muchos no conocían o que no se atrevían a contar. Empezaron así, a escribir también las historias de las personas que iban a regalarles su historia de lo que había pasado con sus familiares. Pastora me contó que cuando no les daban foto del familiar desaparecido o asesinado, ellas colocaban imágenes de algo que lo

representara o de algo que a la persona desaparecida le gustara. Empezaron, sin saber, a recolectar las historias de vida y muerte de todo un departamento, el Meta.

Vilma, Miriam, Paulina y Pastora fueron, también, las cuatro mujeres con las que empezó el Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado (Movice), Capítulo Meta, porque esta organización está dividida por capítulos, como un libro del conflicto en cada uno de los departamentos; por eso, al recordar esos primeros momentos de sus acciones políticas en el Meta, ellas evocaban también esos momentos en que se dieron cuenta de lo que estaban generando con la recolección de esas historias, por lo que empezaron a gestionar un proyecto con el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). A partir de ese proyecto empezaron a gestar lo que se llamaría las *Galerías de la memoria*. “De ese cartón paja pasamos a la galería”, me cuenta Pastora. El trabajo que habían realizado hasta el momento ya era grande, pero debía ser conocido cada vez más por la comunidad, para que se pudieran seguir reconstruyendo las historias de sus gentes. Así que cada ocho días empezaron a realizar jornadas, unas veces en el parque de la Gobernación y otras veces en el parque Los Fundadores, en Villavicencio. A raíz de eso, empezaron a llegar al Movice otros proyectos productivos para hacer trabajo de memoria en el departamento.

Las organizaciones iban acercándose a ellas para darles a conocer sobre derechos humanos. Ellas empezaron a estudiar con los colectivos de abogados, con la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) y con la Escuela de Mujeres. Así fue como iniciaron en el camino de las leyes y de los decretos; en definitiva, comenzaron a aprender sobre derechos humanos. Sintieron, entonces, la necesidad de gestionar recursos para poder llegar a los municipios cercanos y para que sus habitantes también pudieran contar sus historias, para que de algún modo se replicaran los procesos que ellas ya habían recorrido. Con todo ello, comenzaron a formar personas a partir de sus experiencias, a partir del conocimiento que, paso a paso, habían adquirido en el trasegar de sus días. Facilitadoras se llama a las personas que, en los municipios, han recibido la formación política y psicológica que empíricamente se ha construido con las otras mujeres; aquellas facilitadoras realizan varios trabajos sociales con

las comunidades sin recibir ningún pago. Así, empezaron a aprender a hablar, a escuchar, a recordar, a devenir en las historias, a callar, a llorar; eran ellas quienes en los municipios iban, casa por casa, recogiendo las historias de nuestros muertos, de esas vidas que habían quedado en suspenso.

La confianza es una de las cosas que se rompe cuando la violencia llega a cada territorio. ¿Con quién hablar? ¿Cómo hablar? ¿Qué decir? Esas son preguntas que se convierten en parte de la cotidianidad de las vidas de las gentes signadas por la violencia. Hablar se torna difícil, porque no se sabe a quién se está hablando, por lo que el trabajo que empezaron a hacer y la forma en que se empezaron a recoger las historias fue a partir del conocimiento entre vecinos.

“Yo sé que a mi vecina de allí le mataron a alguien, porque yo vivo en el municipio y ella tiene confianza de contarme la historia como es, porque ella me conoce. Es muy diferente venir alguien de la Fiscalía, alguien a preguntarle, porque ella va a tener miedo; que tal sea amigo del *man* que hizo eso y me pase algo; nosotros teníamos esa parte de confianza” (Villavicencio, 2017).

Pastora y Paulina reconocen que, allí, en la confianza entre vecinos y en los dolores compartidos, estaban las claves de su trabajo, de la cantidad de historias que habían podido recoger y de todo el trabajo de memoria que habían podido realizar con la gente de su municipio.

Empero, luego de un tiempo, el trabajo necesitó salir de los cartones y de las galerías, pues estos relatos, que terminaban siendo las denuncias públicas de lo que había ocurrido en cada lugar con las distintas familias, necesitaban ser documentados de una forma más rigurosa. La información que ellas habían recogido durante largo tiempo estaba solo consignada en las galerías de cartón, por lo que el miedo era latente de que le pasara algo a esos objetos, que se mojaran, que se dañaran y que ellas perdieran entonces todo el

trabajo realizado. La vida va suscitando necesidades y el vasto trabajo que ellas estaban haciendo cada vez requería más cosas. Por eso, ellas terminaron reflexionando acerca de las galerías y de las acciones que debían seguir realizando. “No podíamos hacer solo galerías”, me cuentan que eso era lo que pensaban al ver lo que estaban haciendo. Por ellos, empezó a realizarse un banco de datos del CINEP, por lo que esos casos pasarían a ser libros para que pudiesen ser conocidos a nivel nacional e internacional; luego eso también se ha alimentado el trabajo del Centro Nacional de Memoria histórica y sus informes. El registro más sistemático “nos servía para saber, en el municipio, qué tantas personas habían sido asesinadas y desaparecidas, pero también nos servía para hacer memoria y para hacer libros”, es lo que Pastora reflexionó conmigo acerca de ese proceso de trabajo intenso.

La documentación de los casos fue su primera herramienta para poder exigir a la Fiscalía acciones concretas sobre los procesos. Esa fue una herramienta que nació a partir de preguntarse quién era la persona que había sido asesinada o desaparecida, entenderla en la complejidad de su existencia, en todo lo que hacía y en lo que le gustaba. Debían llegar con un mundo de preguntas a conocer a quien ya no estaba a través de las personas que habían quedado vivas para contar de él o de ella. Pastora contaba lo que debían preguntar en la conversación que tejían con la persona con la que estaban hablando.

“Vilma nos explicaba: Vea, usted le pregunta a la persona cómo se llamaba el familiar, dónde vivía, dónde estaba, qué hacía, si hacía parte de alguna junta, partido político, si era algún líder social, si hacía parte de alguna asociación sindical, agraria o gremial. ¿Qué edad tenía? ¿Cuántos hijos tenía? Si tenía esposa, ¿quién era esa persona?, para sustentar que era un campesino” (Villavicencio, 2017).

Cada historia reconstruida por ellas develaba información que podía ser importante para el caso de cada una y que ayudaría a presionar sobre los avances de los procesos; era esa la base fundamental para exigir a la Fiscalía sobre los casos que ellas tenían. “Íbamos más allá de lo que hacía la Fiscalía para saber quién era la persona”. Esa terminaba siendo

su herramienta para exigir avances, para conocer a sus muertos y a sus desaparecidos, para emprender el camino de la búsqueda. Aportaban la información que, como ellas dicen, debía ser el trabajo de la Fiscalía, para poder con ello presionar a la misma sobre los procesos que ellas estaban documentando. Aportar información y presionar era importante para generar algún tipo de avance en cada uno de sus casos, a pesar de que, hasta el momento, la mayoría de ellos permanecen inconclusos. Recuerdo que cuando hablé con Martha, ella me contaba con ira y dolor que una de esas tantas veces que se acercó a la Fiscalía en busca de más información de su hijo Andrés, la Fiscal le preguntó qué más información tenía ella. Empezó a llorar con el sentido de impotencia que generan las acciones de estas entidades y me contó lo que le respondió en aquella ocasión a la funcionaria: “Pero ¿qué más información quiere que yo le traiga? Si supiera más, si supiera en dónde está Andrés yo misma lo hubiera ido a buscar”.

Para algunos, esas historias salen de sí y ayudan con ello a, como dice Pastora, *llorar su muerto como debe de ser* y empezar otro tipo de búsquedas, emprender caminos diferentes a los ya transitados. Empero, para personas como Pastora, estas historias se convierten en parte de su día a día, en los constantes sueños a los que se vuelve, en los pensamientos recurrentes de cada mañana, en la última cosa que se piensa antes de dormir. Pastora, en ese proceso de documentación en el cual se inició desde muy joven, empezó a sistematizar la información que habían recogido en varios documentos de Excel; el afán de que existiera la posibilidad de perder la información hizo que se delegaran tareas y, como Pastora sabía manejar computador, fue ella la que quedó encargada de manejarla.

“[...] Yo empecé a documentar; entonces, empecé a escribir, por ejemplo, la historia de Paulina, contar toda la historia, escribir: la muchacha tal se bajó en tal, la mataron y le hicieron todo esto; listo, seguía con el otro caso, que fue desmembrado, que le hicieron todo eso y empezar a documentar todo eso. Es como si usted se creara películas. A veces amanecía en la oficina para poder documentar todo el trabajo; amanecía, iba a la casa, me bañaba, desayunaba y volvía para poder terminar el

trabajo. Hubo un momento en que yo siento que me estaba volviendo loca, duré dos años y hubo un momento donde le dije a Vilma: yo siento que me estoy soñando con todos esos muertos. A lo último, cuando yo me cansaba, me acostaba en la oficina y me acobijaba con los pendones de los muertos. Me preguntaban: - ¿Usted durmió con todos esos muertos? Y yo decía: -Sí, ya era tarde, ellos me cuidaban” (Villavicencio, 2017).

La posibilidad de poner caras a las historias, de conocer los gustos, las pasiones, los sueños, los defectos, en conclusión, las vidas de las personas que murieron o desaparecieron, incluso, de poder llorar en compañía de quien estaba contando su historia, hace del oficio una actividad más llevadera. Luego lo entendí, cuando yo también me encontraba en una situación similar gracias a las prácticas de pasantía que realicé en la Universidad, apoyando la elaboración del Informe Nacional sobre las Afectaciones a los Derechos Individuales y Colectivos de los Pueblos Indígenas, en el marco del Conflicto Político, Social y Armado en Colombia. Para ello debía revisar un cúmulo de datos que personas como Pastora habían sistematizado en una base de datos en un documento de Excel. Casos de tortura, muerte, secuestro, atentados, desapariciones. Cada uno de esos relatos de los casos es una evidencia de la crueldad y de lo “inhumano” tan humano, que se puede llegar a vivir a causa de los embates de la guerra. Leerlos era recrear en mi cabeza las posibilidades para la descripción que allí se encontraba, imaginar situaciones que terminaban siendo, en menor o en mayor medida, lo que estas mujeres hacen en busca de la verdad de los casos de sus familiares y de los casos que ayudan a documentar.

Pastora tuvo que alejarse de ello por un tiempo, a pesar de que por momentos sintiera que esos muertos la cuidaban, su vida no podía girar totalmente en torno a ellos y a las historias que ella construía en su cabeza a partir de las historias documentadas. Sus sueños, sus pesadillas, sus pensamientos; tenía que alejarse de ahí. Pastora me cuenta que, por ello, se encuentra desde hace tres años documentando los casos del municipio de El Castillo, en el Meta. En total, son 300 casos de asesinatos y de desaparición forzada. Está

haciendo, como ella dice, el *trabajo barrial*, recogiendo las historias con las personas del lugar. Ha aprendido a escuchar, a ir y a volver en el tiempo, a recoger los sentires profundos que mueven las vidas de las personas, pero, sobre todo, a recordar con ellos.

Entre los caminos recorridos y las formas de habitar los lugares desconocidos de la pérdida y la desaparición forzada, encontraron uno que les permitió comprender que “había que esculcar” para poder aumentar el contenido de los paquetes de las pruebas. Ese camino es el de haber tenido que volverse más abogadas que los mismos abogados que las representan en muchos casos, lo cual implicaba aprender a gestionar derechos de petición, tutelas y hasta a realizar demandas, que debían ser firmadas por alguien que tuviera el título de abogado, pero que ellas mismas escribían con los resultados de sus propias búsquedas. Entre risas contaban esto, porque, como me decía Paulina, *esto ha sido también para risas*, mientras evocaban esos momentos de júbilo, porque inesperadamente han ganado demandas que jamás pensaron que ganarían.

“Las víctimas aprendimos a hacer derechos de petición y luego aprendimos a hacer tutelas y demandas, pero para eso necesitábamos la firma de un abogado. Pero nosotros las hacíamos, entonces el abogado nos decía: haga un derecho de petición que lo puede hacer cualquier persona; entonces, lo negaron, bueno. Entonces, hagamos una tutela; entonces, nos la negaron, bueno. Entonces, listo, vámonos a la demanda. Entonces, él me decía, vea, usted va a hacer una demanda, entonces agrega el derecho de petición primero y luego la tutela y luego argumenta con pruebas. Entonces, tocaba empezar a buscar todas las pruebas que usted viera que unieran esos casos. Entonces, empezábamos a buscar, que mire, que había testigos, que está la carta de la Unión Patriótica, que era un caso de esto, llamar y pedir un certificado de la Unión Patriótica y empezábamos a apilonar” (Villavicencio, 2017).

Pastora recuerda, también, cómo había entendido que “en esculcar está el asunto”. Ella empezó a esculcar y a apilonar en el caso de su padre, para encontrar vitalidades y aún

existencias; para encontrar verdades, justicia; pero, sobre todo, para encontrar el cuerpo de su padre. Es en ese camino que ella ha estado recorriendo que ha terminado por esculcar y apilonar información para muchos casos en el departamento del Meta.

Y aquí me encuentro de nuevo, porque en mis búsquedas también estas dos formas han sido mis herramientas, para incluso llegar a conversar en un momento con una mujer como Pastora, que me iba contando la historia que mi padre había estado investigando. Revisando sus libros, como en muchas ocasiones de mi vida, en su trabajo encuentro relaciones que lo vinculan con estas mujeres y el trabajo que ellas realizan. La historia de mi padre, o la historia que encuentro de él tras sus libros, tras esos objetos con los cuales lo traigo constantemente a mí. Esa es también la historia de Pastora, allí también están contenidos algunos detalles de lo que vivió en su vida, porque para empezar fue Pastora la que me hizo sentir que quizás estaba, como dije en un principio, transitando un camino que otros ya habían recorrido. Aquella mujer me hablaba del Partido Comunista, de los Sindicatos obreros, de la Unión Patriótica, de la Organización de Mujeres Demócratas, de hombres y mujeres pertenecientes a la Unión Patriótica. Entiendo que, una forma de acercarme a ello es, también, a partir de sus libros, que desde allí puedo relacionar las historias, pues cada vez que venía a escribir sobre estas páginas mis manos volvían a sus libros para poder entender un poco más las historias que transcurrían en el Meta. Mi padre me hablaba, a través de sus páginas, acerca del lugar donde transcurrían las vidas de Martha, de Pastora, de Paulina y de todos sus familiares.

Más abogadas que los mismos abogados, más terapeutas que los que van desde Bogotá a atenderlas y a tratarlas, pues de nuevo ocurre que las relaciones entre vecinos son las que permiten la conversación sincera y profunda. Recuerdo que cuando El Tente estuvo participando en la FILBO 2017, con la Red de Lugares de la Memoria, acabado el evento nos fuimos caminando hasta el hotel donde se estaba quedando Paulina. Para la presentación del trabajo del grupo Paulina había traído varias cosas que hacen parte de la obra de teatro, por lo que estábamos tres personas ayudándole a llevar las bolsas que la acompañaban.



Junto a Paulina y yo se encontraba una mujer de Bojayá, una tejedora. Ella nunca dijo su nombre, pero mientras caminábamos se tejió entre Paulina y ella una bella conversación acerca de las formas en que ellas, las víctimas y sobrevivientes, se han convertido también en terapeutas. “Nosotras éramos las que nos íbamos a otros lugares a hablar y a ayudar a otras víctimas”, nos contó Paulina. Mientras Paulina decía eso, la mujer tejedora que iba caminando con nosotros la miraba, su cara pacientemente escuchaba a Paulina para poder responderle. En ese instante le dijo que en Bojayá también había sucedido lo mismo; ella hablaba de un terapeuta ancestral, de alguien que, desde su propia comunidad, desde sus propios conocimientos, ayudaba a sanar los dolores, “una cosa es lo que sabe el psicólogo de Bogotá y otra lo que sabemos las mismas víctimas”, argumentaban ellas.

De nuevo las relaciones entre los vecinos, entre la gente que ha vivido en carne propia la violencia y los territorios que han sido testigos de los dolores del país, se hacen fundamentales, porque son estas relaciones las que permiten, en los territorios, que personas como aquella tejedora, como Pastora, como Paulina o como Martha, encuentren en el caminar algo del sentido que reclaman, conversando sobre las pistas, sobre los hilos que puedan seguir para llegar a lograr establecer diversas certezas entre tantas incertidumbres. Incluso, Paulina me cuenta que ha estado hablando con la mujer encargada de la Unidad de Búsqueda de Desaparecidos, para que se capacite a las personas de las juntas comunales de los diferentes municipios para que sean ellas mismas las que busquen, pues son las que conocen los territorios y aquello que realmente ha ocurrido a lo largo de los años. Como ellas dicen, a partir de preguntar es que se han cavado menos huecos de los que ha hecho la Fiscalía, pero se han develado muchas más verdades.

Son *empíricas*, como ellas se llaman. Empíricas, porque les ha tocado aprender en el camino sobre el caminar, han tenido que enfrentarse a cosas que no habían pensado, volverse lo que jamás imaginaron ser. Ellas hablan de la capacidad que han tenido para transformarse, para convertirse, para transitar entre varias cosas a la vez: aprender a ser investigadoras, abogadas, terapeutas; en definitiva, actrices de su propio dolor, en ambos

sentidos de la palabra. Actrices, en el sentido de seres que actúan como sujetos políticos en la cotidianidad de sus vidas, pero también en el sentido artístico de la palabra, a través del teatro.

Hasta el momento, en nuestro recorrido, se han plasmado diferentes formas de habitar aquella condición de víctimas y de sobrevivientes del conflicto armado colombiano, desde el trabajo barrial, desde la recolección de historias, desde las organizaciones; otras en busca de independencia, desde la búsqueda de los cuerpos o las partes de los cuerpos de sus hijos, desde el estudio de diplomados, desde el teatro y el *performance*, todas formas de sobrevivir las ausencias. Veena Das (2008), en su texto “Trauma y testimonio”, habla acerca de los sujetos colectivos cuya definición únicamente puede estar condicionada por sus experiencias, por lo que la autora establece que no hay un sujeto colectivo unitario, sino “formas de habitar el mundo en las que intentamos apropiarnos de él, o hallar nuestra propia voz” (p. 160). Con ello, debemos volver a las primeras preguntas que me parecían importantes de esta misma autora: ¿Cómo se vuelve a habitar una realidad que se ha vuelto completamente desconocida? En ese sentido, se hacen evidentes para mí estas diferentes formas de volver a habitar la realidad, la cotidianidad que se transforma y que transforma a las mujeres de las hablo. No hay cotidianidad que no implique el testimonio de estas mujeres acerca de lo que pasó con sus familiares, pues ellas mismas se vuelven el testimonio.

## Entre cementerios transita. Velar el muerto, arreglar la vida



Ilustración 8. El Cementerio en el camino. Anunciando la ausencia. Grupo de Teatro El Tente (Villavicencio, septiembre de 2017).

Entre cementerios, fosas comunes y escombreras va caminando, pisando fuerte y cambiando el curso de las vidas que toca. Un ser oscuro. La desolación, la devastación, la que viene a acabar con todo, la que no tiene prejuicios, la guerra que finalmente transmuta en la muerte es la que transita por cada uno de los rincones de este país. Sin embargo, aquí, entre los cementerios de San José del Guaviare, Granada, Villavicencio, Vista Hermosa y La Macarena, es donde estas mujeres unidas por el toque de la muerte empiezan a caminar, a preguntar, a recorrer el camino al que la misma muerte les ancló sus vidas.

En sus tránsitos, este ser va dejando con fuerza y agresividad las prendas desprendidas de los cuerpos que yacen en diferentes lugares, que cuentan diferentes historias; las muertes que fueron producto de diferentes confusiones, que fueron, en

síntesis, producto de esta guerra. Lentamente coge cada una de las prendas, que terminan siendo los seres en sí mismos; en las prendas está el ser y son estas las que sufren toda la violencia que produce la muerte; ella las tira, las esconde, las maltrata.

Tras el paso de la muerte nueve mujeres se encontraron, una de ellas acaba de llegar con maleta en hombro y los pies cansados de recorrer todo el Llano. De La Macarena bajó al Guayabero, pasó a Granada y llegó finalmente a Villavicencio, buscando a su hijo que ya no está, a quien la muerte tocó y no le permitió volver a bailar junto a ella. Es acogida por todas las mujeres que allí se encuentran en la misma labor, buscando a sus hijos, hijas y familiares, todas juntas, conociendo sus historias. Ella no lo duda un segundo y entiende que la búsqueda ya no la hará sola sino acompañada de un grupo de mujeres que comparten su mismo dolor; deja sus cosas, su maleta ya no importa; empieza un nuevo recorrido con esas mujeres que ahora la acompañan.

Entre abrazos y bienvenidas la reciben y empiezan a bailar, a compartir, a hacerla parte de la lucha de todas. Con un brindis de guarapo sellan la unión y empiezan la búsqueda. “Brindo por la memoria de nuestros seres queridos que nos los han desaparecido, por sus sueños, por sus proyectos, por las ganas de vivir que no les dejaron vivir; brindo por las madres que trabajamos en esta lucha, para que sigamos buscando a nuestros hijos y a nuestros seres queridos, salud mujeres”, dice una de ellas antes de empezar a caminar.

El recorrido se vuelve circular, los lugares por donde han buscado y contado lo sucedido con sus hijos y familiares son testigos de sus búsquedas constantes e interminables; cada una, con la cruz que habla de todos los NN desaparecidos del país, cuenta en dónde ha buscado y no ha encontrado, cuenta su lucha individual que en ese caminar va volviéndose colectiva; empiezan a decirse unas a otras “vamos a buscar, no desfallezcamos, sigamos buscando, algún día encontraremos algo de nuestros hijos”. Y

empiezan juntas a caminar, a proponer lugares dónde buscar, a hablar de las formas y de los lugares en que han sido desaparecidos sus hijos y familiares.

“Por las sabanas, por las playas de los ríos, en el agua y en los matorrales, en las raíces de los árboles, por las montañas del Llano, en las fosas comunes, en los hornos crematorios, en los caminos ganaderos” (*Anunciando la ausencia*, Grupo de Teatro El Tente. Villavicencio, 2017).

Este camino conjunto y colectivo les va permitiendo ir encontrando objetos; sin embargo, nunca encuentran las prendas de sus propios hijos o familiares. En esta búsqueda están constantemente encontrando a otras personas, a otros desaparecidos; quizá, reduciendo un poco más las amplias posibilidades que ofrece la búsqueda. Así, empiezan a preguntar: ¿de quién es esta prenda?, ¿a quién pertenecerá esta prenda?, ¿a alguno más de nuestros desaparecidos?, ¿a alguno de ustedes?, ¿a quién pertenece? Se abrazan, agradeciendo a la persona que encontró la prenda de alguno de sus hijos o familiares, pues lo que eso significa es reducir pasos para acercarse al momento de terminar con esa búsqueda, aunque se continué con la denuncia persistente de lo ocurrido; pues, cada una, al encontrar la prenda, empieza a dar testimonio de lo que su hijo o familiar era, de lo que es, de lo que seguirá siendo. Muchas llevan más de quince años en la búsqueda y, sin embargo, frente a todos dicen; “seguiré luchando por encontrar a mi hijo y al último familiar desaparecido que hay en este país”.



Ilustración 9. Encontrando las prendas de otros. Anunciando la ausencia. Grupo de Teatro El Tente.

(Villavicencio, septiembre 2017).

El caminar es contante y circular, interminable, como cada una de sus búsquedas; siguen y siguen encontrando pistas, encontrando huellas, encontrando indicios, formas de llegar a sus hijos o familiares. Van siguiendo el camino que transitó la muerte, están de luto y van cubriendo su cabeza con una manta negra. Se agachan en los lugares donde han encontrado pistas, están cansadas. La muerte no deja de aparecer, constantemente está rondando, sigue allí en esos lugares, sigue tocando cuerpos y desapareciendo vidas. Sin embargo, ahora cada una la mira a los ojos y la hecha, se levantan todas a sacarla, a decirle que no vuelva más, que no la quieren, que no quieren más madres llorando a sus hijos. Y su voz, su terrorífica voz, queda atrás, queda envuelta entre los gritos de todas. “Nos más violencia, no más falsos positivos, no más desaparecidos en nuestro país, no queremos que más madres sufran lo que estamos sufriendo nosotras”. Gritan ellas durante la obra. Son más fuertes que antes, no quieren que nadie más sienta eso, que nadie más pierda a un hijo o a un familiar y que nadie deba empezar esa misma lucha y esa búsqueda interminable.

Es allí, entre ese caminar, a ritmo lento pero constante, en que se van desandando sus caminos; ellas están en vela, están velando a sus hijos y seres queridos. En su texto “Lluvia de flores cosecha de huesos. Guacas, brujería e intercambio con los muertos en la tragedia de Armero”, Luis Alberto Suarez Guava (2009) reflexiona acerca de la relación entre los vivos y los muertos que se da en los entierros. Previo al entierro se encuentra el velorio momento que consiste en “acompañar” al muerto y a sus familias, “mientras el cadáver permanece en medio de, por lo menos, cuatro cirios que se consumen en medio del salón” (p. 404). Sin embargo, la violencia y las prácticas que ella desata han generado que este orden se trastoque. Aquellas mujeres quedaron allí, en medio del velorio y el entierro, con el anhelo profundo de llegar al entierro, pero viviendo y experimentando un continuo velorio; las velas están, los objetos de ellos están, las familias están, pero los cuerpos no se han encontrado, los cuerpos fueron desaparecidos, lo que implica la generación de nuevas relaciones con los muertos, con la muerte y con la vida misma.

Cuando vamos a visitar a nuestros seres queridos en los cementerios, llevamos flores para “arreglar las tumbas” y para “arreglar los muertos” (p. 406). Suárez nos recuerda que aquellas flores que llevamos, que entregamos a nuestro familiar, son flores recién cortadas y que, por tanto, lo que realmente estamos entregando es la vida que le resta a la flor (p. 406). Todo don, implica una devolución. Según Suárez, el vivo arregla al muerto, pero el muerto arregla la vida del vivo con favores, con riqueza, con suerte. Entre ello, me parece fundamental exaltar la relación que él traza sobre el intercambio que se da entre vivos y muertos: “el intercambio ocurre entre unos vivos que mueren y unos muertos que viven; entre los que se van a enterrar y los que se están desenterrando”. Importante esto para entender por qué, entre lo que decían las mujeres, ellas reconocen que hacer la obra es como si le fueran a dar flores al cementerio; sin embargo, se están entregando ellas mismas, para darle vida a la muerte y encontrar esos huesos, esas partes, esos restos que serán en caso de ser encontrados aquello que puedan enterrar. Se entregan ellas mismas para que en el camino el muerto también pueda entregar lo que tenga, porque se necesita la vida

persistente de los huesos pues: “lo que da el muerto son sus restos (huesos) y lo que da el vivo es lo único que tiene por seguro (su vida que va muriendo)” (p. 409).

Las mujeres quedaron allí, en esa velación constante y latente, a lo largo del país. Pisan cementerios y lugares donde hay múltiples entierros, pero no han conocido de ello, caminan y caminan y caminan; circulan, repetitiva e insistentemente. Así que van por allí, velando a sus muertos, velando por ellos, acompañándolos y acompañándose, y es que ese velorio implica radicalmente el cuidado de los muertos, cuidado que estas mujeres expresan a partir de lo que cuentan de las vidas de sus hijos y familiares, cuidando su memoria, lo que eran y lo que son, pues lo que enseña aquel texto es que realmente los muertos nunca están muertos.

El tente, que es el nombre del grupo de teatro que hace esta obra llamada *Anunciando la ausencia*, es un ave de la Orinoquia en vía de extinción, un ave que cuida y alerta sobre el peligro. El Tente es, entonces, un grupo de mujeres que emprende la búsqueda, mujeres que se unen para volar juntas, que van volando entre tropiezos, batiendo sus alas en lugares insospechados para poder cuidar la vida de la gente de su país; tentes en vela, que son guardianes, cuidadores de vida, anunciando las ausencias y denunciando las presencias, para que al anunciar y al denunciar no se repitan los dolores que las mujeres han sentido producto de la violencia en el país.

### **El Tente quiere morir. Las tensiones del volar**

Yo a veces pienso que el Tente quiere morir. Eso me dijo Paulina cuando hablamos por primera vez, explicándome lo que era el tente, un ave que cuida a los niños y a nuestros campesinos e indígenas y que es como una alarma que avisa abriendo sus alas cuando entra a casa alguien desconocido; así mismo, las mujeres abren sus alas cuando llega alguien a verlas, anuncian y denuncian, cuentan la vivencia de lo que pasó.



El proceso no es fácil, tienen que abrir sus alas y volar entre tropiezos como si ese volar estuviese atravesado por un sinfín de problemas que tienen que sobrepasar para que el vuelo llegue a otros destinos y su cantar a otros oyentes; están aprendiendo a hacerlo desde que algún hecho violento atravesó sus vidas y tuvieron que buscar formas para que los vuelos de sus hijos no quedaran tildados y tachados como malos vuelos, como vuelos prohibidos. Así, las madres del departamento del Meta son las niñeras de la memoria de sus hijos, como ellas mismas lo dicen; cuidando de esa memoria que, como un niño, se encuentra indefensa. Como el tente, ellas están allí anunciando las ausencias, para evitar que estas sigan aumentando; denunciando, por tanto, las injusticias también. Y ahí van, contando la historia de ellos, cuidando y protegiendo su memoria, como dice Paulina.

Como tantas cosas en común que se han usado a lo largo del conflicto, Paulina recuerda que el tente es un animal que también usaba la guerrilla para moverse en la selva, para cuidarse y cuidar a su gente, para que les avisara y los protegiera de la presencia de los enemigos. Dice que hay muchos mitos con el tente y cuenta que Tirofijo tenía uno que le avisaba sobre los ataques, haciendo que sus hombres recogieran sus campamentos. Un ave que cuida y protege en la región sin distinción, sin las distinciones que hemos creado tras años de conflicto.

El tente, como esa figura que las representa, como ese nombre que llevan, como ese animal que también son, es su forma de agenciar su presente y su futuro con el objetivo firme de que no vuelva a ocurrir nada de lo que ocurrió en el pasado. Paulina, Martha y, años atrás Pastora, son unos de los tentes, esas mujeres, madres, hijas, esposas, que volando entre tropiezos van buscando a sus familiares uniéndose vitalidades, acciones con otras madres, abuelas, hijas o nietas de personas víctimas de este conflicto; buscando los cuerpos de sus hijos y familiares asesinados, torturados, silenciados.

Paulina dice que El Tente es un grupo de madres porque un hijo no se puede reemplazar. Aún no sé si ello lo compartan todas las mujeres pertenecientes al grupo, pues, aunque la mayoría de mujeres son madres de personas víctimas de desaparición forzada, hay quienes están allí porque a sus primos, padres o esposos los desaparecieron también. Sin embargo, Paulina dice que allí se expone “la ruta de las mujeres buscando a sus hijos, buscando rostros, cuerpos, manos, espaldas”. Allí otro elemento importante de esa vitalidad de estas mujeres frente al dolor, al sufrimiento y a la violencia, pues dichas mujeres han tenido que volverse las propias investigadoras de los casos, persiguiendo las pistas, los rastros, los indicios de la muerte.

Es allí donde convergen el presente de sus acciones, de sus recorridos, de sus indicios como elemento fundamental de las búsquedas de sus muertos y el futuro cargado de los sueños y deseos no solo de encontrar cuerpos o partes, cuando son los casos, sino de alertar de lo que está ocurriendo en las regiones, de evitar que eso ocurra, como Tente cuyo instinto primordial es del de la protección, por lo que avisan que hay peligros acechando.

El nombre que han decidido tener (El Tente) es fundamental para entrever la manera como se ven y como ven sus acciones dentro de marcos políticos y contextuales, actores políticos que, a través del teatro, están abordando temáticas de memoria, de justicia, de verdad, hablando no solo de los casos de sus hijos o del departamento en el que viven si no de Colombia. Las mujeres se cargan seis cruces, una de Colombia, una de la Macarena, una de Vista Hermosa, una de Granada, una de San José de Guaviare y una de Villavicencio.

Ante las dificultades que han tenido, desde hace tiempo, para mostrar la obra o para ser parte de espacios de memoria, Paulina me dice que ellas son las *Cenicientas del Meta*, a las que siempre dejan de últimas, las que siempre llegan al lugar donde quisieran estar luego de muchos esfuerzos, a las que los apoyos no les llegan o se les demoran en llegar, en contraste con otros procesos de memoria en otras regiones del país. Nombrarse así ha sido el producto de las reflexiones cotidianas del grupo frente a su relación con las instituciones,

con los eventos y con el oficio mismo de realizar este tipo de teatro. ¿Quién lo escucha? ¿Quién lo apoya? ¿Quién lo ve? Estos son cuestionamientos difíciles y agotadores para los procesos que se están llevando, para los deseos y anhelos de las mujeres de El Tente, quienes quieren seguir cuidando de las memorias de sus hijos y familiares y de las vidas de los que aquí seguimos.

Continúan entre los problemas del camino y el volar, cuentan que están cansadas y enfermas. Sin embargo, deciden seguir, sobrevivir a las ausencias que quedaron y seguir andando, seguir contando lo que sucedió, cuidando la memoria de sus hijos, contando cómo y dónde han sucedido los hechos, aunque ello también tenga problemas. Aunque el Tente quiere morir, pero ellas mismas saben que cuando muere alguien o algo siempre queda algo y de ahí se construye y se reconstruye la vida, así que el tente quiere morir, pero las bellosinias quieren nacer, desde el deseo de conformar un nuevo grupo de mujeres, que florezcan como las bellosíneas.



Ilustración 10. La flor de la Bellosínea (*Vellousea*), flor de la Macarena (La Macarena, Julio 2018).

Las bellosíneas son la flor de la Macarena, flor que se quemó y hoy renació, flor que renace entre las cenizas, me explicó Paulina una tarde que hablábamos sobre el Tente, sobre su cansancio y sobre las enfermedades que la aquejan. Ella me contó sobre estas flores, pues hoy son tentes, pero algún día serán bellosinias de la violencia en Colombia, cuando Paulina logre independizarse del Movice, como ella aspira a hacerlo. Gracias al trabajo de mi madre, pude conocer las bellosíneas, mucho tiempo después de que Paulina me hablara de ellas. La bellosíneas es una flor que no nace en la tierra sino sobre las rocas. Ella va creciendo, pero siempre debe volver al suelo para poder empezar a crecer otra vez. Paulina me contó que ella estuvo en la Macarena cuando fue la “crisis humanitaria de los Llanos orientales”, en el año 2010, cuando se descubrió que estaban haciendo uso del cementerio de la Macarena para dejar allí personas sin identificar.

“En su momento, el Alcalde de la Macarena redujo la cifra a 386 cadáveres. Según el CINEP, la Fiscalía habló de 650 y luego rectificó a 459. Sin embargo, el total de los cuerpos sin identificar es incierto y las denuncias de los pobladores sobre el uso del cementerio de La Macarena como una fosa común cobran más fuerza. Recientemente, la Cancillería colombiana expidió un comunicado en el que niega la versión de la existencia de tal fosa” (*Semana*, 2010).

El momento es importante, porque allí se crearon varias comisiones y los movimientos y las organizaciones de víctimas se organizaron para poder acudir al lugar, ya que allí empezaron a encontrar varias víctimas de ejecuciones extrajudiciales. A partir de entonces fue cuando el fenómeno de los crímenes estatales y de guerra empieza a ser visibilizado por entes internacionales, especialmente las prácticas estatales de ejecuciones extrajudiciales. Lo que Paulina me cuenta es que ella recuerda siempre que todo eso era parte de políticas estatales e internacionales y que debido a esas políticas es que hemos tenido un conflicto tan largo y con tantas víctimas. Allí, producto de lo que estaba sucediendo en ese lugar, fue que ella conoció esa flor tan importante, primero para ella y luego para mí.

En aquel lugar, en aquellos parajes que nos parecen tan remotos, en aquellos cementerios que albergan tantas personas sin identificar, en aquella serranía de la Macarena, en el país en general, se encuentran bellosíneas por montones. Estas flores son seres cuyas raíces son tan fuertes que lo que hacen es crear capas sobre capas para sostenerse. Luego de la roza y de la quema de la vegetación de sabana, lo que se quema son sus capas, mientras sus fuertes raíces persisten y permiten que la planta siga viviendo. La planta subsiste en la roca, sobre los terrenos más toscos y bruscos, los más inciertos, desde donde debe volver a crecer, para florecer de nuevo. Quemarse, caerse, dañarse, pero volver a florecer. Entre tanto, ellas, las mujeres de El tente, casi al unísono, al finalizar su obra y anunciando la ausencia, gritan: ¡Somos semilla, somos memoria, somos el sol que renace

ante la impunidad! Renacen entre la violencia que aún se ejerce en el país, entre los dolores, y las ausencias, entre los recuerdos y las pérdidas. Renacen para anunciar, para poder volver a vivir lo que se vivía en sus tierras, renacen no solo para que renazcan ellas, sino para que renazca todo a su alrededor.



Ilustración 11. La flor de la Bellosínea (*Vellousea*), flor de la Macarena (La Macarena, julio de 2018).

De nuevo, el nombrar se hace fundamental para evidenciar las formas como ellas viven la experiencia, como entienden ahora su vida y como se viven ellas mismas luego de las vivencias que han pasado a lo largo de su vida. Lo que entiendo es que hoy ha surgido la necesidad de nombrarse como bellosíneas, como flores que renacen. Hoy es necesario para ellas entenderse desde la vitalidad, surgiendo desde la tierra hacia el crecimiento, desde lo que se siembra y florece, desde lo que se quema para renacer.

“Con el teatro es como cuando uno tiene una herida y la cura y queda la cicatriz”, dijo Paulina la primera vez que la escuché hablar en el foro que realizaban en el Teatro La

Candelaria. Renacer entre las cenizas implica el reconocimiento de la potencia de cada una de las mujeres que ha renacido y sobrevivido entre el dolor y sufrimiento; cenizas como recuerdo, como parte de lo que son, porque estas pasan a ser una capa que las conforma, una de las muchas capas, pero no como punto final, sino como punto de inicio, para convocar un pasado que está presente, pero que no determina ni establece el final. Renacer y florecer entre las cenizas implica el dinamismo de la experiencia, de las acciones políticas de estas mujeres en sus territorios, ya ajenas al sentido de la categoría estática de víctimas como el carácter de la identidad primaria que las define en la cotidianidad.

### En algún lugar de Colombia



Ilustración 12. Escenario de la obra Anunciando la ausencia. Grupo de Teatro El Tente (Villavicencio, septiembre de 2017).

Las prendas de las personas son las que más sobreviven al paso de los años, al cambio del tiempo y a las condiciones de los suelos colombianos. La tierra colombiana está sembrada de cuerpos cuyos nombres no han sido identificados, pero que están *en algún lugar de Colombia*. Esta frase me la dijo Paulina alguna vez, hablándome de los lugares que recorren y que nombran en la obra: las orillas de los ríos, los caminos ganaderos, las fosas comunes, los hornos crematorios. Todos estos lugares hacen parte de la infinidad de posibilidades en los recorridos que las personas emprenden para buscar, *toda Colombia*. En las declaraciones se exponen lugares que son investigados por la Fiscalía, pero en muy pocos casos coinciden con el lugar donde se encuentran los cuerpos, o *las partes*, como lo refiere Paulina. Paulina habla de *las mujeres buscando rostros, buscando manos, buscando corazones*, aquellas que en el camino han abierto varios huecos, caminado largos tramos y visitado lugares que nunca se imaginaron conocer.

*En algún lugar de Colombia* lo inimaginable tuvo lugar en repetidas ocasiones, *en algún lugar de Colombia*, que es toda Colombia, esta Andrés, el hijo de Marta, María Cristina, la hija de Paulina, el padre de Pastora, el esposo de Rosario, la hija de Amparo. *En algún lugar de Colombia*, quizá cercano, quizá lejano, está la posibilidad de ser encontrada alguna parte del ser querido y buscado. Y se habla así, de *partes*, porque los mismos testimonios de las personas que perpetraron estos hechos dan cuenta de ello, de los sufrimientos inimaginables que tuvieron que vivir las personas y que sufrieron sus cuerpos. La desaparición de los cuerpos, la eliminación de toda prueba posible y el uso y el abuso de los cuerpos de *nuestros muertos*.

Martha me dijo un día que la única forma que podría hacer posible encontrar todos nuestros muertos es que hubiera un día un temblor tan fuerte que lograra levantar y revolver la tierra. En un país sembrado de muertos solo es solo posible encontrar la verdad y a los seres queridos a partir de un milagro, como también lo dijo Martha. Los cuerpos de nuestros muertos fueron, de distintas formas, ultrajados, por lo que Paulina, arreglando cada una de las cosas que ponen en el escenario al momento de presentar la obra, me dice:



-Mire, estos son los follajes, estos son los lugares donde los señores paras, los paramilitares, ponían los pedacitos de las personas, *los follajes*; ellos hacían los cuadritos para enterrar la gente”. Pequeños cuadros verdes con flores, las cruces del cementerio, las flores, las prendas, el radio de una de las personas, el sombrero que le gustaba, el zapato que quedó, son la representación de los campos del país, que tienen sembradas las partes de sus familiares. Cada una de las mujeres ha tenido un recorrido distinto y de las pocas certezas que tienen ante los casos de desaparición forzada es el hecho de que se buscan partes de los cuerpos y que sus hijos, esposos, padres, hermanos, y que se encuentran en *algún lugar de Colombia*.

Romper el cuerpo, reducirlo a partes ha sido una de las prácticas de terror y formas constantes de apelar al olvido a través de la desaparición de los cuerpos en el país por actores armados. En este sentido, la muerte misma empieza en la profanación del cuerpo, en la desintegración del mismo a partir de los actos de tortura y por tanto desde ese momento se interrumpen los flujos de la vida con la muerte de la persona; los sobrevivientes empiezan a adelantar las búsquedas por encontrar el cuerpo o las partes de los cuerpos de sus familiares para poder enterrarlos y llorarlos como debe de ser, por lo que los flujos con respecto a la muerte son también interrumpidos y entonces la necesidad de encontrar el cuerpo y de enterrarlo yace también la necesidad de pasar del acto profano al que fue sometido el cuerpo, a lo sagrado a través de los distintos ritos que en este caso las mujeres realizan.

Arnold van Gennep un etnógrafo Alemán, ofrece un trabajo de organización de los ritos de pasos en distintas sociedades en su libro *ritos de paso (1996)*, allí reconoce un elemento que es fundamental indagar en este momento; los rituales positivos y negativos, él entendía estos primeros como aquellos rituales en donde están contenidas las voluntades de quienes los realizan, en contraposición a los rituales negativos que suponen entonces, por el contrario, la nulidad de los actos, el tabú, la forma de no hacer, la prohibición, el orden de <<no actuar>> (van Gennep, p. 22) es así como los rituales positivos son rituales de acción y los rituales

negativos rituales de negación los cuales solo existen como contraposición a los positivos, a las formas de hacer y de actuar.

La desaparición con apellido, la desaparición forzada interrumpe los tránsitos tanto del vivo como del muerto y en este sentido es un desequilibrio, es el desorden al que las mujeres desde sus posibilidades y voluntades buscan transitar, es lo que Arnold van Gennep (1996), en su libro *Los ritos de paso*, exponía frente a los rituales positivos y la voluntad inmersa en ellos. La voluntad “traduce una manera de querer: es un acto y no la negación de un acto” (van Gennep, p. 22). Es, entonces, como estas mujeres desde sus voluntades, a partir de los objetos de cada uno, de las velas que ponen, desde los follajes y las flores que rodean todo el escenario, de la recomposición del cuerpo que van haciendo a lo largo de todo el ritual desde sus evocaciones, están volviendo el ritual negativo que perpetraron los actores armados a partir de la negación de la vida y de la negación de la muerte debido a la negación del entierro y de los tránsitos que debemos hacer en relación a la muerte en el ritual positivo de la velación del cuidado del muerto.

La interrupción de los flujos de la vida de la muerte, de los tránsitos que se hacen entre ambas y genera que las mujeres y los cuerpos de sus hijos y familiares queden en el margen. Madres, hijas, esposas, hermanas, que no terminan de vivir y unos hijos, esposos, familiares que no terminan de morir. Van Gennep nos habla, entonces, de los tránsitos entre los mundos, entre los pasos de una situación a otra. Sin embargo, la violencia genera estados inconclusos en las distintas situaciones y por tanto estados inconclusos de los tránsitos. Salir de un mundo para entrar en otro a partir de los ritos de paso es, entonces, lo que la violencia también logra trastocar, la posibilidad de agregarse a un mundo nuevo, de pasar el umbral, como lo llama van Gennep, es aquí difusa. Se habita más bien en un estado de margen, en un periodo marginal que, como dice el autor, se termina cuando entra el muerto al mundo de los muertos y, por lo tanto, se da la persistente necesidad de encontrar y de enterrar nuestros muertos y la necesidad del rito como forma misma de ordenar las malas muertes.

En los rituales que las mujeres realizan nos están hablando constantemente de ese estado marginal en el que ellas quedan, con la interrupción de la vida y de la muerte, a partir de la violencia, nos cuentan que quedaron pendiendo entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos. Como ya había dicho, las mujeres escenifican una velación constante, mientras que en la vida el anhelo del entierro queda irresuelto. El cuerpo es el centro de los ritos fúnebres, se le cuida, se le acompaña, se le salva, pero en ausencia del cuerpo surgen las preguntas acerca de qué es lo que se vela y qué es lo que se entierra. Y entonces son las prendas donde el ser esta prendido, las prendas que reconstituyen el ser, las que en cada una de las ceremonias rituales que ellas realizan teatralmente velan, o las formas en que ellas mismas se terminan velando en ausencia de los cuerpos de sus familiares las formas de reintegrar estos muertos, sus muertos, nuestros muertos a la vida.

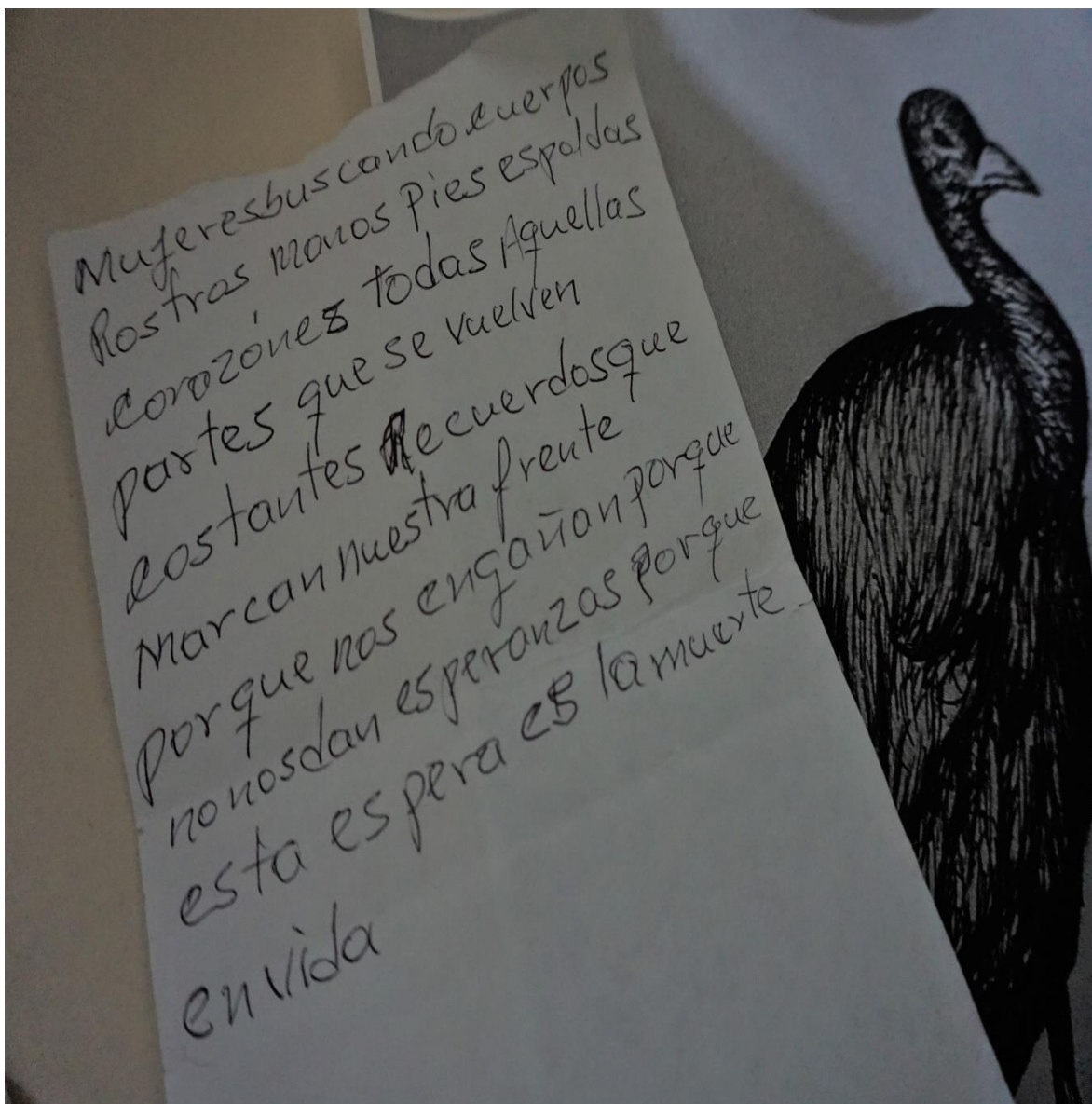


Ilustración 13. El tente y la ruta de las mujeres buscando (Villavicencio, septiembre de 2017).

### De muerte a bruja. El dilema institucional

“El profesor decía que gritáramos ¡Justicia! ¡Justicia! Y no queríamos decir eso; no buscamos justicia, estamos denunciando para que se sepa lo ocurrido”, me dijo una vez

Paulina, recordando a uno de los primeros profesores que las guiaron en el proceso que llevan, donde de distintas maneras varias personas han intervenido frente al producto que El Tente ha construido. Me contó que la muerte antes gritaba y se reía con unas carcajadas horribles dentro de la obra, lo cual llevó a que cambiaran el personaje, pues “se veía horrible”; luego dice que le hicieron una batola negra y un velo negro; así era la muerte, así la veían y la sentían ellas.

La obra está viva y Paulina cuenta que a ella se le pueden hacer los cambios que se quiera; sin embargo, esto ha implicado también roces a causa de ello. Me cuenta, entonces, el problema que tuvieron con Alejandra Borrero, actriz colombiana, que, dentro de su trabajo en el país con la Casa E Social, ha consolidado el proyecto Victus dentro del cual busca, a partir del teatro, crear espacios de reconciliación entre todos los actores del conflicto armado. Cuando Alejandra fue a verlas realizó unas sugerencias a la obra, frente a lo que Paulina expuso cierto malestar. “Dijo que la obra le parecía muy fuerte, que le pusiéramos un fin. ¿Ponerle fin? Yo no he encontrado a mi hija, no se le puede poner fin”.

En la constante construcción que ha vivido la obra, los objetos, el vestuario, la música, entre otras cosas, han ido cambiando. Recuerdo que la primera vez que hablé con Paulina ella, entre risas, me decía: “la muerte ahora es toda elegante, con uñas largas y un sombrero grande”. Ese cambio dentro de la obra lo hizo el Centro Nacional de Memoria Histórica, previo a una presentación en el Teatro de la Candelaria, para que se viera “más bonito”. La muerte, como dije, antes era negra, de batola y velo negro; la primera vez que hablé con Paulina me dijo que ahora en la obra la muerte era bonita. Pensé que ello podría ser un cambio que ellas mismas habían querido hacer; no había visto la obra, así que no entendía bien. La segunda vez que hablamos me repitió que la muerte ahora era toda elegante; su esposo se encontraba con nosotras y dijo, como si fuese un secreto, que, por el sombrero grande, extracurricularmente le habían llamado la bruja. Su forma de caminar cambió, ahora la muerte andaba entaconada y camina toda elegante, mientras que antes tiraba la ropa con rabia, sin estupor ni vergüenza, la iba dejando tirada por los distintos

lugares del país, la dejaba sobre los follajes que contaba Paulina, en aquellos pequeños huecos que hacían los paramilitares para dejar las partes desmembradas de los cuerpos, metía la ropa debajo de ellos. Era tosca, pero ya no, ahora es bruja y anda lento, sus manos se extienden como si sus uñas largas buscaran tocar algo más, es delicada y sutil. Paulina me explicaba: “le decimos bruja, pero es la muerte”.

¿Qué implica dejar de llamar muerte a la muerte, que ahora ella se convierta en bruja, que ahora no sea tosca sino delicada, que no sea fea sino elegante y bonita? Estos requerimientos, que se viven como imposiciones, hacen parte de estar dentro en el marco institucional. Qué deben mostrar, qué deben contar en ciertos espacios y cómo deben hacerlo, son exigencias que parecen estar allí de manera tácita, porque raramente son nombradas; están en el fondo, silenciosas, pero salen a relucir en la superficie cuando cada una de las problemáticas va aflorando. Aunque pareciera que el teatro abre la posibilidad de hablar directamente de las cosas que han sucedido, no dejan de estar presentes los miedos que hacen que callen, los lugares a los cuales no van a presentarse, las fronteras entre su hacer y la realidad que permea en sus vidas.

Así que como decía antes, el vuelo de los tentes está lleno de obstáculos. El Tente, si bien surgió con la ayuda del MOVICE, Capítulo Meta, no debería quedarse eclipsado allí, sino que las mujeres que lo constituyen habrían de tener la posibilidad de hacer lo que quisieran con su creación. Paulina me cuenta que ellas quisieran que la obra que han trabajado pudieran registrarla en la Cámara de Comercio, para poder hacer de ella lo que quisieran. Empero, este deseo encuentra un impedimento frente al Movice, sentir que pasa por encima de ellos, cuando las juzgan por creer que aún están “muy verdes”. Ese malestar se hace presente de modo permanente, y es problemático lo que ellas logran realizar en el marco de lo que es permitido por el Movice, tratando de no ser “regañadas” por ello. ¿Qué libertad hay, entonces, en estos procesos? ¿Su autonomía tiene intermediarios?

En este orden de ideas, se evidencia que las mujeres han enfermado como resultado de ser víctima del conflicto armado, pues cuentan que muchas de las mujeres de El Tente han tenido cáncer. Paulina, me repetía que creía el Tente quería morir, pues las mujeres pertenecientes al grupo se encuentran enfermas y cansadas por las mismas consecuencias de la violencia. Varias mujeres han sufrido de cáncer de seno en el grupo y Paulina es una de ellas; ellas hablan de la frecuencia con que las mujeres se enferman de cáncer de mama, casi siempre en la mama izquierda, pues allí es donde está el corazón, es el que tiene conexión con la maternidad, con los hijos, dicen ellas. Por otro lado, Paulina me cuenta que a veces se sienten explotadas y empiezo a entender que hay un cansancio, por lo menos en ella, frente a lo que han hecho las distintas instituciones, cambios, obligaciones, decisiones, etc.

Así pude evidenciarlo en la experiencia que tuvimos con el Foro de la Feria del Libro a donde fueron invitadas. Ese día empezamos a mirar el lugar para saber dónde poner el pendón y todas las cosas que habían traído de la obra, totumas, hamacas y sobrecitos con comida. Paulina quería que el lugar que se imaginaba, donde hablarían sobre la memoria de sus hijos, del teatro, del tente y de lo más representativo de su región. Incluso, recuerdo que me había dicho que estaba pensando en ponerse algo bien llanero para presentarse. Luego diría que menos mal no lo hizo. El último rincón del pabellón era el lugar donde estaríamos, y hablo en plural, porque realmente estuvimos solo nosotras.

Adecuamos el pedazo ínfimo de Pabellón que les tocaba a ellas, esa esquinita relegada de la memoria que pudiera reflejar, en efecto, el lugar dado a la memoria a nivel macro en el país. Pusimos el pendón, la hamaca, los libros, las totumas y todo lo que había. Cuando iban a empezar, como si la chica que organizaba supiese lo que iba a pasar, se les acercó y les dijo: “este espacio es itinerante, así que la gente va y viene; mientras empezamos va llegando la gente”. Pues la gente no fue. El pabellón donde estábamos era dedicado a las redes y a la tecnología. Nadie se acercó a visitarnos, así que estábamos solo

las dos integrantes del grupo, la nieta de una de ellas, la organizadora, el señor que se encargaba del sonido y yo.

La nieta de Alicia, una de las mujeres de El Tente, fue la que inicio hablando y Paulina debió interrumpirla varias veces. Al final del Foro, cuando ya habíamos salido de Corferias, Paulina me dijo que se sentía apenada, porque creeríamos que era una grosera por la manera en que guio lo que se dijo. Ella sabía que lo que “tenían” que hablar era del teatro y no tanto la parte política. Para mí, eso evidenció, entonces, los problemas sustanciales acerca de las tensiones que se suscitan en relación con lo que es posible o no y de cómo y dónde hablarlo. Esos problemas que hacen que el vuelo del tente, que las posibilidades de estas mujeres sean restringidas dentro de unas lógicas conflictivas, como, por ejemplo, el hecho de que, esa vez, solo invitaran a una o dos de ellas y no al grupo completo, que todas no pudieran presentar la obra, que solo hubiese recursos disponibles para algunas. Todo ello implica que los procesos institucionales no siempre propician las condiciones y las garantías para que esos espacios no las vuelvan a victimizar ni las irrespeten, en el más amplio de los sentidos. La desorganización y el desinterés generalizados también las cansan y las indisponen frente al trabajo que realizan y entre ellas. Ellas sienten que eso también contribuye a que se sigan enfermando. Por eso, el sueño de Paulina es lograr comprar un predio para hacer un museo de la memoria en Villavicencio, que sea independiente de las instituciones, que sea solo de ellas y para ellas.

Se evidencia, también, que empiezan a surgir unas exigencias y unos intereses externos por mostrar una historia y unos testimonios que vayan en la línea de la reconciliación y del perdón, pero saltan pasos importantes como las formas en que las víctimas han debido y logrado sobrevivir al dolor, contribuyendo a la verdad y la justicia con sus devenires y búsquedas. Construir desde ahí, desde ese saber, parece fundamental para, desde ahí, generar procesos de reconciliación entre los diferentes actores del conflicto armado, con las víctimas. En el camino de esta reflexión surgen preguntas importantes. ¿Qué memoria se quiere construir? Entendiendo que tanto la memoria está llena de olvidos



como los olvidos también están llenos de memoria. Entonces, ¿qué procesos se quieren mostrar? ¿Que se hará para mostrarlos y que éstos sean escuchados? ¿Qué papel cumple el espectador al ver las obras que se están haciendo y cómo se está entendiendo a ese espectador, si así puede llamársele? ¿Qué tenemos que recordar y qué tenemos que olvidar? Todas estas preguntas están ligadas también a las distintas instituciones que a nivel nacional hacen parte de un deber ser frente al conflicto armado, pero que en la cotidianidad están generando problemáticas fuertes frente a las iniciativas de memoria que se están gestando desde los procesos colectivos regionales del país. Allí surgen de nuevo preguntas. ¿Cómo las instituciones están entendiendo a las personas sobrevivientes del conflicto armado? ¿Cuál es el lugar de la memoria en el país? ¿Para qué recordar, para qué contar, quiénes lo hacen y cómo lo hacen, en qué lugares es permitido y cómo ha sido ese proceso?

## CAPÍTULO DE CIERRE. PERFORMAR PARA AFECTAR, AFECTAR PARA PERFORMAR

### Desprivatizar los muertos, las experiencias y las aflicciones

Debió primero cagar en un plato. Junto al plato se encontraba una copa llena de su orina y unas tajadas de Comapan, con un cuchillo esparcía de lado a lado su mierda como si de mermelada se tratara; dobló la porción de Comapan que había preparado y empezó a comerla lentamente, pasándola con su delicada copa de vidrio llena de orina. Aquella tarde de 1997, Fernando Pertuz, con su *performance* Indiferencia, les decía a las personas de la época, pero a nosotros, hoy, también, que:

“Aquí en Colombia se habla mucho de que alguien está comiendo mierda cuando está en la pobreza absoluta o sin trabajo o en condiciones difíciles, pero nadie piensa realmente qué es eso. Siempre eso, como el nombre de mi obra lo dice, con indiferencia. Yo quise hacer una metáfora de esa realidad” (Pertuz, 2016, p. 240).

En relación con su *performance*, Pertuz decía que, como país, necesitábamos terapias de choque. Por tanto, lo que él hizo no fue una representación de la realidad, pues tuvo que preparar su cuerpo para poder hacer esto. El *performance* es una presentación, dice él, en la que hay dolor, hay sufrimiento, en la que se lastima el cuerpo, en la que se es y se siente. A partir de conocer acerca de este *performance* entendí que lo que las mujeres están haciendo es presentar, no representar, sus dolores. Rehacer la violencia, implica presentarla de diferentes formas, incluso dolorosas. Ellas nos presentan su dolor, sus búsquedas, sus recorridos, sus heridas; hacen la violencia nuevamente. Aquí pasa exactamente lo que decía Pastora: *se puede llenar de agua la garganta*, porque el dolor está, y se aviva también de diferentes formas cuando se cuenta, cuando se presenta, cuando se hace presente.

Desenmudecer es lo que ellas hacen al contar. Por tanto, se hace evidente la dificultad del acto de presentarse, de presentar sus dolores. En ocasiones, cuando la muerte llega a sacudir nuestras vidas, enmudecemos; de repente las palabras desaparecen y se generan *nudos en la garganta*, que a veces solo logran desenredarse al llorar, pero no al hablar. Sin embargo, estos tentes desenmudecieron luego de ayudarse entre ellos, lograron hablar gracias a ser terapeutas, investigadoras y hasta abogadas de sus casos y de los de las otras; también, por medio del *performance*, del teatro. Así, en la unión del *performance* con los procesos que ya habían estado desarrollando, *dejaron de llorar*, como dicen ellas, al referirse al antes y al ahora, al proceso del contar en el teatro. *Dejar de llorar* constituye un hecho importante en términos temporales y vitales, pues propicia los cambios que ellas mismas reconocen en su vuelo. Lograron desenmudecer luego de una lucha larga y profunda con ellas mismas, con el imperativo de su silencio enmudecido, haciendo que ello deviniera una lucha mayor por ser escuchadas y sentidas para poder impregnar su conocimiento en otros cuerpos.

En ese desenmudecer, decidieron poner sus cuerpos para luchar contra los silencios que constantemente intentan ser impuestos. Se necesita dejar el conocimiento impregnado en otros, porque ellas no pueden ser las únicas que conozcan y sientan aquello que es necesario conocer y sentir sobre lo que ha sucedido en los distintos territorios de nuestro país. Necesitan que lo que ocurrió con sus familiares no solo esté presente en la memoria de ellas y en la memoria de quienes cometieron los hechos, pues, a fin de cuentas, el lugar donde la persona que se encuentra que se encuentra desaparecida parece estar, es principalmente en la memoria de quien la ultrajó. Por tanto, en estas mujeres existe una necesidad de sacarlo de allí, de encontrar el cuerpo físico, para por fin sacarlo de la memoria de quienes desaparecieron el cuerpo, y recuperarlo para la memoria colectiva. Así el cuerpo no aparezca, ellas, como dice Das (1996), han sido condenadas a llevar la memoria de esos cuerpos consigo, a donde quiera que vayan (p. 87).

En todas las experiencias que tuve estaba presente esta intencionalidad, hacer sentir. Para ello, se debe hacer público el dolor, pública la pérdida, públicos el sufrimiento y las distintas formas de sobrevivir, de buscar, de esculcar, de revolver la tierra. Al verlas, al brindarles la escucha que reclaman, y al prestar nuestro cuerpo a su dolor, somos parte de sus historias y entonces también somos contenedores quizá de los mismos dolores, o de dolores parecidos. No solo las estamos observando, estamos sintiendo con ellas, y entonces esta intencionalidad de hacer sentir las lleva a secuestrarnos en las experiencias, a hacernos evidentes, a través de pruebas suficientes, lo que no podíamos ver; hacernos juzgar directamente los hechos o a preguntarnos directamente, mirándonos a los ojos, si la prenda que encontraron es de un familiar nuestro. Rehacer la violencia implica, entonces, entender que nuestros cuerpos también deben encarnar las tensiones de nuestro país; pasar por nuestros cuerpos ese dolor, para generar otro tipo de reflexiones, hacer fluir los cuerpos de otros en otro tipo de experiencias, para que los procesos reflexivos conlleven a otros espacios de transformación.

En su libro *Performances: habitar la calle*, Patricia Ariza (2015) cuenta que el *performance* nació en los años 60 y 70 como un movimiento artístico en protesta frente la ausencia del cuerpo en el arte. Eso me parece fundamental, pues tanto en El Tente, como en Terrantes o en Antígonas tribunal de mujeres, también hay un fuerte reclamo por el cuerpo presente, y, por supuesto, por el cuerpo ausente. Un reclamo frente a la ausencia de los cuerpos en la vida y a la necesidad de atestiguar acerca de las formas en que los cuerpos fueron desaparecidos y aún siguen sin ser encontrados, en algún lugar de Colombia. Es así como, a partir del *performance* que las mujeres realizan se busca pasar por el cuerpo, atravesarlo, conmoverlo y transformar las experiencias. Ariza afirma:

“El *performance* rompe la pasividad del espectador y del artista, el *performance* no tiene espectadores, tiene momentos y espacios donde se propicia un ritual y unas acciones que buscan transformar nuestra cotidianidad” (Ariza, 2015, p. 45)

Ello me parece fundamental para entender lo que están haciendo cada uno de estos grupos con sus propuestas, con sus intencionalidades y para, incluso, entender lo que yo viví a partir de esta experiencia. Estos lugares donde se hace la violencia, donde se presenta y se vive; en estos parques, teatros, y en cada uno de los espacios que ellas transforman con las experiencias que ponen de presente, se dan los rituales que ellas hacen a sus hijos y a sus familiares como consecuencia de su muerte. No tener espacios concretos donde llorar a un muerto, donde sentir algún tipo de cercanía concreta con él, generan que todo Colombia sea el lugar donde ellas sienten a sus muertos; se crean así, rituales nómadas de relación con la muerte, con sus seres queridos, con cada una de sus historias que, de por sí, son nómadas, cambiantes e inciertas. Estos rituales nómadas implican la creación de estos espacios para hablar de sus padres, de sus hijos, de sus esposos, de sus familiares. Ese espacio continuo y constante de velación en donde llorarlos, recordarlos y poder entonces regalar sus historias a otras personas. Velar los muertos como ellas los hacen, hace que lo que se comparte sea ese continuo entre la vida y la muerte, entre la ausencia y la presencia. Estas nunca se comparten por separado pues las unas alimentan a las otras; se trata de un *continuum* de comunicación entre las mujeres y sus muertos, que se da como ritual necesario y liminal en la experiencia de lo que es la muerte.

Este conflicto cambiante pero constante ha generado entonces que las relaciones con la muerte cambien, que los rituales se trastocuen; ir a visitar a un muerto, ir a darle vida con flores para seguirlo cuidando, encender una vela para iluminar su camino, ir a hablar de él, ir a hablarle con él, ir a recordarlo y a llorarlo, es lo que se imposibilita con la desaparición con apellido, como le decía Paulina a la desaparición forzada. No poder enterrar a los muertos y darle una buena muerte, a partir de la sonoridad que propicia el llanto, de la presencia de testigos, de la visibilidad del ser en su tránsito, en su ida, en su pérdida. Aquí me es importante recordar una pregunta que alguna vez leí en el libro de Veena Das (2016) titulado *Violencia, cuerpo y lenguaje*. Ella se preguntaba: ¿Qué clase de rituales de muerte podrían haberse realizado para que estos fantasmas errantes tuvieran un lugar en el

cosmos? (p. 86). Eso me permite pensar en la muerte y reconocer que ésta siempre es desorden. Aquí, en nuestro país, la muerte ha generado también rupturas que han quedado latentes en las formas de relacionarnos con ella y con los órdenes que se han construido a través de los años en relación con su presencia, aunque constantemente se anhele poder llegar, como fin último, al ritual del entierro. Hacer una misa, hablarle y llorarlo como debe de ser. Para las mujeres de las que hablo, el camino mismo es testimonio de los rituales que ellas fueron creando con cada uno de sus procesos. Eso se hizo evidente para mí en el foro donde por primera vez escuché a Paulina. Ella dijo: “cuando yo hago esto digo, oiga, verdad, aquí estoy con ella, como cuando uno va al cementerio y le lleva una flor a los hijos, eso hago yo con ella cuando hago la obra” (Paulina, 2016).

Cuando me encontraba conversando con Martha en su casa y mientras comíamos algo, ella me dijo que un hermano puede amar mucho al otro, pero que no va a hacer nunca lo que hace una madre por encontrar a su hijo. Me habló del miedo que se tiene de morir y de que todos los esfuerzos no sean aprovechados. Allí entiendo aquello que también las moviliza a hacer públicas sus pérdidas, hacer públicos los muertos. Es necesario dejar el conocimiento impregnado en otros y es el *performance* el medio que ellas encuentran para hablar de esas verdades que deben ser encarnadas en otros cuerpos. Con la obra podríamos ir a la Comisión de la Verdad, me decía Paulina un día, al hablar de los alcances que ella veía del trabajo que ellas se encontraban realizando. Es la búsqueda incesante por los sonidos, por las historias; en últimas, es la lucha eterna de no recaer en los silencios posibilitadores y propiciadores de la violencia.

No ceder ante la violencia implica incidir en la vida de otras personas, a través de las distintas formas que las mujeres van encontrando para ello; que se vuelvan compartidos los dolores, las experiencias, las distintas historias de cada uno y, por supuesto, sus memorias. Entonces, finalmente, el devenir de las mujeres trata de transformar las luchas solitarias en luchas compartidas, para poder entender que se construyen nuevas relaciones a partir de

desprivatizar los muertos, así como la historia, la memoria y los dolores propiciados por la guerra.



Ilustración 14. Desprivatizar los muertos. Ilustración de Leonardo Romero, 2016.

Cuando alguien es asesinado y desaparecido, las personas empiezan a relacionarse, empiezan a unir sus cuerpos, sus dolores, como con el hilo amarillo que conecta a las personas en la ilustración. El muerto, cuando empieza a ser contado, a ser buscado, a ser conocido por más personas, empieza a desprivatizarse, empieza a ser parte de *nuestros muertos*. Probando, así, búsquedas conjuntas, relaciones profundas y otras problemáticas.

Encontrar uno de nuestros muertos es aumentar las posibilidades de encontrar al familiar que se encuentra desaparecido; se buscan todos, porque los accionares de la guerra han dejado los cuerpos regados por el país; las partes, que son las que se pueden ir encontrando para encontrar a los muertos de todos.

Así, la búsqueda que hacen esos Tentes, estas Antígonas, o aquellos Terrantes nunca termina, pues han “desprivatizado sus muertos” para ir todos y todas en busca de ellos. Desprivatizar los muertos implica unirse en el dolor y en la búsqueda de cada persona que ha sufrido a manos de paramilitares, guerrilleros, militares y demás victimarios, a través del conocimiento también de las historias de los demás, desde el respeto y la solidaridad. “¿Será que esto terminará algún día? ¿Cuándo dejaré de recoger tanto desaparecido? Voy por los caminos de estas tierras buscando un poco de solidaridad”, decían las mujeres en uno de los *performance* que hacían de la obra anunciando la ausencia.

Martha me contaba que, en sus primeras búsquedas, le dieron una revista llamada *Huellas*, de la Fiscalía General de Nación, en donde se exponían prendas que han sido encontradas a lo largo de nuestro territorio, prendas que pueden ayudar a nombrar a quien está sembrado sin ser encontrado. Desprivatizar los muertos es también poner en consideración de muchas personas objetos que pertenecían a alguien que la violencia, la guerra, la muerte, desvistió, hirió y ultrajó, para ser identificadas, para seguir recorriendo caminos de búsqueda. Es así cómo no solo se desprivatizan los muertos sino también los dolores. Desprivatizar los dolores es lo que hace que se pueden anunciar las ausencias y denunciar las presencias de actores violentos en los territorios.

A veces se busca que salga lo que en otros espacios no se cuenta, empezar a hablar. En El Tente se buscaba hablar con los espectadores, preguntarles para que, en caso tal de que estuvieran viviendo el mismo dolor de la pérdida o desaparición, hacerlos hablar, no por el hecho de revivir lo ocurrido sino por la necesidad de conocer las muchas historias que habían marcado a cada uno y buscar los vínculos que ayudaran a mediar entre esos distintos



dolores. Unirse a partir de las historias que han atravesado sus vidas y que permiten crear el primer lazo entre ellos. Recordar, actuar y accionar se hace, entonces, fundamental para llevar la vida, para calmar la aflicción, para entender que esa circunstancia también la vive o la vivió alguien más y comprender que se pueden hacer búsquedas conjuntas.

En el inicio del documento hablaba del camino de los afectos en donde se busca afectar al otro en el sentido de la afectación, pero en el sentido afectivo de la palabra también. Afectar al otro a través de las historias que se van desarrollando, presentando y reviviendo en el teatro/*performance* de la violencia, que se va haciendo allí con cada objeto presente en la obra, con cada palabra que tiene por decir la muerte o con cada prenda que ella tira con rabia. Parece que este país ha olvidado sentir o que, de tanto dolor que ha sentido, se ha vuelto cada vez más indiferente al dolor y así tolerante con la violencia. Entonces, parece que emerge la necesidad de *atravesar* al espectador, de pasar por el cuerpo y así poder generar una transformación necesaria. (Per)formar, a través de la acción, la vida de otros, hacerle vivir la experiencia como yo la viví, como mi cuerpo la vivió.

Entendiendo que el cuerpo, como expone *Butler*, “no es mera materia, sino una continua e incesante materialización de posibilidades” (Butler, 1997, p. 299). Somos cuerpos que vamos tomando forma, y en ese sentido cuerpos cambiantes. En el caso de las mujeres de El Tente, cuerpos que bailaban, cocinaban y se reunían alrededor del parrando llanero, pasaron a ser cuerpos que callaron, que enfermaron y que volvieron a hablar, cuerpos que ahora forman otras materialidades. *En este sentido, ser afectada* implica, como también lo expone Jeanne Favret- Saada, empezar a entender la intensidad de las afectaciones de los otros. Para el caso del teatro, la acción refiere a configurar o formar la intensidad de la experiencia afectando la configuración emotiva del otro, esto desde la transformación de los espacios y de los cuerpos que permiten el arte-acción.

Se trata de un *no teatro*, como diría el Director de Terrantes, porque se desdibuja – o al menos se intenta hacerlo– esa frontera entre el actor y el espectador y se permite la

generación de otro tipo de posibilidades más directas de conmoción entre ambos lugares de enunciación de los sujetos implicados en la escena. Se trata de un *performance* en la protesta constante por la ausencia de los cuerpos en la vida. Patricia Ariza (2015) afirma:

“El *performance* no es un género del arte sino una situación socialmente compartida, y sin reglas claras, pero con un claro sentido de la acción insurgente en los espacios comunes, es como un asalto a la lógica, una alteración del sentido común” (p. 45).

O se trata de otra forma de revivir, de rehacer, de hablar, de accionar, de presentar desde el sentimiento, para el sentimiento, diría yo.

Nunca se dice lo mismo en los *performance*, porque justamente nunca se sienten igual, cada una va contando su historia, sus búsquedas desde el presente, desde el sentir del momento. Es por eso que las mujeres unos días lloran, otros días no dicen mucho, otros días hablan más que en las ocasiones anteriores. Sin embargo, hay insistentes repeticiones en lo que se hace en la obra, como en la vida misma, repeticiones que son estructuradas por la forma misma del relato, en donde se busca dar a conocer a la víctima y al sobreviviente, a la víctima con su pasado en tanto se anuncia su ausencia a través de todo lo que era y al sobreviviente con su pasado y su presente. En cuanto a la víctima, se evoca quién era, se busca visibilizar a partir de los objetos de la víctima lo que era la persona para visibilizar que esa, su muerte, fue una mala muerte. En cuanto a las sobrevivientes se afirma la culpabilidad; quienes, y como lo hicieron, pero también se enuncian los cambios en las formas de vivir, el antes y después de la violencia, la afirmación de las injusticias y el dolor, así como, por supuesto, las búsquedas que ellas han emprendido para encontrar el ser ausente.

Todo el tiempo ellas están performando su experiencia y por ello las formas en que transitan entre distintas cosas, actrices, actoras, historiadoras, abogadas, testigos, madres, aves, flores. Es que luego del dolor y de la pérdida nace una nueva experiencia, en constante

devenir y transformación. Veena Das (2008) repara en un interrogante que me es fundamental en este momento, pues la respuesta a esta es lo que he logrado articular como argumentación posible a través de estas páginas. Das se pregunta:

“¿Hay otros caminos por los cuales pueda darse la creación del yo, a través de la reocupación del mismo espacio de la devastación, acogiendo los signos de la injuria y convirtiéndolos en maneras de devenir en sujetos?” (p. 159).

Entonces, a donde vuelvo es a lugares de indagación y a las inquietudes primeras, pues antes reconocía que la mirada estatal de la búsqueda de la reparación se da a través del trabajo sobre la experiencia “psicosocial” de los sobrevivientes, como se repite de manera constante en las formulaciones institucionales. Sin embargo, qué lugar ocupa el cuerpo en este tipo de reparación, en relación con los lugares vitales y de acción que estas mujeres emprender a partir de la comprensión de la importancia del cuerpo mismo para cada uno de sus procesos y para la unión de los esfuerzos en los caminos. Es por ello que la misma palabra reparar apela a un esfuerzo para que la persona vuelva a ser, con las cicatrices que la constituyen. Sin embargo, las experiencias nos transforman y nos hacen movilizarnos. Por lo tanto, jamás volveremos a ser lo que éramos, esa no tendría que ser la búsqueda.

Como decía, vuelvo a los lugares primeros y entiendo que este mismo texto empieza desde la narración de un velorio, de un luto y de un entierro, entendiendo la importancia de estos para la vida y la muerte, para los tránsitos y los devenires, para los rituales de despedida; empecé narrando estos tránsitos como instancias pasadas, concluidas, terminadas y en el camino me encontré con situaciones violentas que no permiten estos flujos, encontré mujeres que viven constantemente procesos rituales de despedida de los muertos y los desórdenes que generan estas interrupciones para los vivos y los muertos. Maurice Leenhardt (1947), en su libro *Do kamo: la persona y el mito en el mundo melanesio*, nos habla de una condición temporal de los difuntos, que no son muertos sino desafectados,

seres que deben ser reafectados, pero en condiciones nuevas, aquí nuestros difuntos nuestros desafectados en el margen que se encuentran no terminan de desafectarse, no terminan de irse, siguen estando afectados bajo las mismas condiciones y se re-afectan bajo las mismas condiciones. Aquí, entonces, los cuerpos en pedazos imposibilitan la desafección definitiva que permita lo que, en el libro *Ritos de Paso*, Arnold Van Gennep (1969) reconoce como pasar el umbral, lo que implica agregarse a un nuevo mundo, como acto importante propiciado por los funerales.

La vida se desordena cuando la muerte la toca; sin embargo, ese desorden es transitorio, implica unos tránsitos que hacemos los vivos frente a los muertos y los muertos frente a los vivos. Sin embargo, requerimos de lugares, de objetos, de cuerpos y de rituales para poder realizar estos tránsitos y adherirnos de nuevo a la vida, para que nosotros podamos terminar de vivir y que los muertos puedan terminar de morir. Aquí, en Colombia, sin embargo, estos tránsitos son interrumpidos, los flujos de la vida y la muerte son trastocados y el desorden de la muerte, de la muerte violenta, de la muerte profana, en las prácticas que la provocaron generan unos limbos, unos desordenes, unos sin sentidos que deben ser ordenados de alguna forma. Es así como el *performance*, como el teatro, como la obra que ensamblan estas mujeres en parques, teatros, universidades, son también las formas de ordenar la vida y la muerte, de poner lugares, lugares nómadas, para la realización de los rituales que hacen para volver buena la muerte de sus familiares.

El ritual, como veíamos, es forma de ordenar el mundo y de ordenarse en ese mundo; implica intercambios de distintos tipos. En el apartado *Entre cementerios transita. Velar el muerto, arreglar la vida*, las mujeres entregan flores y velas a los muertos, objetos que se están consumiendo, que están muriendo para darle esa vida que muere a los muertos; empero, en estos rituales que ellas realizan, el intercambio está atravesado por el cuerpo, por el cuerpo de las mismas madres, hijas, esposas, hermanas, quienes entregan la vida que se va consumiendo, quizá como forma de sacrificio, por el cuerpo de sus hijos. Ellas

son, finalmente, las flores que se entregan en los rituales de sus familiares, para que los muertos puedan terminar de morir al ser encontrados *en algún lugar de Colombia*.

“¿Por qué -se preguntaba Plutarco- ponerse un velo sobre la cabeza para adorar a los dioses?” La respuesta es simple: para separarse de lo profano y para no vivir ya más que en el mundo sagrado” (Van Gennep, p. 232). Las mujeres en la obra se ponen el velo al momento de llegar a los cementerios a las cruces de San Martín, San José del Guaviare, La Macarena, Villavicencio, Granada; en este momento se arrodillan, se ponen el velo y se quedan un momento en silencio, hablan con sus hijos y familiares. Salen y entran del mundo profano y sagrado en la obra, pues la obra misma tiene lugares de profanación, como los follajes donde presumiblemente han sido abandonados las partes de los cuerpos e, incluso, algunos de los cementerios como el de la Macarena, cuyas historias hablan de lugares donde se encuentran cuerpos y partes de seres no identificados, historias de violencias que encarnan esos cuerpos sin identificar, pero también cementerios y lugares sagrados de la memoria, como cada uno de los objetos de sus hijos que también son los seres mismos, sus peluches, su ropa, sus carritos. Este ritual, entonces, nos hace partícipes de estos lugares donde se transita de lo sagrado a lo profano para poder rehacer la vida, ordenar la vida y la muerte a partir de la realización de este ritual y la afectación y contaminación de otros seres en el ritual mismo.

La experiencia transforma, trastoca, contamina, implica reconfiguraciones, reacomodamientos, re-significaciones e indagaciones de posibilidades hasta el momento desconocidas. Las posibilidades que el ser y el devenir mismo de la experiencia va conociendo en tanto las vive. La experiencia implica, entonces, el tránsito entre muchas posibilidades de ser y de habitar en el mundo. La memoria misma es un lugar de devastación, pues en ella yacen todas las injusticias y los dolores, así como los lugares que las mujeres recorren en sus búsquedas. Aquellos lugares son de devastación; empero, la forma en la que constantemente están ocupándolos, haciéndose en ellos, ocurre, justamente, no para repararse sino para rehacerse, en respuesta misma a vitalidad que se

empeña en trabajar ante el dolor, ante el sufrimiento, ante la violencia y ante la muerte. La experiencia de estas mujeres, su conocimiento, es el de transformar el cuerpo, la memoria y la acción para devenir sujetos en tránsito constante, para reconstruir las posibilidades de vida que conlleva el hacerse responsable por la buena muerte, por nuestra buena muerte.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ACNUR. Diagnóstico departamental Guaviare. Portal institucional.

Álvarez, Blanca (2013) *El caso de Guadalupe Salcedo y las guerrillas del llano entre 1949-1957 como una respuesta a la violencia bipartidista colombiana*. Tesis de pregrado. Facultad de Ciencias Políticas y Gobierno, Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario [http://www.cedema.org/uploads/Alvarez\\_Pinilla-2013.pdf](http://www.cedema.org/uploads/Alvarez_Pinilla-2013.pdf)

Ariza, Patricia (2015) *Habitar la calle, habitar los cuerpos*. Bogotá: Corporación Colombiana de Teatro.

Arcos-Palma, Ricardo. (2016) Arte y política en Colombia. Dos décadas del performance y el arte acción 1990-2010. *Revista de Estudios Interdisciplinarios de Arte y Cultura*, Vol. 3, No. 1, pp. 221-274.

Buttler, Judith (1990) *Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista*. Baltimore: Sue-Ellen Case. Disponible en: [http://www.debatefeminista.cieg.unam.mx/wpcontent/uploads/2016/03/articulos/018\\_14.pdf](http://www.debatefeminista.cieg.unam.mx/wpcontent/uploads/2016/03/articulos/018_14.pdf)

CNMH (2015) *Conversatorio Teatro Testimonial, Desaparición Forzada y Representación con las Víctimas del Conflicto Armado en Colombia* (Centro Nacional de Memoria Histórica). Bogotá, 9 de octubre 2015.

Colombia Nunca Más (s. f.) *Zona de incesantes trashumancias en búsqueda de vida donde millares hallaron la muerte. Zona 7ª*. Disponible en: <http://www.derechos.org/nizkor/colombia/libros/nm/z7/ZonaSiete00.html>

Das, Veena. (2008) "La antropología del dolor". En Ortega, Francisco (ed.) *Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas: Pontificia Universidad Javeriana. Instituto Pensar. Disponible en: <http://www.bdigital.unal.edu.co/8285/1/VeenaDas.pdf>

Das, Veena (2008) "Sufrimiento, teodiceas, practicas disciplinarias y apropiaciones. Testimonio". En Ortega, Francisco (ed.) *Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas: Pontificia Universidad Javeriana. Instituto Pensar. Disponible en: <http://www.bdigital.unal.edu.co/8285/1/VeenaDas.pdf>

Das, Veena. (2008) "Trauma y testimonio". En Ortega, Francisco (ed.) *Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas: Pontificia Universidad Javeriana. Instituto Pensar. Disponible en: <http://www.bdigital.unal.edu.co/8285/1/VeenaDas.pdf>

Das, Veena (2016) *Violencia, cuerpo y lenguaje*. México: Fondo de Cultura Económica.

Díaz Cruz, Rodrigo (1997) "La vivencia en circulación. Una introducción a la antropología de la experiencia". *Alteridades*, Vol. 7, No. 13, pp. 5-15.

Ejército Nacional de Colombia (s.f.) *Batallón de Infantería No. 21 Batalla Pantano de Vargas*. Cuarta división del Ejército Nacional de Colombia. Recuperado de: <https://www.ejercito.mil.co/?idcategoria=277487>

*El Tiempo* (2010) "'Don Mario' salpicó al Batallón 21 Vargas de Granada, Meta", 17 de febrero de 2010 *El Tiempo*. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-7237748>



*El Tiempo* (2017) “Las víctimas que quieren actuar para el Papa” 7 de septiembre de 2017 El Tiempo. Recuperado de: <https://colombia2020.elespectador.com/pais/las-victimas-que-quieren-actuarpara-el-papa>

Esquivel, R. “Colonización y violencia en los llanos 1949-1953” (2002) *Memoria y Sociedad*, Vol. 6, No. 11, abril, pp. 57-84.

Favret-Saada, Jeanne (2013) “Jeanne Favret- Saada: ser afectado como medio de conocimiento en el trabajo de campo antropológico”. *Avá*, (23), 00. [s.p.]. Traducción y presentación por Zapata, Laura, & Genovesi, Mariela Disponible en: [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S18511694201300020002&lng=es&tling=es](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S18511694201300020002&lng=es&tling=es).

Gómez Barrera, Andrés (2011) “De la resistencia gaitanista a la resistencia liberal, Villavicencio 1948-1950”. *Tabula Rasa*, No. 14, 229-274.

ICANH y Universidad Nacional de Colombia (2018) *Conversatorio El Oficio del Etnógrafo* (Instituto Colombiano de Antropología e Historia –ICANH; Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Colombia). Bogotá, 26 de abril de 2018.

Jimeno, Miriam (2007) *Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia*, (169-190) *Antípoda*, No 5, pp. 169-190.

Leenhardt, Maurice. (1947) *La persona y el mito en el mundo melanesio*. Ediciones Paidós Ibérica.

Montenegro, Natalia (2017) *Desaparecidos que resisten, la presencia de los Ausentes. Experiencia de la violencia estatal entre Familiares de víctimas de crímenes de Estado en Colombia.* (Tesis de pregrado Antropología) Universidad Externado de Colombia.

Nieto Ortiz, Pablo (2004) "La transformación del ejército colombiano durante el gobierno de rojas pinilla: de su adscripción bipartidista a la doctrina anticomunista, 1953-1957". Disponible en: [https://s3.amazonaws.com/academia.edu.documents/45185707/Ejercito\\_Rojas\\_Pinilla\\_.pdf?AWSAccessKeyId=AKIAIWOWYYGZ2Y53UL3A&Expires=1510599981&Signature=Z2lwg4gVF1grmRua8dAuj%2BsvHLw%3D&response-contentdisposition=inline%3B%20filename%3DLA\\_TRANSFORMACION\\_DEL\\_EJERCITO\\_COLOMBIAN.pdf](https://s3.amazonaws.com/academia.edu.documents/45185707/Ejercito_Rojas_Pinilla_.pdf?AWSAccessKeyId=AKIAIWOWYYGZ2Y53UL3A&Expires=1510599981&Signature=Z2lwg4gVF1grmRua8dAuj%2BsvHLw%3D&response-contentdisposition=inline%3B%20filename%3DLA_TRANSFORMACION_DEL_EJERCITO_COLOMBIAN.pdf)

Ortiz, Iván (2006) *Narración breve para una experiencia larga. Sebastián González, un Upeista sobreviviente.* Bogotá: Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Colombia.

Ortiz, Iván (2007) *El genocidio político contra la Unión Patriótica: visto por la prensa escrita 1984-2004.* Bogotá: Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales; Dirección Nacional de Divulgación Cultural, Universidad Nacional de Colombia.

Sófocles (2005) *Antígona.* [s.l.]: Pehuén Editores. Disponible en: [http://www.colombiaaprende.edu.co/html/mediateca/1607/articles65465\\_archivo.pdf](http://www.colombiaaprende.edu.co/html/mediateca/1607/articles65465_archivo.pdf)

Suárez Guava, Luis Alberto (2009) "Lluvia de flores, cosecha de huesos. Guacas, brujería e intercambio con los muertos en la tragedia de armero". *Maguaré.* No. 23, pp. 371416.

Turner, Victor. (1974) *Dramas, Fields, and Metaphors*. Ithaca: Cornell University Press, pp. 23-59.

van Gennep, Arnold (1969). *Los ritos de paso*. Alianza Editorial El libro de bolsillo Antropología

Vich, Víctor & Zavala, Virginia (2004) *Oralidad y poder: Herramientas metodológicas*.

Bogotá: Grupo Editorial Norma. Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación.